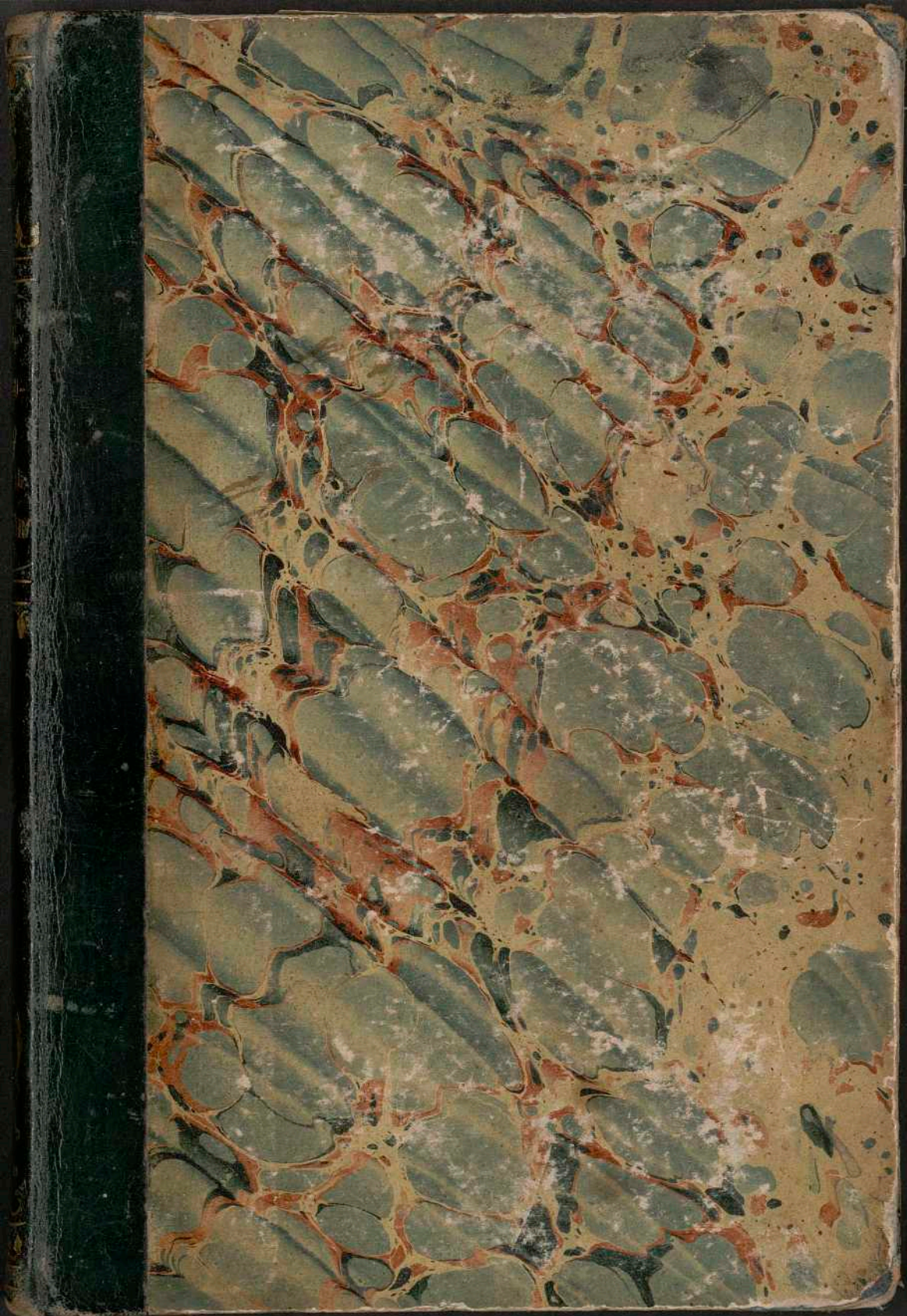
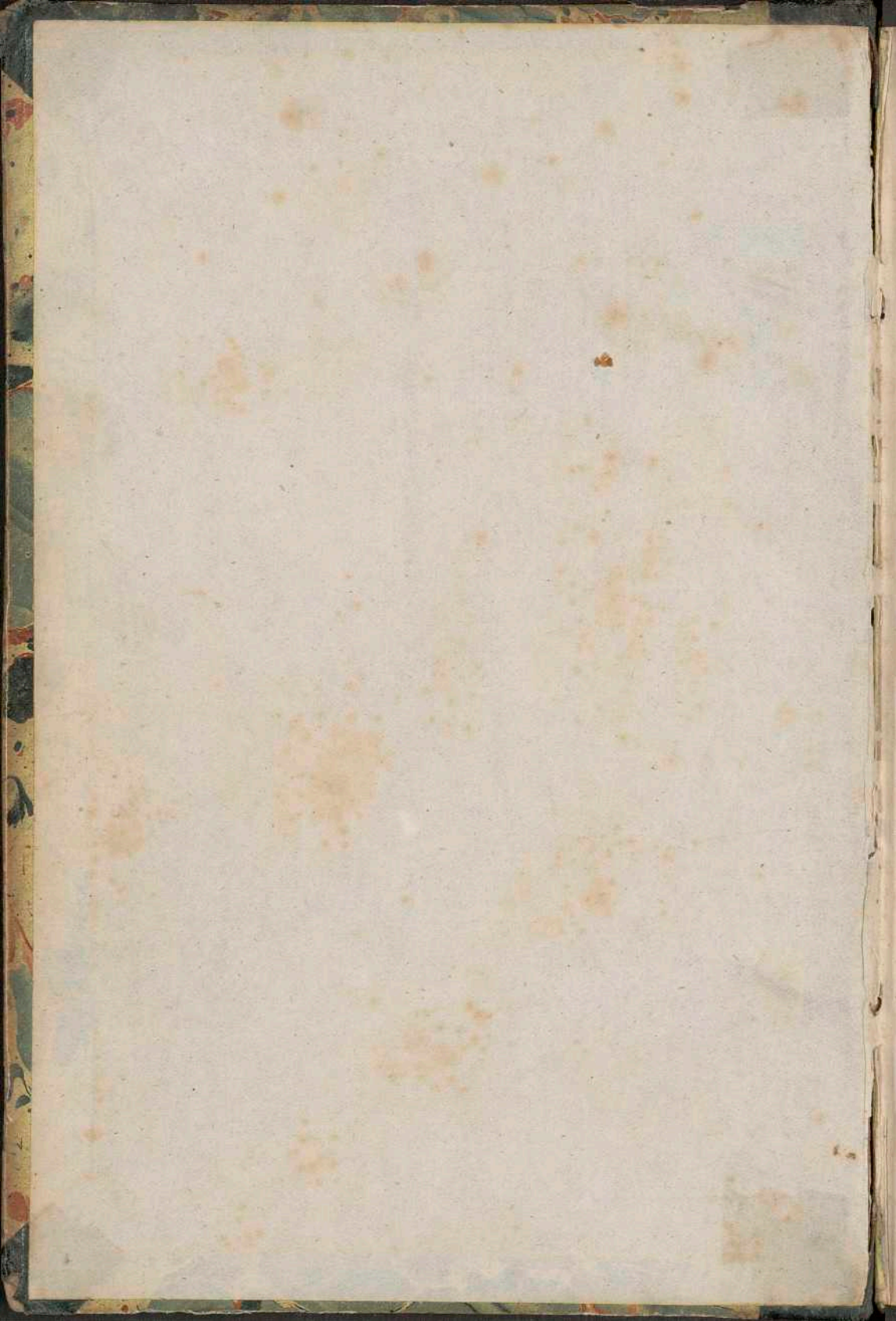




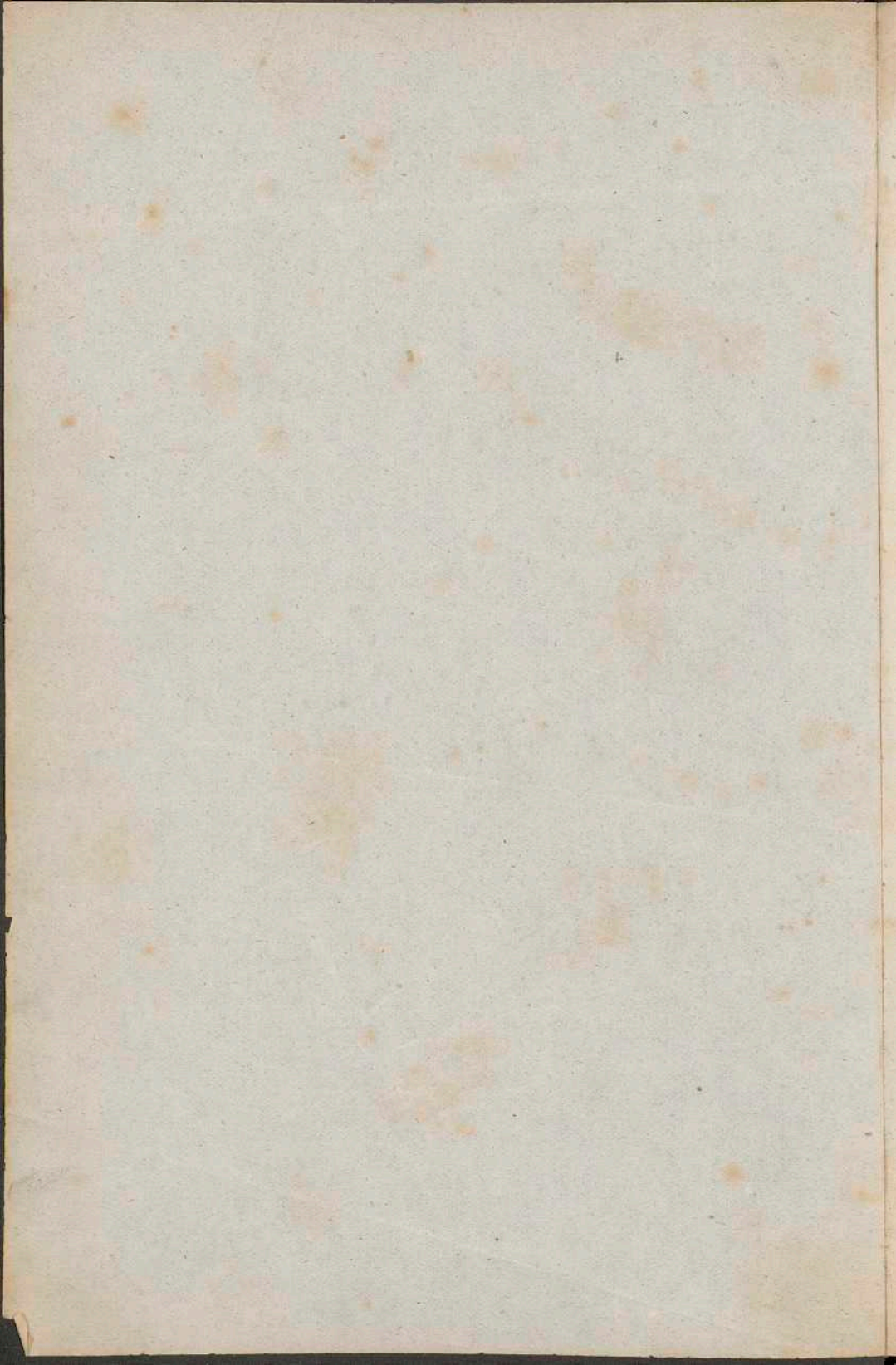


T. 529243

C. 496338

FAM
9348

279-12



EL

ORRULLO Y EL AMOR.

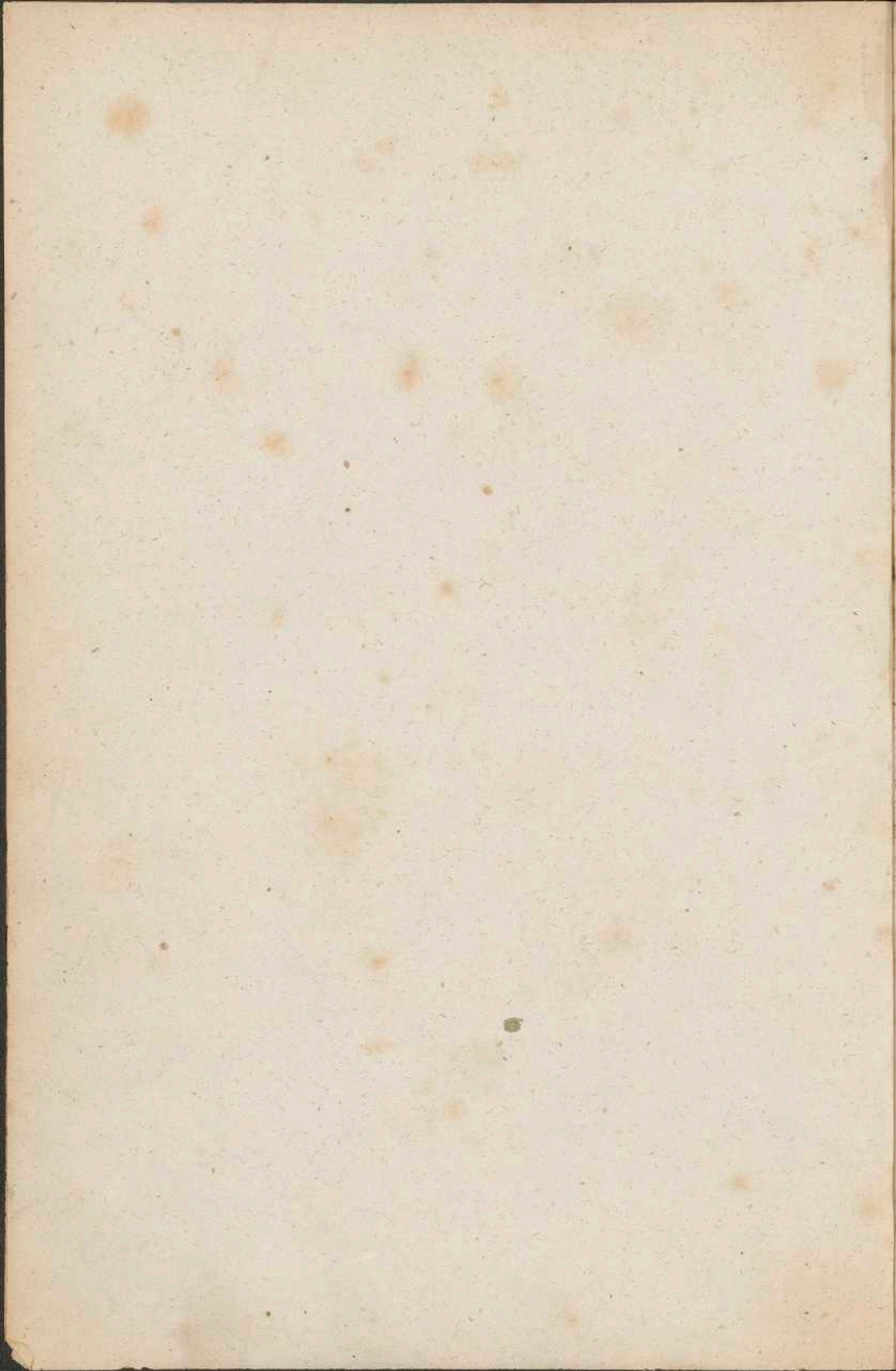
UNO DE LOS

LIBROS DE MANUEL JOSE ALFARO.



MANUEL JOSE ALFARO

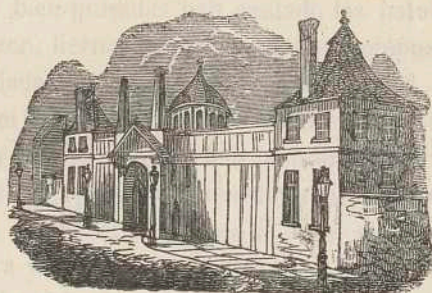
LIBRERIA DE LA UNION
CALLE DE LA UNION, 10
SANTO DOMINGO, D. R.



EL
LA VIRGEN DEL MONTE
ORGULLO Y EL AMOR.

NOVELA ORIGINAL

POR D. MANUEL IBO ALFARO.



MADRID: 1856.

IMPRENTA A CARGO DE JOAQUIN RENÉ,
Travesía de la Parada, núm. 8.

R/ 89591

EL

ORGULLO Y EL AMOR.

NOVELA ORIGINAL

POR D. MANUEL ISO ALFARO.



MADRID: 1856.

IMPRESA A CARGO DE JOAQUIN REYES,
Tratado de la Ilustración, num. 2.

LA BANDERA
DE
LA VIRGEN DEL MONTE
6
LA MORA ENCANTADA.

Novela histórico-fantástica de la edad media.

POR D. MANUEL IBO ALFARO.

SEGUNDA EDICION.

Hay en nuestra patria una época llena de interés, llena de poesía y de misterios por una parte, y de gloria, de hazañas y de virtudes por otra.

Esta época es la dominación arábiga: época abundante en fantasía, fecunda en inspiraciones; y olvidada sin embargo hasta por los vates españoles.

Liras bien pulsadas han cantado las batallas de Clavijo y de Calatañazor; tiernas endechas se han compuesto en memoria de la malhadada Florinda: y las proezas del Cid, las hemos escuchado entre el musical arrullo de cadenciosos romances, pero nadie hasta hoy ha concebido el feliz pensamiento de abrazar esa época con todos sus contornos; revestirla con las galas fascinadoras de la novela, y ofrecer al público de este modo una obra necesaria, instructiva y recreativa á la vez.

Este ha sido el pensamiento de D. Manuel Ibo Alfaro, al escribir la novela que publicamos.

Después de haber consumido este escritor lo mas bello de su juventud en el estudio de la raza arábiga, ha creído poder hacer ya á su patria este presente, y lo hace por conducto de nuestra empresa.

Agradecidos como somos en el corazón, á los elogios que el público nos predigue: pero enemigos en el mas alto grado de dis-

pensarlos nosotros á nosotros mismos; espondremos con sencillez el pensamiento de la novela, para que el lector pueda juzgar de ella con mas imparcialidad.

Analizar filosóficamente las causas que llegáran á influir en la invasion de los Arabes y de los Moros en España; describir los usos, trajes y costumbres de los Musulmanes, en esta nacion privilegiada; describir las costumbres de los cristianos en aquella época; pintar el valor y nobleza de los españoles, que nunca mas espléndido que entonces se ha desplegado; presentar un sabio y delicado paralelo entre las religiones de Cristo, de Mahoma, de los judíos y de los persas; desentrañar rancias y desconocidas historias, para enlazar la nigromancia de los Arabes, de los Judíos y de los Egipcios, con el plan de la obra; hé aquí el objeto de LA BANDERA DE LA VIRGEN DEL MONTE Ó LA MORA ENCANTADA.

Pero este plan tan interesante y tan poco comun, permanece como escondido entre las galas de una imaginacion robusta; pues el señor Alfaro, cuyo mágico estilo es bien conocido de quien una vez haya leído sus novelas ya publicadas; ha sabido deducir de este pensamiento, escenas de un efecto prodigioso, en que con sutileza, arranca al lector de su estado ordinario, para engolfarlo en las seductoras delicias de un aren encantado; ó para estasiarlo á la presencia de cuadros ideales y puros que destilan en su alma el nectar de un placer celestial; ó bien para despedazar su corazon y hacerle verter una lágrima de amargura presentándole de repente uno de esos rasgos patéticos que con tan vivos colores sabe describir su pluma.

Por conclusion: La bandera de la Virgen del Monte ó la Mora Encantada; es una novela original, que abre un nuevo sendero á la literatura española, pues que poco ó nada se ha escrito de este género en España; y es ademas una obra necesaria, porque pone al alcance de toda clase de personas, la mas importante época de nuestra historia, que hasta hoy ha permanecido oculta en voluminosas crónicas y en viejos y empolvados pergaminos.

PARTE MATERIAL.

Esta obra se compone de 20 entregas en cuarto, con seis láminas litografiadas aparte del testo, y cuesta la entrega UN real tanto en Madrid como en provincias.

PUNTOS DE SUSCRICION.

MADRID.—En la librería universal de *D. Leocadio Lopez*, calle del Cármen, núm. 29.—En casa de *Baylli-Bailliere*, Príncipe, 11.—En casa de *D. Juan Diaz de los Rios*, Carretas, 33, y en casa de *Cuesta*, calle Mayor.

Tambien se suscribe en Madrid, en casa de *D. Antonio Ochoa*, Administrador, calle de Leganitos, núm. 39, cuarto 2.º, enviando el valor de diez entregas en libranza sobre correos.

WHITE MATTER

...the ... of the ...
...the ... of the ...
...the ... of the ...
...the ... of the ...
...the ... of the ...

...the ... of the ...
...the ... of the ...
...the ... of the ...
...the ... of the ...
...the ... of the ...

...the ... of the ...
...the ... of the ...
...the ... of the ...
...the ... of the ...
...the ... of the ...

...the ... of the ...
...the ... of the ...
...the ... of the ...
...the ... of the ...
...the ... of the ...

A MI QUERIDO PADRE (1).

Padre: esta novela es el producto de los días mas bellos de mi juventud. Está concebida en las orillas del placentero Alhama; desarrollada entre las flores de mi jardín; escrita en el mismo gabinete donde se meció mi cuna.

Hoy que por buscar la gloria abandoné el lecho de mi infancia; hoy que me encuentro lejos de mi padre y de mi pueblo, siento estre-mecerse mi pecho cuando paso la vista por sus páginas.

Ella me recuerda con su estilo florido, los gratos devaneos que recreaban mi mente en aquellas horas de felicidad; ella es mi consuelo, es mi obra predilecta; porque cada palabra es para mi alma, un arrullo que brota lejano de las flores de mi jardín; es el recuerdo vivo de una ilusion pasada...

Por eso padre amado: porque esta novela aunque en si no valga nada, es la que yo prefiero entre todas mis producciones; por eso la dedica tu hijo con el mas tierno afecto de que es susceptible su razon.

(1) En el año 1854, cuando se hizo la primera edicion de esta novela, vivia mi padre, y como para un padre no hay cosa mejor por mala que sea, que lo que hacen sus hijos, ni para un hijo hay en el mundo persona con mas derecho á sus distinciones que su padre, se la dediqué á mi padre.

Desde entonces esta novelita es para mi, ya que no una obra de mérito, una joya de cariño; por lo cual el poeta huérfano suplica al público, que le permita re-producir en la segunda edicion esta dedicatoria que hoy constituye el recuerdo mas seductor que endulzar puede su vida. (El autor)

Ya oigo si; ya oigo la voz de los criticos que gritan desapiados que habló mucho para formar una dedicatoria; pero ah... desprécialos: el alma de los criticos cuando censuran está fria, y la mia cuando escribo está hirviendo... Quisiera si, quisiera que el critico hubiera nacido en las orillas del Alhama, como yo he nacido; quisiera que hubiera aspirado sus brisas como yo las he aspirado; quisiera que hubiera percibido el aroma de sus florestas; y que al abandonar aquel Eden, hubiera dejado en él un padre idolatrado y un recuerdo seductor. Entonces callára el critico, porque entonces veria que es débil mi pluma para espresar las grandes emociones que yo siento abrasarme en este instante.

Adios; recibe el cariño de tu hijo

M. I. A.

ADVERTENCIA.

Suplicamos al lector que al encuadernar esta obra se sirva colocar la dedicatoria en la página tercera; esto es, despues de la segunda portada.

COLOCACION DE LAS LÁMINAS.

EL BAILE.	pág.	41
MUERTE DE CARLOTA.		116

ADVERTENCIA

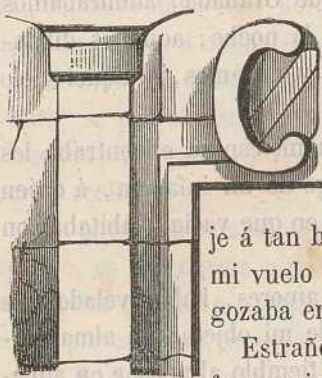
Se publica en la presente obra el resultado de las investigaciones realizadas en el laboratorio de la Universidad de la Habana, durante el año 1954.

EDICIÓN DE LA UNIVERSIDAD DE LA HABANA

En la Habana, 1954.
Impreso en la imprenta de la Universidad de la Habana.



INTRODUCCION.



CUANDO solo habian visto mis ojos las flores de veinte abriles, se me ofrecia el mundo como un panorama de delicias; mil gratas ilusiones recreaban mi mente, y mi corazon rendia ciego homenaje á tan bellos ideales. Incauta mariposa tendia mi vuelo por la sociedad, y mi alma inocente gozaba en sus placeres.

Estraño al vicio me era imposible concebir feas pasiones en los hombres que me rodeaban: ¿cómo mi candor habia de suponer en el amigo que me apretaba la mano, en el amigo que me saludaba con la sonrisa en los labios... una intencion perversa, la disposicion al crimen mas horrendo...?

Entonces paseaba en la primavera de mi vida, y un prisma de encantadoras ilusiones me disfrazaba el color verdadero de las cosas.

Hoy se ha desojado el ramillete de mis quimeras, se ha des-

nudado la realidad, y mi espíritu ha gemido bajo un sentimiento profundo.

La mujer se me ofrece como la diosa del dolor, como una fantasía del Averno; y el hombre como el animal mas voraz que huella con sus piés la tierra: el reptil mortífero del Africa no le iguala en su veneno, ni en su ferocidad el oso que habita las montañas heladas del polo.

El hombre es el único que roba á sus semejantes la vida física y moral; el único que quebranta las leyes de la amistad, del deber y de la virtud.

Veinte y dos años habia cumplido: mi alma se disponia á un placer puro, sublime... el himeneo coronaba mi amor largo y casi divino.

Vivia tranquilo; mis deseos, mi vida, eran los deseos, la vida de mi esposa: yo la amaba tiernamente, ella me correspondia con un cariño igual, y éramos felices.

Retirados en una ciudad pequeña de Granada, admirábamos aquel mar cubierto de diamantes en la noche; aquellas dilatadas campiñas sembradas de bosques y naranjos, y aquel cielo sin igual.

Mi sociedad era muy reducida: en mi esposa encontraba los anhelos de seis años: un íntimo amigo de mi infancia, á quien mi generosa caridad levantó del polvo en que yacia, habitaba con nosotros.

Este jóven habia encubierto mis amores, habia velado mis serenatas, habia conspirado al logro de mi objeto; mi alma descansaba en su amistad... ¡oh Dios..! tiemblo al pensar en aquellos momentos de dolor...! dejadme ya; bastante me habeis afligido recuerdos de crueldad... lo creereis...? aquel amigo... aquel deudo... en prueba de su reconocimiento... olvidó los deberes de la caridad, violó las leyes del honor; violentó la virtud, profanó el tálamo nupcial, y marchó dejando en la vergüenza á su protector.

Una fatídica melancolía se apoderó del corazon de mi esposa, y víctima de crueles remordimientos, á los tres meses del horrible suceso, espiró en mis brazos aquel ángel de amor... y en su

postrer momento, en las últimas convulsiones de sus labios, aun parecia oirse la palabra... ¡perdon...! La sociedad celebra este suceso, olvida las víctimas del adulterio, y aplaude la intrepidez de un jóven de resolucion.

Tengo derecho para quejarme del hombre...? Quién si no él es capaz de perpetrar un crimen tan horrendo...?

Desde aquel instante, aturdido en un principio, frenético despues, huyo de mi casa, altar del holocausto mas desgraciado.

Mi alma se rehace; la sangre se inflama en mis venas; y ya no oigo sino el grito de la conciencia que me pide venganza.

Errante como los nómadas del Asia, abandono mi patria: el agresor se sustrae á mis pesquisas; y mis pensamientos llegan á fijarse por último en proporcionarme un lugar tranquilo donde llorar la pérdida del ser que habia labrado mi dicha.

Las lagunas, las montañas de la Escocia aumentan el horror de mi existencia: los bosques, las florestas, los jardines de la Italia, donde tantas veces lloró el Tasso sus amores en versos divinos, no bastan á calmarme; y por fin regreso á mi patria.

Cuando un dolor prematuro contrae las arrugas de nuestra frente, se nos ofrece el recuerdo de la juventud, como un sueño placentero del que hemos despertado, ó como una ilusion disipada por la realidad.

No obedecemos entonces las bellas intuiciones, y un empirismo frio, es quien guia nuestros pasos: empirismo que ofreciéndonos en su producto nuevas desgracias y reiterados desengaños, acaba por arrastrar nuestro espíritu... hácia quién? hácia el Eterno: él es el fin de tus acciones: á él te diriges, no cuando verdes fantasías agitan tu juventud, cuando el hielo de la muerte va sembrando de canas tu cabeza.

Postrado ante su altar, te aíslas del mundo corrompido que te abruma: una luz clara, un destello celeste tranquiliza tu alma, alumbra tu mente y enciende tu corazon.

Al despertar de este parasismo ya te encuentras un poco mas cercano de la tumba. El tiempo no detiene su curso, y en su abismo sepulta lo bueno y lo malo, lo hermoso y lo feo, la felicidad y

la desgracia, todo menos la virtud y el vicio; á estas moralidades espera un mundo sin fin.

Desde la crisis fatal de mi vida, hasta los momentos en que esto escribo, han trascurrido veinte y ocho años: dias bastantes para surcar de arrugas mi rostro; para desnudar mi cabeza afligida por el pesar; mas no para marchitar el religioso amor que profeso á un cadáver, no para apagar la venganza que mi honor reclama contra el doble asesino de mi esposa.

Tampoco me hallo desde entonces enteramente privado de goces; la Naturaleza me brinda con aquellos que el hombre no puede proporcionar.

No son estos placeres espúrios; no motivados por el sórdido interés; no fundados en las viles intrigas de lo que llaman brillante sociedad; mas magníficos, mas sublimes son los que á mi me deleitan: manifestados inmediatamente por el Criador á la criatura en la maravillosa máquina del Universo, llenan nuestro corazon sin que en él dejen huella dolorosa ni vacío alguno.

En los tres meses que hace me hallo establecido en Valencia, escollo donde mi buque ha sido arrojado por las veleidosas olas de la indecision; mi método es el siguiente: temprano, muy temprano, abandono un lecho que recuerdos tan crueles reproduce en mi memoria; y acompañado de siniestros pensamientos, y arrastrando el peso de mis infortunios, voy á colocarme en un escarpado yermo que vuela sobre el mar, desde donde observo el nacimiento del nuevo dia.

Asoma el Alba; giran los pájaros sobre sus nidos; pinta la Aurora su rosieler en el Horizonte, y las aves tienden sus alas hácia el espacio: las brisas de la mañana agitan las palpitantes aguas del mar, y olas mil vienen mansamente á estrellarse formando rizos de espuma, en el peñasco que en aquel momento sirve de peana al hombre mas desgraciado.

El sol alumbra la Naturaleza; salta el pescador á su lancha, mueve el remo, y ligero mas que el céfiro se pierde entre los vapores del gran lago. Empuña el labrador la esteva y sacude el látigo. Densas nubes de humo que se elevan de Valencia, cir-

cunvalan los candentes chapiteles de sus minaretes y de sus torres. Esta claridad, esta luz, esta agitacion acaba por presentarme la imágen de aquel dia brillante, luminoso, dia de placeres que espiró en el dolor para no renacer jamás. Cargo entonces con mi situacion y espero la hora misteriosa en que el tiempo fulmina contra el nuevo dia, la fatal sentencia que fulminó contra los anteriores.

Embalsamada la atmósfera con las flores de los naranjos y limoneros; confundido el relente con las brisas; multiplicadas las estrellas en el espejo del mar; ofrecen una nueva vida, un sistema nuevo de encantos, á quien jámas ha gustado otras delicias que las emponzoñadas de las grandes poblaciones.

Abandonad por un momento, hombres de mundo, vuestras diversiones gastadas y metódicas, venid á estos mágicos lugares donde se enagenaará vuestra alma: vereis á Diana en las florestas, á Neptuno en las olas, y al Dios de los cristianos en la magnificencia de la creacion.

A otros ejercicios tengo tambien aficion desmedida; á visitar los cementerios: aficion nacida de la hipocondria y misterio que predomina en mi carácter. En estos sitios todo es uncion: si se reflexiona sobre la existencia pasada de los espectros que alli habitan... si se reflexiona sobre la vida de que al presente gozan... si se dirige una mirada á aquel mismo porvenir que á nosotros nos espera... ¿quién no se anonada en tales meditaciones..?

Al instinto que naturalmente me arrastra á estos lugares solitarios, únicos en el mundo donde no reina la falsía, debo la satisfaccion querido lector, de poder referirte un cuento muy singular, no tengo en su composicion parte alguna; es de un caballero que ha tenido la bondad de cedérmelo, y que yo trascribo: préstame tu atencion.

Retrogrademos idealmente al 15 de Marzo del año 1835: tres meses hacia que habitaba en Valencia: la noche de este dia, despues de haber dado un paseo por las orillas del mar, y por el corazon de las frondosas huertas, me dirigí al cementerio de Car-

raichet, donde jamás habia estado: es nada opulento; cuatro paredes blancas, pero ya deslabiadas, circuyen aquella basta sepultura.

Penetré por una puerta entreabierta, y me arrodillé bajo un desmayo que crecia magestuoso en uno de los ángulos opuestos.

Varios tilos coronaban el ámbito, mezclados con algunos lúgubres cipreses; el amarillo jaramago vejetaba sobre las losas mas antiguas: si crece sobre las ruinas de los edificios... ¿por qué no ha de crecer tambien sobre la ruina de nuestros cuerpos..? un corto número de rosales casi marchitos y algunos huesos humanos esparcidos por el suelo, formaban todo el adorno de aquel recinto, último suaré de las hermosas de Valencia.

Un cúmulo de reflexiones profundas surgian de mi espíritu... apenas tenia fuerzas para latir mi corazon.

Todos aquellos huesos medio calcinados habian pertenecido á una alma, y esta alma existia aun: las ilusiones de Pitágoras, las quimeras de Cárlos Bonet sobre este punto, se ofrecieron á mi imaginacion: todo esto aumentaba el pavor religioso de mi alma, y las sombras de los árboles eran convertidas por mi fantasia en sombras remontadas de los sepuleros.

La noche estaba clara, los insectos no molestaban con su zumbido; los pájaros dormian; el céfiro callaba, y nada... nada interrumpia en aquel instante el silencio de las tumbas...

De repente suena en la puerta un leve ruido, y veo entrar por ella una mujer vestida de negro, con el rostro cubierto por un velo negro tambien: penetra hasta el centro de aquel lugar, dirige los ojos al cielo, se enjuga las lágrimas y se arrodilla sobre una fosa donde nacia una mata de alelías blancos.

Yo observaba con el mayor cuidado esta escena extraordinaria: por vez primera veia en el mundo una persona de mis inclinaciones; debia ser tan desgraciada como yo.

Llora aquel ser desconocido; inclina al suelo su cabeza rendida acaso por el dolor, y besa la losa que tiene á sus piés.

Ya no se oyen sollozos, son tristes gemidos los que salen de su pecho; gemidos sordos y profundos entre los cuales me parece oir las palabras de HIJA MIA...! HIJA MIA...!

A estas espresiones sigue un silencio mortal... transcurren cuatro minutos en esta especie de agonía, y repentinamente se levanta aquella enlutada, corta un alelí de la mata que ya he dicho crecía sobre un cadáver, lo coloca en su pecho; dirige por segunda vez sus ojos al cielo, pronuncia frases inconexas con acento desgarrador, besa con despecho el sepulcro sobre que había orado, y huye ligera entornando tras de sí la puerta.

.....Quién era aquel ser misterioso? quién era aquella Diosa de las tinieblas..?

Un fantasma que se hubiese alzado de la tumba no me hubiera sobrecogido con tal fuerza: esta era la vez primera que despues de veinte y ocho años sentía la curiosidad.

Aquella mujer singular se había apoderado de mi mente: era la única á quien como yo, había visto visitar los muertos.

Dando lugar á que se adelantase, y cuando ya la supuse á bastante distancia, abandoné este santo lugar deseoso de encontrar quien me descifrara un enigma tan extraño.

Aquel ser era madre; lloraba una hija, iba á conversar con ella en su lecho eterno velada por la oscuridad de la noche: la muerte de su hija no podía ser una muerte ordinaria; estas circunstancias le daban un aire de grandeza; algo de particular, algo de interesante debió ocultar aquella jóven.

Yo residía en Valencia en el cuarto segundo de una casa bonita situada en una de las principales calles de esta ciudad.

El cuarto primero lo ocupaba un caballero indigeno de allí, con quien me unían relaciones de mera fórmula; las mas efímeras que existen en la sociedad; las mas estrechas que á mi pueden ligarme con el hombre.

Lo visité al día siguiente, referíle el suceso y le pregunté si podía aclarármelo: mi vecino se sonrió, abrió un estante, y entregándome un folleto manuscrito que sacó de él, me dijo:

—La mujer que de tal modo ha escitado vuestra curiosidad, es la señora de Alpequera. Tomad, ahí teneis la solucion del problema que anhelais; una esposicion fiel de su conducta: estoy espe-

rando el fin para concluir la historia: leedla, creo con seguridad que os entretendrá algunos momentos.

—Muy bien, le contesté, voy á hacerlo. Y me retiré á mi gabinete.

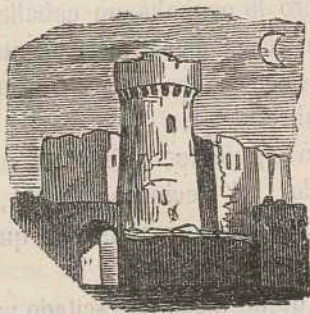
Acaso fuera la única produccion humana de que iba á ocuparme con placer. Desde el suceso deplorable que puso fin á mi juventud, solo habia leído los libros que Dios escribió al hombre por conducto de los profetas y de los Apóstoles. Me disponia á la lectura, cuando mi compañero de posada se presentó en mi habitacion llamándome á toda prisa:

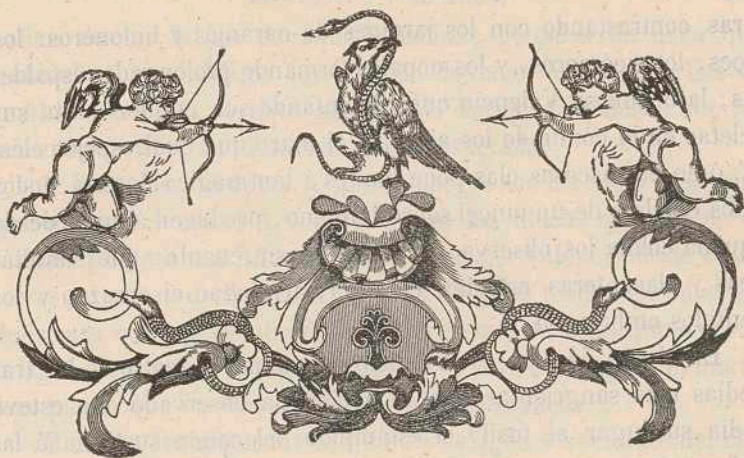
—Mirad, mirad, me dijo, la mujer que visteis en el cementerio.

Los dos corrimos al balcon; y mi sorpresa fué grande al distinguir una señora gruesa, en traje de raso negro, con un lujoso velo sobre el rostro, muellemente recostada en un tirburí verde tirado por dos briosos alazanes elegantemente enjaezados.

Cuando una deidad del Olimpo implora proteccion al dios de las aguas, y Neptuno corre á aplacar las tempestades del otro Polo, no vuela tanto su concha como el ligero carruaje de esta enlutada.

Mi vecino se retiró, y yo di principio al folleto que literalmente copio.





EL ORGULLO Y EL AMOR.

I.



BURJASOT, pueblo pequeño distante media legua de Valencia; ocupa la posición acaso mas pintoresca de la Península: una colina inmediata sembrada toda de frondosidad, y cuya cúspide es una pradera cubierta de yerba, puede considerarse como atalaya encantado, ú observatorio dispuesto para admirar desde allí las bellezas mas grandes que la Naturaleza recibió en su creación.

Los vastos arrozales que se descubren en su pié, y que mecidos por un suave céfiro, ondulan mansamente sus cabezas, imitando lagunas de esmeralda; los bosques de mo-

reras contrastando con los jardines de naranjos y limoneros: los aloes, los sicómosos, y los nopales formando prolongadas espalderas; la orgullosa Valencia que remontando sus cúpulas pinta sus veletas en el confin de los aires; y el mar, que cual espejo celeste, ó en borrascosas olas pone límites á tan mágica floresta; todos estos cuadros de un pincel sobre-humano, producen á quien desde aquella colina los observa, impresiones sin cuento, que simultáneas y placenteras estasian el alma, arrebatan el corazon y los sentidos embriagan.

En el año 34 eran estos deliciosos campos el teatro de las tragedias mas sangrientas que la nacion ha observado. La esteva cedia su lugar al fusil, el estampido del cañon sustitua á las eglogas que en aquellos jardines se cantaban, y el humo de la pólvora eclipsaba el sol puro de Valencia.

La mañana del 29 de Marzo del año referido, un suceso verificado en Burjasot, se ha abierto una página en la historia: suceso horrendo á quien los siglos venideros rendirán justo tributo de admiracion y de asombro.

Orgullosa el capitan Cabrera con la victoria que dias antes habia obtenido en el Plá del Pou, quiso celebrar su regocijo con un festin entre los oficiales de su ejército.

La colina que llevamos descrita fué el punto escogido para la orgía, punto tan encantado y lleno de atractivos que en él debió servir en otro tiempo Eve la copa á los dioses.

Los festejados se colocaron en la cumbre de este hermoso mirador; y maniatados y con centinelas, dejaron en las rampas suaves de sus laderas, cohortes de prisioneros; jóvenes cadetes la mayor parte, recientemente salidos de los colegios, presa de la batalla del dia anterior: tiernas flores arrancadas del jardin maternal iban á ver desprenderse las hojas de sus corolas arrebatadas por el furioso Aquilon.

El banquete habia comenzado pomposo, espléndido; los gritos de los brindis se confundian con las estrepitosas careajadas; el ruido de los sables con el ruido de las copas; y esta báquica algazara sofocaba con su alegre clamoreo, los tristes gemidos que

salian de las faldas de aquella colina; gemidos de dolor que exhalaban los infelices prisioneros. Jóvenes todos, muchos de noble nacimiento, é hijos algunos de las mismas aldeas que tenían á la vista, su situacion era desesperada.

...Víctimas inocentes... ¡qué amargas son las heces de la copa que apurais...! mirad á vuestra frente las aldeas que recibieron vuestra primera sonrisa... mirad la graciosa Valencia desde cuyas torres tal vez os contemplen vuestras afligidas madres... mirad los deliciosos campos sembrados de flores que han nutrido vuestra infancia... y mirad á vuestra espalda el fiero verdugo... el mortífero plomo que va á hacer botar vuestros cráneos...!

Mientras las orquestas marciales halagan los sentidos del crapuloso vencedor; mientras sus bélicos sonidos aumentan el placer de la terrible orgía; ven los malhadados prisioneros deslizarse uno á uno entre la agonía mas lenta, los últimos momentos de su vida.

Este llora por su madre; aquel tiende los brazos á su hermana, que cree que lo mira desde la ciudad; y todos levantan sus ojos al cielo azul que les va á servir de mausoleo.

Solo uno entre tantos permanece insensible: retirado hácia el Oriente, sentado en lo mas frondoso de la ladera, con los codos apoyados en las rodillas, y la cara oculta entre las manos, largo rato hace que continúa abismado en sus reflexiones, abstraído de la actual situacion y reconcentrado en sí mismo.

Manifiesta veinte y un años de edad: su estatura es regular y sus formas agradables: su rostro largo y blanco: su hermosa cabellera y su bigote que comienza á insinuarse, de color oscuro: sus cejas rasgadas y negras, negros sus ojos; y una mirada expresiva á la par que fogosa, contrasta con el aspecto de su caracter dulce y tranquilo.

La tersura y delicadeza del cutis, revelan á primera vista la brillante cuna que lo ha mecido.

Blandiendo el acero este jóven al defender una plaza, debía ser fiel imágen de París sobre los muros de Troya.

Dos subtenientes jóvenes tambien, se acercan á él y le dicen:

—Levarden, Levarden...

Levarden levantó su rostro sereno.

—Te hallas insensible á nuestra cruel situacion? repitieron con acento triste.

—Insensible... ah! respondió Levarden con amarga sonrisa: me estraña que os admire mi serenidad á vosotros que no ignorais mi historia; á vosotros que me habeis visto arrojar me á las armas enemigas en busca de la muerte; á vosotros que sabeis lo odiosa que me es la vida...

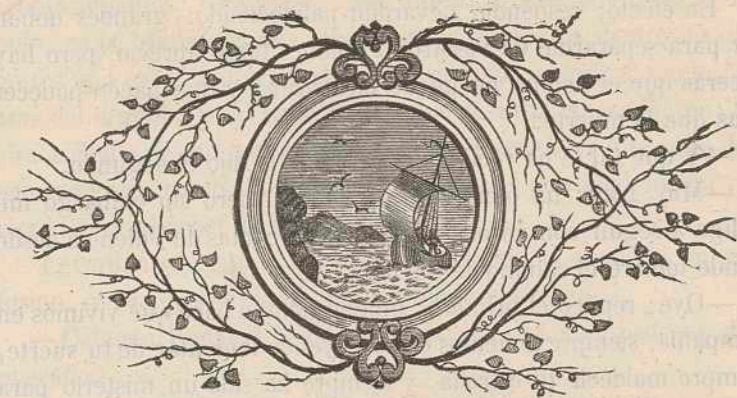
—Cierto es Levarden, dijo uno de ellos; pero la vida al tiempo de perderla ofrece tantos atractivos...

—Para el que tenga un hermano que lo ame... para el que tenga una madre que lo acaricie... exclamó Levarden fatigado; pero para mí, que solo en el mundo... abandonado de todos... arrastro una existencia llena de negros recuerdos... sin padres, sin hermanos, sin parientes... ¿en qué modo puede serme apreciable la vida...? no: Dios mio... Dios mio... prosiguió clavando los ojos en el cielo, el sepulcro es mi lecho de descanso... otorgadme pronto este favor... retiradme Dios mio de esa ciudad cuya vista me despedaza el alma..!

Ninguno de sus amigos le contestaron: cada uno fijó el pensamiento en su dolor, y la mirada en las torres de Valencia que se dibujan coronadas de gentes en la pureza de una atmósfera clara.

Las orquestas del vencedor insultaban con sus triunfantes sonidos la situacion del vencido.

Si queremos averiguar la desgracia que affligia al infortunado Levarden, objeto de nuestra novela; la desgracia que en la flor de su juventud le hacia aborrecer la vida; oigamos su historia de su propia boca, para lo cual abandonemos un momento á Burjasot; huyamos de la terrible bacanal que sobrecogió al pais; y dejando pendiente del licor la suerte de cien nobles vástagos, que aumentarían la gloria de su patria, y harían la dicha de sus familias; coloquémonos como punto de partida en la noche anterior á tales acontecimientos, en la noche que el coronel Cobos pasó con su regimiento en el Plá del Pou.



II.



RA la noche del 28 de Marzo.

En una habitacion decente, alumbrada por un quinqué de bronce, acababan de cenar y continuaban sobremesa, tres oficiales jóvenes á quienes ya conocemos; Levarden y los otros dos que en la prision de Burjaso se han acercado á hablarle.

—Levarden, le dice el de mas edad, apurando una copa: muy fundados deben ser los motivos que tienes para no entrar en Valencia, cuando solo por eso pides te trasladen de regimiento, y abandonas tus amigos.

En efecto; respondió Levarden palideciendo: grandes deben ser para separarme de vosotros á quienes tanto aprecio, pero hay úlceras que el tiempo no puede cicatrizar, y que hacen padecer mas que la muerte.

—Y qué tal te ha recibido el coronel? le dijo el segundo.

—Muy bien; ha otorgado mi peticion: pero sin embargo me obliga á seguir con vosotros hasta las cercanias de Valencia desde donde tomaré el camino de Sevilla.

—Oye; replicó el primero: mucho tiempo hace que vivimos en compañía, siempre te hemos estado oyendo lamentar de tu suerte, siempre maldecir tu estrella, y siempre ha sido un misterio para nosotros tu vida. No merecemos acaso tu confianza, Levarden? mañana nos separamos; tal vez sea esta la última noche que pasamos juntos: refiérenos tu historia por via de despedida, y asi podremos disfrutar unas horas mas del placer de estar reunidos.

—Te negarás á este favor Renato? le preguntó el otro.

—No, no me niego; contestó Renato: os referiré uno por uno todos los sucesos de mi vida. Bien se que al recordarlos se renovará cruelmente la herida de mi corazon; no he hablado de ellos desde que salí de Valencia; pero es un deber mio referiroslos, ya por satisfacer el deseo que con tanto derecho me manifestais, y ya por esponer á mis amigos los poderosos motivos que me obligan á alejarme de ellos antes que entrar en esa ciudad.

—Te escuchamos con ansia, dijeron los dos.

Levarden se reconcentró un instante en sí mismo.

Se vió desaparecer la sangre de su rostro, y un calor morbífico arrugó su frente. Luego exclamó conmovido:

—«El mundo es un basto cementerio donde cada casa es el nicho de una familia; cada calle el sepulcro de un acontecimiento, cada corazon la urna cineraria de una esperanza ó de un deseo.» Estos aforismos leí en el Fígaro el año pasado; aforismos que hirieron con fuerza mi ánimo, y cuya verdad veo yo realizada en mi propia persona. El mundo es un cementerio grande, inmenso, que absorbe en su seno todos los acontecimientos del hombre, y el olvido es la tierra con que se sepultan estos

acontecimientos... Valencia... esa ciudad de que hoy huyo aterrado, es la tumba de mis felices sucesos; abraza dentro de sus muros una casa, nicho sepulcral de un ángel sacrificado ante las aras del orgullo, y mi corazón es... no la urna cineraria, no; la pira ardiente de mil esperanzas y de mil deseos... Y qué sería del hombre en su completa abyección, si sobre el polvo del olvido, no viera nacer el árbol de la esperanza..?

Levarden se agitó al extremo: su palidez se convirtió en suffusion, y sus ojos brillaron con un fuego cristalino.

—Cálmate Renato, le dijo uno de sus amigos, padeces demasiado.

—Sentimos haberte puesto en tal estado, le dijo el otro: si has de referirnos tu historia, has de hacerlo sin alarmarte, y nada más que por un mero pasatiempo.

—Si, ya estoy sereno; respondió Levarden. Dispensad los excesos de un amigo desgraciado.

Levarden se frotó la frente con la mano y en tono más tranquilo, comenzó:

Hijo de una familia ilustre, aun que sin fortuna, quedé huérfano cuando todavía pendían mis labios del pecho de mi madre.

La señora de Alpequera, con quien la ligaba la más estrecha amistad, me salvó del funesto porvenir que me amenazaba, entregado como hubiera sido á una nodriza cualquiera.

Me hizo conducir á su casa, y estrechándome en su regazo, y derramando tiernas lágrimas sobre mi rostro, exhaló un suspiro en memoria de su amiga.

Desde aquel momento me prodigó los cuidados más asiduos que una madre puede proporcionar á su hijo: esta señora era viuda, y tenía dos, signos constantes del amor conyugal.

El carácter de mi protectora, alta, robusta y arrogante era el de un ángel; la nobleza, el desprendimiento, la protección, la caridad, y cuantas facultades embellecen la especie humana, tenían asiento en su alma, pintándose muy á las claras en su rostro tranquilo, de atractiva mirada y de noble sonrisa.

Jefe su difunto esposo de una armada naval, y miembro de varias corporaciones honrosas, habian aumentado estas dignidades el orgullo invencible que le era natural, única nube que empañaba el cielo de instintos puros en que nadaba su cándido corazón.

Un hijo fué el primer fruto de su matrimonio: siete años después tuvo una niña.

El suceso mas remoto á que alcanza mi memoria es el siguiente... pero quiero dar antes una ligera idea de la hermosa habitación, propiedad suya, que ocupábamos en Valencia.

Colocada en una de las mejores calles y con vistas al campo, estaba adornada con todo el lujo que la moda exigia.

La primera pieza que se encontraba en el entresuelo, era una antesala espaciosa y amueblada con decoro.

Un magnífico péndulo colocado sobre un velador de caoba, entre otros muebles de esta especie, media las horas de nuestra felicidad, porque media las horas de nuestra existencia.

Esta habitación daba paso á un gabinete cuadrangular y cubierto de papel pintado.

A la derecha de la entrada habia una consola con infinidad de figuras chinescas; á la izquierda un piano inglés.

Este aposento recibia la luz por una gran reja de bronce con puertas doradas, abierta en el centro de la testera á poca distancia del suelo: por ella asomaban sus corolas las flores mas bonitas del jardín; por ella penetraba la armonía de los pájaros y el ambiente de la noche.

A los lados habia dos confidentes: un juego de taburetes de damasco con mullidos escabeles ocupaba los costados; una alfombra de seda cubria el pavimento; y del cielo raso pendia un quinqué cuyos globos de cristal estaban entre-lazados con macetas de flores artificiales.

Ya conocéis el cuarto que habitaba la hermosa Carlota, linda decoración donde se han representado las escenas mas agradables que han tenido lugar en mis días de ilusión.

Una galería secreta conducia desde la antesala al verjel, cuyo

mérito quedaría bastante encomiado con decirnos que era el sitio de recreo de una señora de gusto delicado, de gran sociedad y de bienes inmensos; pero quiero daros una explicacion mas detallada.

En él no brillaba el arte; la Naturaleza estaba encargada de su arreglo: era cuadrangular, de bastas dimensiones y cercado por una alta muralla sobre cuyos bordes asomaban en hilera las robustas copas del tilo, del moral, de la lila, del desmayo, del cinamomo y la elevada palmera: estos frondosos árboles circuian el verjel, y sus troncos pegados á la pared, se hallaban envueltos en los promontorios de yedra y jazmin que tapizaban la tapia, y cuyos flexibles tallos remontándose á las mas altas ramas, descendian despues en graciosas guirnaldas, labrando mil arabescos en el aire.

Paralela á aquellos y á distancia de cuatro varas, destacaba una espaldera de naranjos, aloes, adelfas y nopales, formando el segundo lado de un paseo sombrío y encantado, donde algunos poyos de piedra convidaban á pasar una tarde placentera de verano.

El interior del jardin era tan sencillo como variado: aqui se descubre una pradera de yerba, alli un bosque de camelias, en este ángulo se acumulan las dalias, en aquel los pensamientos: el tímido lirio contrasta con la arrogante azucena, y todas las plantas mas bellas tienen lugar en este recinto.

En el centro se levanta un grupo de cipreses, y á su pié brinda con sana frescura una gruta de enredadera zarzaparrilla.

En uno de los senos mas profundos ha colocado su nido la oropéndola, y á su espalda nace un risueño arroyo cuyas aguas serpenteando mil veces amenizan aquella mansion de Diana.

A medida que Levarden recorria estos sitios con su espíritu, se arrebatava su alma con tan gratos recuerdos, y en su rostro lucía una agradable expansion.

—El primer suceso de mi infancia, prosiguió este jóven, que con claridad recuerda mi memoria, es el cumpleaños de Carlota. La señora de Alpequera, tierna amante de su hija, celebraba el aniversario de su nacimiento, no con opípara esplendidez, pero si

con la efusion de cariño propia de su caracter, y reuniendo el corto número de personas con quien la ligaba una amistad verdadera.

Eran las doce de la mañana, y aquel dia se recibia en el gabinete de Carlota.

La señora de Alpequera, su hija y yo ocupábamos un sofá; á nuestro frente se hallaba el señor Magistral, en cuyo rostro lucía la candidez evangélica.

En obsequio á las estrechas relaciones que lo unian con mi madre adoptiva, se habia encargado este señor de iniciarnos en las letras sagradas: el maestro de instruccion primaria estaba á un lado, y algunos caballeros de edad completaban nuestra visita.

Carlota y yo éramos el objeto de la conversacion.

Aquella estaba muy linda: rebosando en el candor de una niña de ocho años, todas sus facciones revelaban la virginidad de su tierna juventud.

En su rostro largo, aunque moreno, brotaban las rosas de la infancia: sus negros y grandes ojos casi eran cubiertos por las pobladas cejas: entreabiertos los labios descubrían sus dientes de perla, y los rizos de una negra cabellera oscilaban por su cuello terso como el de un cisne.

Un pantalon blanco, una blusa azul y una cinta verde pendiente de la cintura, hacían su traje.

—Vaya, hijos míos, dijo su madre con afectuosa sonrisa; es necesario que en presencia de estos señores arreglemos nuestras cuentas: ya no ha de ser todo correr por el jardin de flor en flor como las mariposas; tú Carlota, cumples hoy ocho años; Renato ya ha cumplido nueve; el señor maestro de escuela viene á despediros habiendo quedado satisfecho de vuestra aplicacion: es preciso pues que su vacante la reemplace un profesor de francés. Un maestro de música comenzará á daros leccion desde mañana, y cuando parezca al señor Magistral que os hallais bastante enterados en la ciencia divina, es necesario que os vayais preparando á recibir el gran sacramento de la Eucaristia.

Mi hermana, que así la llamaba en mi felicidad, me miró; se

encogió de hombros, y ambos nos sonreimos: yo le contesté con un signo igual, dándonos á entender mutuamente la gran tarea que se nos imponía.

—En cuanto á la primera parte, mi señora, dijo el Magistral mirándonos con amabilidad; la apruebo con el mayor placer: estoy muy contento con el despejo y aplicacion de mis niños, y me glorío con la esperanza de que siempre honrarán á sus maestros. No soy del mismo parecer en cuanto á lo segundo, pues todavia son muy jóvenes para hacerles cumplir con el primer deber del cristiano; y sobre este punto mas quisiera esponerme á retrasarlo algun tiempo, que obrar acaso prematuramente.

En el reloj de la antesala sonó la una.

Aquellos amables caballeros, despues de repetidas felicitaciones, nos dejaron solos: nuestra madre subió á su dormitorio, y Carlota y yo nos sentamos en el alfeizar de la reja desde donde se veian los pájaros saltar de rama en rama en los árboles del verjel.

Hablábamos con timidez de las nuevas obligaciones que nuestros directores nos imponian, y dolíase mi hermana de que ya no tendríamos tanto tiempo para correr por el jardin; cuando se abrió la puerta del gabinete y apareció en ella Juan, antiguo y leal criado de la casa, con una jaula en la mano que contenia un pájaro negro con pintas blancas.

Los dos nos precipitamos sobre él.

—Qué ave es esta? Cómo se llama? preguntámos á un tiempo.

—Se llama Marica; contestó Juan entregándonos la jaula. Este pájaro no canta, pero aprende á hablar como el papagayo, y podrá responder á lo que le pregunteis: ademas cuando ya se ha domesticado y anda suelto por la casa, tiene la propiedad de ocultar en su nido cuanto puede agarrar con las uñas y con el pico.

Esta relacion del criado hizo escesiva nuestra alegria.

Al dia siguiente dieron principio las nuevas faenas distribuidas de este modo: á las ocho de la mañana asistíamos á la misa que se celebraba en el oratorio de casa: á las nueve venia el maestro de francés: á las diez el de música, y á las once el señor Magistral

nos hacia algunas preguntas en presencia de nuestra madre, usaré del lenguaje que entonces me era permitido, sobre la historia de Rebeca, de Ruth, de José y demas héroes y heroínas de la Biblia; episodios que con su singular paciencia, y el color de poesía con que los adornaba aquel señor, habia logrado incrustar en nuestra mente.

Familiarizada con nosotros la Marica al poco tiempo, se hizo el complemento de nuestras diversiones en las horas de recreo: ya pronunciaba el nombre de Carlota y de Renato, y suelta por el jardin corria á la par que nosotros por los acirates; se ocultaba en los grupos de flores; y cuando mi hermana ó yo le íbamos á echar la mano, remontaba su vuelo á las mas altas ramas de alguna palmera, donde agitaba las alas y chicharreaba con desentonada voz, como si quisiera burlarse de nuestra impotencia para con ella.

El mundo es un basto cementerio que todo lo absorbe...! y estos placeres infantiles, esta hermosa juventud, estos años tranquilos de feliz ignorancia... fueron sepultados en su abismo para no renacer jamás.

Una fausta é inesperada noticia regocijó en extremo los ánimos de la familia: nuestra madre nadando en contento nos leyó una carta en que decia, que D. Manuel Alpequera, su hijo mayor, cursante de matemáticas en Madrid, á quien yo no habia llegado á conocer, era admitido en el colegio de artilleros de Segovia.

Ni Carlota ni yo entendiamos lo que esto queria decir; pero participábamos de la alegría que á todos animaba. Luego que Juan nos hubo esplicado que de esa escuela salian despues á mandar una batería de cañones; tendiéndome mi hermana el brazo derecho sobre el cuello con indecible ternura, me dijo mirándome atentamente al rostro:

—Si tú fueras artillero irias muy elegante, porque sobre tu uniforme de gala llevarias muchos cordones y un desmayo encarnado en el morrion: pero no... añadió con un gesto de disgusto; entonces no querrias jugar conmigo por el jardin, ni con aquel traje te conoceria nuestra Marica.

Arrebatado Levarden cual si una idea nueva é importante se presentara á su espíritu:

—Para qué amigos míos, exclamó, detenerme en detalles que solo á mi pueden interesar...? Pasemos en silencio los encantos de una vida placentera y caminemos ligeros al desenlace de mi historia.

Sus compañeros lo escuchaban con suma atencion, y sin replicarle en nada.

—Supongámonos en el Mayo de 1834; prosiguió Levarden: Carlota frisaba en los diez y ocho años, y yo en los diez y nueve: sus facciones habian recibido el último quilate, si esta palabra cabe en un ser perfecto de suyo; pero un aire de tierna melancolia habia sustituido á la frescura de su semblante: aquel amor fraternal que veló nuestra infancia, llegó á apoderarse de nosotros; jamás ella paseaba sin mí ni yo sin ella; y nuestros paseos rara vez se extendian fuera de la muralla de nuestro pensil.

Un dia pues, dia en que el sol de la felicidad se nubló para mi la vez primera, bajé por la mañana como siempre habia acostumbrado, á dar los nuevos dias á mi hermana; mas ¡cuál fué mi sorpresa cuando oigo que Zoa, su doncella, me habla en estos términos:

—La señorita ha pasado mala noche; no ha querido, contra la voluntad de su mamá, que se llamase un facultativo; pero ha prohibido á todos la entrada en su dormitorio.

—A todos? pregunté admirado.

—Si señor!, á todos; respondió la doncella con intencion: á todos menos á su mamá.

Yo me bajé al jardín: la reja de su gabinete, que como recordareis estaba en contacto con las flores, se hallaba cerrada; y al través de los cristales solo se oia la voz de una madre que consolaba á su hija.

Aquella mañana la pasé en la mayor agitacion, revolviendo en mi mente ideas inconexas, reflexiones horribles que abatian mi espíritu. Carlota enferma...! me decia á mi mismo; me niega la entrada y llama á su mamá...!

Estas anómalas determinaciones, la tristeza que se pintaba en su semblante, y la reserva que entonces me figuré haber observado en ella poco tiempo hacia, produjeron en mi corazon un presentimiento siniestro que me llenó de inquietud.

Llegó la tarde: mi alma se disponia á pasarla en los insufribles tormentos de la mañana, pero Juan me avisó que la señorita se habia levantado y que deseaba verme.

Cual seria mi alegría facilmente se puede comprender.

...Al observar las emociones tan violentas que las diferentes fases de esta jóven producian en mí... era solo amistad lo que le profesaba...? Yo mismo lo ignoraba entonces.

Corrí á su habitacion, y la encontré sentada ó mas bien reclinada en el confidente.

Los síntomas de una enfermedad aguda aunque momentánea, se pintaban en su exterior.

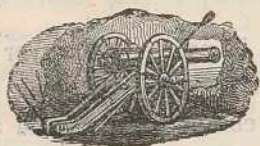
Tenia la cabeza recostada en la pared, los párpados caidos, el color pálido, los brazos lánguidos, y su cuello no era el de un cisne arrogante, era el de un cisne al espirar.

Al verme pareció conmoverse. Experimentaba ella acaso los mismos afectos que yo...?

Fuí á dirigirle la palabra, pero entró su madre y nuestra conversacion rodó sobre objetos los mas indiferentes.

La tarde iba declinando, y los trinos de los pájaros anunciaban una noche serena.

Carlota manifestó deseos de dar un paseo por el jardin, y su madre despues de oponer algunos cariñosos obstáculos como la frescura del relente, etc., que no fueron bastantés á disuadirla, me encargó que la acompañase con el mayor cuidado.





III.



La tomé del brazo, y penetramos en aquel paraíso rodeado de árboles frondosos y de variadas flores, que abrian sus cálices en una atmósfera de perfumes, mecidas por un céfiro suave, regadas por un cristalino arroyo, y desarrolladas bajo un cielo azul esmaltado en brillantes estrellas.

—Quiéres que nos sentemos en aquel grupo de azucenas? pregunté á mi hermana.

—No; me contestó con voz debilitada: la azucena es flor alegre y arrogante, y yo triste y abatida no podré estar bien á su lado.

—Iremos á colocarnos bajo aquella frondosa lila que siempre te ha agradado?

—Tampoco: su sombra me ha librado del calor en los días tranquilos de mi niñez, y esta noche padecería mucho bajo sus ramas.

—Pues dime tú, dónde quieres que nos dirijamos? le pregunté enternecido por sus contestaciones.

—Vamos á la gruta; respondió conmovida: cuando niños jugábamos por aquí, la gruta nos daba miedo con su oscuridad, te acuerdas? ahora estaremos muy bien en ese lugar sombrío: las fúnebres copas de los cipreses se levantarán sobre nuestras cabezas.

Y exhaló un suspiro.

Efectivamente; nos sentamos en un poyo de piedra que había en su centro.

En mi vida, señores, he experimentado una situación mas agitada: Carlota dejó caer la cabeza sobre el respaldo de yerba, y los brazos sobre sus muslos.

Desde allí solo se oía un ruido mágico y lejano producido por los insectos, por las brisas, por las hojas de los árboles...

—Antes labrabas coronas de flores que colocabas en mi cabeza; me dijo sonriendo con dulzura.

—Si; contesté yo con fuego: y ahora voy á colocar una camelia en tu pecho.

—No, no, respondió; las camelias son las flores que hacen hoy el buen tono de las hermosas contentas y felices que cubren los paseos y conciertos: córtame un lirio; esa flor modesta será la única que no se marchite en mi pecho.

Le presenté un lirio azul que recibió con cierta melancólica satisfacción.

Algunos minutos de pausa que no nos atrevíamos á interrumpir, hacían mas misterioso aquel lugar.

—Qué silencio reina en este jardín! exclamó mi hermana.

—Silencio que yo no me considero con derecho á quebrantar.

—Por qué? me preguntó alarmada.

- Sintiera serte molesto.
- A mí? por Dios, Renato, no aumentes mi aflicción! jamás has usado conmigo un lenguaje tan esquivo.
- En diez y siete años que hemos vivido juntos, nunca se me ha negado tu presencia hasta esta mañana.
- Ay Dios mío! exclamó Carlota entre suspiros.
- He perdido acaso tu confianza, hermana mía? le dije tomándole la mano.
- No, Renato; y para darte una prueba de lo grande que te la profeso, te he traído al jardín; respondió sollozando.
- Pues por qué no me has permitido la entrada?
- Tendrias gusto en agrabar mi dolencia?
- A mi esa pregunta..!
- Pues mira, esta mañana podia haberme sido nociva tu visita. Oyeme: los síntomas exteriores de mi indisposicion á nadie se han ocultado; pero la causa todos la ignoran: todos, hasta mi misma madre: lo creerás amigo? esta es un sueño.
- Un sueño? la interrumpí admirado.
- Un sueño horroroso... me contestó dando un suspiro.

Un ligero ruido producido entre la yerba, llamó nuestra atencion; y al instante penetró en la gruta la Marica alborotándolo todo con sus mal articuladas palabras; mas conociendo al parecer aquella avecilla nuestra triste situacion, brincó silenciosa á las faldas de Carlota, y meciendo blandamente sus alas, hacia mil caricias con el pico en las manos de mi hermana.

Despues de apretarla esta contra su pecho, me dijo:

—Escúchame amigo; anoche me acosté sin novedad como tú sabes, cuando al entrar en la cama, me sentí con un dolor de cabeza leve, pero bastante para no dejarme conciliar el sueño en cosa de una hora: lo conseguí al fin, y al poco rato siento un estremecimiento en todo mi cuerpo, y allá... á una distancia inmensa descubro un mar de plata cuyo fin no distinguia: en medio del mar se remonta un promontorio de flores azules, sobre el cual habia recostada una jóven mas hermosa que cuantas he visto en mi vida.

Su rostro era largo y blanco como el alabastro, sus ojos negros y sus labios de coral.

Una corona de jazmín sujetaba á las sienes su cabellera de azabache que caía hasta su cintura, esparcida con desden por la espalda y por el pecho.

Su traje era una blusa blanca muy larga con grandes arracadas en el borde de perlas, de rubíes y diamantes.

En la mano derecha levantaba una copa de oro, y con la izquierda agarraba las cintas de su talle.

Esta diosa está sonriendo sin cesar, y en torno suyo mil cisnes blancos batían sus alas y zambullían sus cabezas en aquel lago de nácar.

En los confines del Olimpo vislumbraba un trono de fuego con una figura que no podía percibir con claridad, porque un vapor á manera de gasa le rodeaba por todos lados, y solo distinguía ciertos globos luminosos de varios colores que por intervalos se desprendían de aquella alta region, y que la jóven del mar recibía con su cáliz.

A vista de semejante espectáculo no podía respirar; pero mi corazón gozaba en extremo, amigo Renato.

De repente aquellos cisnes que agitaban los aires con sus alas de nieve, se hunden en las aguas: se convierten en una nube azul las flores que sostenían la diosa; y á espensas de un céfiro suave que esparce mil mágicos sonidos, se eleva lentamente aquel ser encantado hasta llegar al cielo.

El mar se transforma en un vapor negro que todo lo invade... que me priva el aliento... y en lo mas alto de este caos vuelve á aparecer la jóven... pero vestida de luto y con una corona de ciprés en la cabeza: tiende su mano... va á alargarla á un gallardo mancebo que nace de aquella oscuridad: este se sonríe, se dispone á tomarla... la toca... pero suena un retumbante trueno, y las dos fantasmas quedan sumergidas en el abismo.

Yo doy un grito de horror y me despierto casi sin vida.

Calló Carlota; y aunque á la verdad me sobrecogió este ensueño misterioso, traté de desvanecer sus temores y tranquili-

zarla lo posible: mas fué inútil; ella prosiguió mas agitada todavía:

—Aquel ángel, aquella sombra, aquella vision que descubria en mis delirios, era la imágen de una jóven hermosa que vi el otro dia conducir al cementerio... y aquel mancebo á quien tendía su mano, exclamó sobrecogida de pavor, aquel mancebo arrogante y gallardo...

—Quién era? la interrumpí alarmado.

—Eras tú: me contestó derramando una lágrima.

Yo quedé sorprendido. Procurando rehacerme:

—Ya sabes, le dije, que los sueños nada significan, y que considerarlos como avisos celestes, ó como espejo de lo futuro, sobre ser un error que nuestra religion prohíbe, es un defecto grosero que debe despreciar todo aquel que se precie de haber recibido una educacion mediana. Con que así hermana mia, desecha esos pánicos temores, ocasionados las mas veces por una ligera fiebre, y procura restablecerte ya por tu propia salud, y ya por desvanecer el cuidado en que tus dolencias han puesto á tu madre, hijo del escesivo cariño que te profesa.

—Bien lo conozco; esto mismo aumenta no poco mi dolor; bien se que es hasta criminal, y sobre todo indigno de una alma noble, ocuparse un momento de los ensueños; pero este, Renato, se ha apoderado de tal modo de mi espíritu, me ha anonadado en términos que sucumbo á su fuerza: por todas partes se me presentan aquellos vapores; por todas partes distingo aquella jóven fantástica; por todas partes te veo á ti agarrado á su vacilante mano... qué quieres amigo? conozco que es una frivolidad como toda ilusion; pero ah! una ilusion nos fascina á las veces.

—En fin, estás conmigo Carlota, y á mi lado nada debes temer.

—Esa idea me tranquiliza, el vivir siempre á tu lado: creeme amigo, creeme; sin tí no me atrevería á pasar de esta gruta á mi habitacion: estoy aterrada... nunca, nunca nos separaremos uno de otro, me lo prometes?

—Ay amiga! le respondí conmovido, pues despertaba en mi

mente pensamientos fatídicos que alguna vez habian comenzado ya á atormentarme: lo que te prometo y juro, porque nadie manda en las afecciones de mi corazon, es amarte con sin igual cariño, Carlota; pero vivir á tu lado... ah! esto no puede perpetuarse sino con nuestro mutuo enlace; y hora es de que levantemos el velo de nuestra infancia, y te persuadas que aspirar yo á la mano de la hija del noble Alpequera es un delirio; y pretenderla una osadía.

—Qué estás diciendo, Renato...? exclamó sofocada por los sollozos que no podian romper. No somos hermanos...? no nos ha criado mi madre con la misma ternura? no nos ha mecido á los dos una misma cuna...?

—Sí, Carlota; pero desde la cuna de la infancia al tálamo nupcial media un abismo: en aquella todo está confundido, en este todo se examina; á la primera la separa del segundo un escollo de opiniones, de clases, de riquezas y de orgullo; la suerte te ha colocado á ti, querida Carlota, en su cúspide, á mi en su base: muchas circunstancias que en la cuna permanecian amalgamadas y cubiertas con unos mismos pañales, hoy se separan, se someten al crisol mas delicado y á la crítica mas severa... pero, qué es esto? exclamé asustado.

La sensible Carlota habia caído sobre mis hombros anhelosa, casi sin respiracion y bañada en el sudor frio que gota á gota se desprendia de su frente.

—Carlota...! Carlota! gritaba fuera de mí: no daba señales de oirme, yo estaba apurado.

Por fin un mar copioso de lágrimas en que se bañaron sus ojos, la sacaron de la situacion espuesta á que la habian conducido mis reflexiones acaso prematuras.

—Qué hablabas, Renato! dijo despertando del letargo, y fijando en mí sus melancólicos ojos: este no es aquel lenguaje que usabas conmigo en nuestra infancia; volvamos á aquellos dias tan felices...

—No es posible amiga mia, el tiempo corre; pero si el temor que te he manifestado ha podido disgustarte, perdóname por nues-

tro cariño: ojalá me engañe, ojalá tu madre corone gustosa este afecto tan puro y sublime que nos profesamos, nacido en este jardín, desarrollado entre sus flores, é inocente como los pájaros que en estos mismos naranjos confundían sus trinos con nuestros juveniles enredos.

—Dudas de mi madre, Renato? mírala con ojos mas benignos; te ama sobremanera; no te ha formado á su gusto? para qué había de educarte con tal esmero sino para hacerte dueño de su hija?

Esta reflexion de Carlota, hecha con todo el candor de una virgen, despertó en mi alma un rayo de esperanza.

—Puede ser que la bondad de tu madre, no contenta con haberme sacado de la oscuridad en que sin ella hubiera caído, se estienda también á concederme tu mano y de este modo elevarme al colmo de la dicha.

—Si? me dijo sonriendo, serías dichoso teniéndome por esposa?

—Si; mil veces sí, ángel mio; le contesté anegado en gozo y apretándole la mano; sería muy feliz.

—Y qué es la felicidad? volvió á preguntarme.

—Sobre la tierra una ilusion; contestó una voz grave fuera de la gruta.

Los dos nos alarmamos, pero aluego nos tranquilizó el señor Magistral presentándose en la puerta.

—Os he sorprendido, amados míos? dijo sentándose entre los dos, colocando el sombrero sobre las piernas, y arrellanándose en los cogines de yerba. Ola... también la Marica está con vosotros? prosiguió pasándole la mano por el lomo.

—No se aparta un momento de mi, señor Magistral; respondió Carlota.

—Bien hija mia: conque desees saber lo que es la felicidad? Pues ten entendido que se fatigará en vano el que se proponga explicarla como residente en este mundo.

Vulgarmente se dice que hombre feliz es aquel que cuenta mayor número de placeres que de disgustos, y viceversa el des-

graciado; pero estas definiciones son frases que nada nos enseñan.

La felicidad, hijos amados, puede concebirse en el mundo que habitamos, como un fantasma de bellos colores que durante nuestra peregrinacion en esta vida, camina un paso delante de nosotros.

Hay circunstancias en que casi la tocamos, mas nunca la poseemos, hasta que por fin la vemos hundirse en el sepulcro, donde poco despues vamos nosotros á encontrar nuestra última y mas tranquila morada.

No, hijos míos: la felicidad no puede existir sobre la tierra: nuestra alma se ve incesantemente agobiada por una multitud de deseos que la martirizan.

Es una ley de nuestra naturaleza que solo hemos de desear lo bueno, ó al menos lo que reconozcamos como bueno: luego si tantos deseos agitan constantemente nuestro espíritu... de cuántos bienes no nos hallamos privados?

Y si por una suposicion, imposible de realizarse, vemos alguna vez satisfechos nuestros deseos; sirven solo para encender otros nuevos, mas vehementes, mas enérgicos, que nos hacen vivir en una continua zozobra.

Siendo esta la condicion humana sobre la tierra... puede existir felicidad en este lugar transitorio...? Desgraciados aquellos, hijos míos, que se apocan por acrecentar su fortuna en este mundo cual si fuera su único porvenir...!

Infelices...! edifican un castillo sobre cimientos de arena, y cuando mas embebidos están en la codicia que absorbe su corazon, los asalta un momento que jamás han esperado, la muerte; pero una muerte llena de remordimientos, llena de horrores.

No creais tampoco que en este destierro nos hallamos abandonados de la Providencia; somos sus criaturas y no puede olvidarnos sin perjudicarse á si misma: asi es que tiene dicho al hombre «se justo y serás feliz.»

Aquel que conforma todas sus acciones con la conciencia moral, vive tranquilo y contento en medio de los torbellinos de

este mundo y goza de una paz envidiable, destello ó manifestacion anticipada de la paz, de la felicidad que nos espera en el Cielo.

Un alboroto sucedido en la casa interrumpió al Magistral, cuya conversacion comenzaba á sernos tan agradable: salimos alarmados y corriendo de la gruta; cuando Juan, que venia á nuestro encuentro, nos dijo que acababa de llegar el señorito Manuel con otro militar amigo suyo.

Mas tranquilos, y habiendo sustituido al temor la alegria, nos dirigimos á la habitacion de la madre de Carlota, donde la encontramos abrazada con su hijo, jóven gallardo de veinte y cinco años de edad, de rostro moreno, de ojos espresivos, de bigote negro y movimientos atolondrados.

Asi que nos hubo visto preguntó con ligereza:

—Esta es mi hermana? y este Renato? y deshaciéndola en besos, y tendiéndome la mano, nos hizo conocer á primera vista su desencuadrada cabeza.

El otro jóven, tambien en uniforme de artillería, era mas fino, mas tímido al parecer, y no menos elegante.

Manuel se dejó caer en el sofá haciendo sentar á su madre á la derecha y á la izquierda á su hermana: el otro militar, el Magistral y yo, colocamos nuestras sillas en círculo.

—Mamá comenzó por decir Manuel, pegándole un golpe sobre el muslo izquierdo; ya has tenido el gusto de abrazarme, pero aun no sabes el objeto de mi venida, y por cierto que te va á estrañar; añadió con una estrepitosa carcajada.

—Yo creo, dijo la madre mirándolo con cariño, que únicamente te habrá traído el placer de pasar una temporada en el seno de tu familia, y reconocer todos estos señores á quienes de tantos favores eres deudor.

—Sí; ya recuerdo...este sacerdote me parece que es aquel señor Magistral tan amigo de papá...?

—El mismo. Contestó el Magistral haciéndole un saludo de cabeza.

—Pero mamá, te equivocas; continuó Manuel pegándole dos

golpecitos en la barbilla; mi viaje ha sido producido por un motivo distinto del que supones.

El otro militar se sonrió.

—Pues hijo, refiérenoslo; dijo la señora de Alpequera.

—Voy allá; contesto su hijo prorumpiendo en una fuerte carcajada. Pocos dias hace me hallaba jugando á billar con un títere de paisano, tiró doblete contra el mingo, y dejó su bola entre los palos: los tiro yo bastos y pide que son en seco: sostengo que son buenos, levanta la voz, la levanto yo mas, tiene el atrevimiento de decirme que los militares no tenemos otra cosa que viento en la cabeza, y para que aprendiera que yo soy algo mas que aire, doblo el taco, le doy con la maza, y le abro la frente.

—Dios mio! gritaron Carlota y su madre.

El Magistral me miró é hizo un gesto de disgusto.

—Eh!.. no hay que asustarse, continuó Manuel con desprecio: cae debajo de la mesa, se alborotan los circunstantes, yo me pongo en guardia echando mano á la guarnicion de la espada, resuelto á metérsela hasta el pomo al primero que me chistase; nadie me dijo una palabra, y entonces me dirigí á casa del brigadier á pedirle licencia para pasar quince dias en Barcelona; me la concede, y á la mañana siguiente parto con este amigo. A las dos jornadas me ocurre la idea de ver á ustedes; flaqueo á la izquierda y heme aquí tan contento. Mi viaje, como todas mis cosas, ha sido repentino, impensado.

—Pero hijo! exclamó su madre afligida, ¿murió el herido?

—Va! contestó él riéndose á carcajadas; si murió lo enterrarían: *requiescat in pace*.

—Pierda V. todo cuidado, señora, dijo el otro militar; varios amigos quedaren encargados de noticiarme cualquiera novedad.

—Mamá, prosiguió Manuel echándose la mano al bigote, y recorriendo con la vista los muebles que adornaban aquella habitación; estoy viendo que desde que yo marché de aquí, se ha convertido esta casa en una cartuja; es necesario que renazca aquel boato que aquí reinaba; es preciso que la casa de Alpequera vuelva á dar el tono á la sociedad de Valencia.

—En efecto, hijo mio, dijo su madre exhalando un suspiro: despues qué tu partiste para Madrid no se han abierto esos salones sino para llorar yo en ellos á un esposo envidiable, y para enseñar á tu hermana la cama donde murió su padre. Es imposible, Manuel, que tu madre pueda gozar ya los placeres de una vida opulenta.

—Ja, ja, ja, cualquiera diria mamá, que te hallabas redactando un sermón: aun ciñen tus sienes las tocas de la viudez, cuando hace diez años que debiste haberte quitado el luto? Ya me voy convenciendo de que la verdadera civilizacion está reconcentrada en la córte. Cuán distinto hablarías si allá vivieras! alla se olvidan las pesadumbres para abrir el alma á las delicias, y el hombre vive en la completa libertad para que ha sido criado.

El señor Magistral, avergonzado sin duda de escuchar este cambio de afectos, y semejante lenguaje de corrupcion; tomó el sombrero, y despues de un saludo frio, salió del gabinete.

—Ea pues, mamá, prosiguió Manuel dejándose caer sobre el respaldo del sofá, creo no serás tan exigente que nos obligues á este caballero y á mí á entrar en esa pesada vida de claustro que malamente has adoptado; y en la que por desgracia se han educado, á lo que pienso, mi hermana Carlota y su amigo Renato. Es de necesidad pues, y asi lo exige el decoro de tu clase, que el juéves próximo nos brindes con un concierto; pero con uno de aquellos conciertos peculiares del buen gusto y esplendidez del señor Alpequera, concierto semejante al que se ha dado ahora en la embajada de Paris, y en el que mi querida hermana, continuó exaltándose por grados y besándola con frenesí, pueda manifestar su superioridad á todas las hermosas de Valencia.

Con que mamá, es necesario buscar quien se encargue del arreglo de los salones.

Su madre, ciegamente apasionada de sus hijos y movida por cierto impulso que entonces no podia yo imaginar, no supo ni pudo negarse á los deseos de aquel.

Juan entró á avisar que la mesa estaba dispuesta, y todos nos dirigimos al comedor.

Al día siguiente ya se hablaba en la ciudad del gran baile que el jueves próximo se daba en casa de Alpequera.

Era posible que semejante tarambana fuese hermano de Carlota...? Esta y yo estábamos aturridos; pero mi principal admiración la ocasionaba el que aquella señora que tan ejemplar educación nos había procurado á mi amiga y á mí, no se contentara con no reprobarnos, si es que admitiera como otras tantas gracias las sandeces en que aquel autómatas se deshacía.

Tal es la obcecada intension del cariño de una madre!

El señor magistrado, avergonzado sin duda de escuchar este cambio de afectos, y semejante lenguaje de corrupción, tomó el sombrero, y después de un saludo frío, salió del gabinete.

—Ea pues, mamá, prosiguió Manuel dejándose caer sobre el respaldo del sofá, creo no serás tan exigente que nos obligues á este capullo y á mí á entrar en esa pesada vida de clausura que

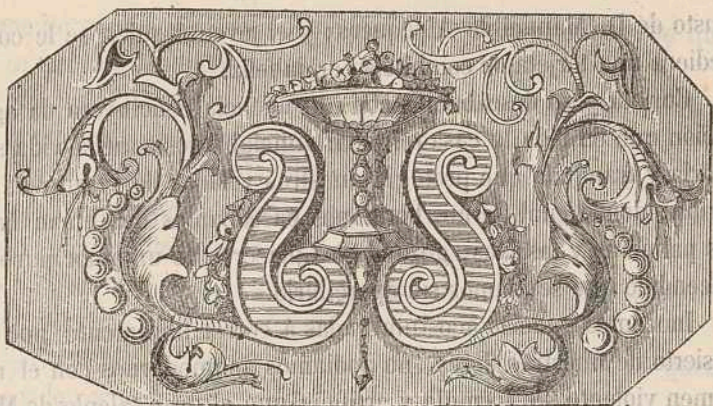
malamente has adoptado. Es lo que pienso, que en clase, que el jueves proximo, de aquellos con el señor Alpequera en la campaña, tú me exaltándose por tanto y desahogado con necesidad, pueda

manifestar su superioridad á todas las hormonas de Valencia. Con que mamá, es necesario pasar, quien se encasque del arreglo de los salones.

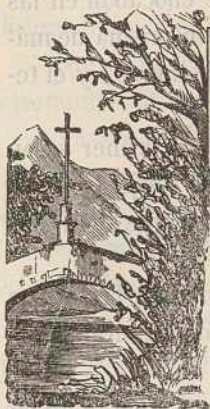
En madre, ciegamente apasionada de sus hijos y movida por cierto impulso que entonces no podía yo imaginar, no supo ni pudo negarse á los deseos de aquel.

Juan entró á avisar que la mesa estaba dispuesta, y todos nos dirigimos al comedor.





IV.



El hermano de mi querida Carlota nadaba en contento: su orgullo se veía satisfecho.

En los cafés, en las tertulias, en los paseos de Valencia no se hablaba de otra cosa que del suntuoso concierto que en los salones de Alpequera se iba á celebrar.

Ya se sabia en todas las sociedades de la ciudad que tapicero tenia á su cargo el adorno de las habitaciones, qué fonda el ambigú, y qué litógrafo las tarjetas que habian de ser doradas en campo azul, emblema de la nobleza de esta familia.

Por todas partes se aplaudia la elegancia, el despejo y buen

gusto de D. Manuel de Alpequera; y el jóven á quien se le concediera una tarjeta de combite se creía feliz.

Carlota y yo deseábamos con impaciencia concluyera la agitación que en toda la casa reinaba: anhelábamos aquella vida solitaria y tranquila que protegía nuestras veladas de verano en el jardín, donde cual tiernos hermanos paseábamos del brazo bajo las palmeras y las lilas, gozando los placeres de un amor puro y encendido que sentíamos sin apercibirlo.

Inocentes gacelas acostumbradas á correr libremente por el desierto de nuestras flores, no podíamos acomodarnos con el régimen violento, de fórmula y artificial que el gran talento de Manuel nos había prescrito.

¿Pero la viuda de Alpequera... aquella señora que desde la muerte de su esposo se había reconcentrado en la vida de un cenovita, ¿cómo se entrega abiertamente á esta profusión? ¿llevaba algún fin particular? únicamente el de obsequiar á su hijo y á su huesped? Este capitán de artillería era sobrino del duque de Levanteamor, heredero de grandes haciendas, caballero elegante y fino: mas ¿por un simple obsequio, era posible que se arriesgara á trastornar el orden tan metódico en que vivíamos..?

Llegó el Jueves: á las nueve de la noche brillaba en el vestíbulo la claridad del día: mil torrentes de luz se chocaban en las escaleras, cual si un sol radiante penetrase por un prisma de mágicos colores: el pavimento estaba cubierto de alfombras, y el techo bordado en arabescos de rosas.

Esta galeria lujosamente adornada conducía al primer salón de descanso. Dos lacayos con librea recibían las tarjetas en la antesala: un ughier anunciaba las notabilidades que iban llegando.

Sobre la puerta del salón de baile, se ostentaban las armas de la casa tegidas de laurel, jazmin y palma con admirable artificio.

Describir el lujo y magnificencia de este salón, fuera atibiar su mérito.

La señora de Alpequera, Manuel, su huesped, ambos en uni-

forme de gala, y yo, recibíamos los caballeros y señoras de que ya se cubrían las habitaciones.

Un lacayo entró á avisarme que la señorita Carlota descaba mi brazo para presentarse en el concierto.

Yo sin poder disimular mi alegría corrí á su gabinete.

Me recibió con la sonrisa de su angelical corazón: su rostro estaba enardecido y su mirada melancólica.

—¿Que te parece mi traje? dijo haciendo una señal á la modista para que se retirase.

—En otra, le contesté, resaltaría su brillo; en ti... queda ofuscado por tu belleza.

Era de gró blanco, de manga perdida, y bastante abierto para lucir su cuello satinado.

Dos cintas azules pendían de su cintura; y tres plumas blancas, colocadas en la cabeza, formaban admirable contraste con el azabache de sus cabellos.

Una aguja de diamantes brillaba en su pecho, y en los brazos dos pulseras de oro.

—Pronto ha producido en ti su efecto la sociedad; continuó poniéndose los guantes.

—Por qué?

—Porque no hace una hora que estas entre elegantes, y ya me diriges lisonjas estrañas al carácter de nuestro cariño.

—No: eso consiste en que el amor que yo experimentaba, dulce y tranquilo, lo siento ahora desarrollarse en fuego que me abrasa.

—Vaya con el apego que has descubierto hácia las beldades que ocupan las cámaras... como que sino te llamo no te acuerdas de que yo existía en el mundo.

—Carlota, no me martirices con tus chanzas: cierto es que no he bajado por tí, pero sabía yo si tu madre tendría gusto en que gozara su hijo la dicha de presentarte en esa nueva sociedad, ó acaso acaso el capitán de artilleros?

Estas espresiones hicieron palidecer á mi amiga.

—Basta de bromas, me dijo: y tomando el brazo prosiguió con el mayor cariño: no me abandones en toda la noche, hermano:

que he de hacer yo entre esa multitud de jóvenes que no conozco? con cuanto mas gusto daria un paseo por nuestro jardín! si diriges una mirada fascinadora á las hermosas que habrá en el salon, dirige otra por lo menos á tu tierna Carlota...

Al cruzar aquellos corredores, la multitud de luces colocada en todas partes; los perfumes de los grandes jarrones de rosas y claveles; los sonidos lejanos de la orquesta que se oian por intervalos, cual si bajaran del paraíso; y el objeto de un cariño exaltado que se apoyaba en mi brazo, desarrollaron en mi alma un mundo de emociones las mas sublimes que jamás he experimentado.

Quando la amistad infantil que á Carlota y á mi nos estrechaba, habia tomado el caracter de un amor vehemente. ¿ni ella ni yo lo sabiamos, pero ambos sentiamos sus efectos desastrosos.

Un amor tranquilo es una quimera: esta pasión tan dulce va siempre ligada á las mas crueles de nuestro corazon.

A medida que me iba acercando á los salones, crecia la agitación de mi espíritu: y á hablar con franqueza me veré precisado á decir lo doloroso que me era tener que desprenderme de mi hermana, y entregarla á las caprichosas fórmulas de la sociedad.

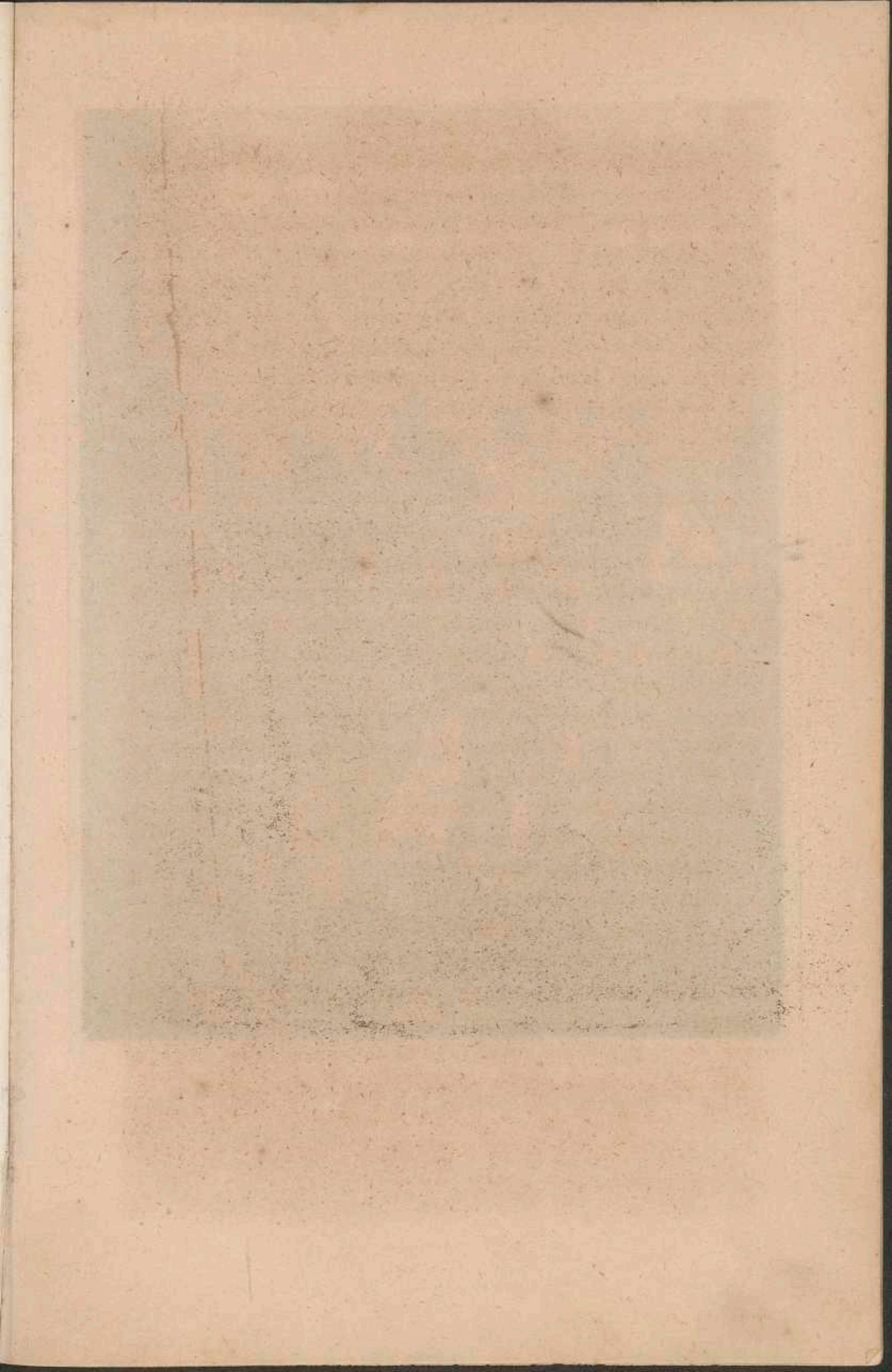
Ella se hallaba no menos alarmada que yo; cuya situacion comunicaba á la mano que descansaba sobre mi brazo, una convulsion lenta y continuada.

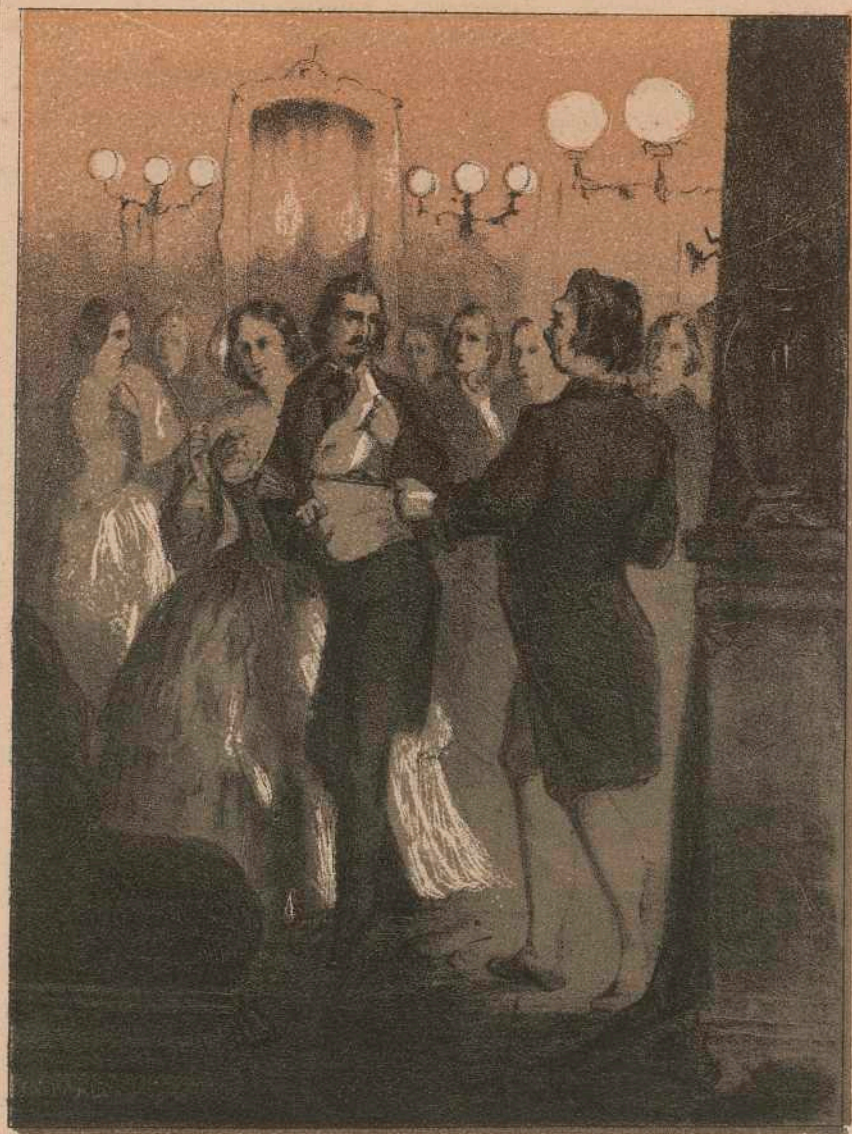
Un ugier anunció nuestra llegada.

Todas las damas se levantaron; y Carlota las fué saludando una á una con amabilidad encantadora.

Desde luego fue el objeto de las conversaciones de los jóvenes: todos admiraban aquella belleza que habia permanecido oculta, y todos se agrupaban á pretender su mano para el primer rigodon: pero mi amiga, ella misma me lo habia dicho, no podia bailar con otro que conmigo.

Quien toda la noche me tuvo en tortura, pues no se apartó un momento de ella, fué el capitán de artillería: no conociendo este, ó fingiendo no conocer el disgusto que sus limadas frases producian en Carlota, se deshacia en piropos que hubieran sido





mejor acogidos por cualquiera de las hermosas coquetas que nos rodeaban.

Esta me miraba con frecuencia y suspiraba: yo le manifestaba mi cruel situacion.

Se hizo señal; y ostentando aquella multitud sus esbeltos talle al compás de melodiosos sonidos, daba principio á sus tareas de amor, elemento constitutivo de los bailes.

En Carlota advertí algo de particular: su rostro, aunque encendido por el calor de la agitacion, carecía del rosado matiz de sus mejillas; su mirada era mas melancólica que de costumbre, nada me hablaba, y respondia desacorde á las preguntas que yo le hacia.

—Estás enferma, querida? le pregunté.

—No: estoy fastidiada.

—No te gusta el baile?

—Me encanta: no se qué poder oculto ejerce sobre mi la orquesta; me estasia, me conmueve y arranca de lo mas profundo de mi alma lágrimas que procuro contener. Pero, cómo no ha de molestarme la necesidad de recurrir á un rigodon para hablar contigo? Esta es la libertad de la sociedad...! y su cultura, consiste en que jóvenes á quienes no conozco, tengan derecho á sofocarme con importunidades que jamás he oido? ay Renato! ignoro lo que esta noche pasa por mi.

—Si, hija mia, le dije afligido; tu encierras algun pesar que me callas: tu no tienes confianza conmigo.

—Ay si la tengo...! muy grande: quíeres que te lo pruebe?

—Ya sabes el placer que eso me causará.

—Pues mira amigo, continuó suspirando; esta agitacion que en mi observas, es producida por tí; esta noche te amo mas que nunca; esa orquesta celeste ha encendido mi amor.

—Oh delicia! exclamé enagenado; tu me amas, tu me amas mas que nunca, y yo creia que tu melancolía provenia de algun nuevo objeto de cariño.

—A quién puedo yo amar si no á tí? no acusarian nuestra infidelidad los árboles, las flores y los pájaros de nuestro jardin? no

hemos nacido amándonos? nuestro amor debe acompañarnos hasta la tumba.

La resolucion con que Carlota hablaba, me inspiró valor hasta el estremo de decirle:

—Llegó el momento, hija mia, de cimentar nuestra dicha: asi que marche tu hermano enteraré al señor Magistral de nuestra pasion, tan pura como antigua, para que arranque de tu madre el beneplácito.

—Sí, Renato; mi madre nos dará su bendicion y seremos felices.

Mientras nosotros formábamos estos aéreos castillos de placer; el capitán de artillería, sentado en el sofá junto á la madre de Carlota, sostenia con ella una interesante conversacion, y de vez en cuando nos dirigia alguna mirada escudriñadora.

El cruel Pilofemo contemplaba con ojos envidiosos las tiernas caricias de Acis y Galatea.

La noche habia llegado á su mayor altura, y el ambigú se iba á abrir, cuando un lacayo de librea presentó á Manuel en una bandeja de plata, una carta cerrada con lacre á la sazón en que este jóven bailaba con una elegante señorita.

Manuel tomó la carta despues de dar al criado una ágría reprension por la falta de etiqueta que habia cometido.

—Señor, dijo este, procurando disculparse; me han encargado que os la presente donde quiera que os halleis, pues os interesa bastante.

—Quién diablo la ha traído á tales horas?

—Un postillon.

—Dale estas monedas.

El hijo de Alpequera se retiró á la antesala á leer la carta.

Pocos momentos despues se dirigia con cierta agitacion á su madre.

—Mamá, le dijo; un asunto de estraordinaria importancia reclama mi persona en Barcelona; un amigo me escribe, y no puedo menos de obedecerle: la diligencia sale dentro de dos horas y es preciso que parta en ella.

—Hijo! exclamó la madre asustada: qué novedad es esta?

—No te alarmes mamá, no son asuntos de familia, son asuntos de amistad los que me llaman: pasados quince dias volveré á abrazarte.

—Pero hijo, no podrias esperar la diligencia del domingo?

—No, mamá; es indispensable que salga esta noche.

—El capitan de artilleros, por lo menos, se esperará aqui hasta tu vuelta? prosiguió la señora de Alpequera.

—Inevitablemente tiene que venir conmigo.

Durante esta conversacion habia cesado la orquesta: los concurrentes en misteriosas hablillas, formaban mil conjeturas sobre un suceso tan inesperado; y al poco rato se fueron despejando por grados los salones.

A la una solo se oia en ellos las sordas pisadas de los lacayos que andaban de aca para alla arreglando las maletas de sus amos.

Media hora despues, la señora de Alpequera abrazaba tiernamente á su hijo en el vestibulo: el capitan habló con ella aparte antes de marchar; y Carlota me dijo rebotando alegría:

—Todo conspira á nuestro fin: ya estamos solos; mañana es preciso comunicar nuestro pensamiento al señor Magistral.

Los salones de baile se cerraron: ya no se han abierto para mi jamas.

Aquella noche no pude conciliar el sueño: las emociones que habia producido en mi la angélica Carlota, y el paso tan aventurado que nuestro amor nos obligaba á dar el próximo dia, eran bastante para hacer surgir de mi cabeza torbellinos de reflexiones.

Aqui comienza lo mas horroroso de mi historia; aqui comienzan las amarguras de mi vida que no encontrarán su fin si no en el sepulcro.

La espresada mañana no bien me habia despertado cuando sentí hablar en el dormitorio contiguo al mio, que era el de la madre de mi hermana.

Me chocó en extremo porque no acostumbraba á recibir visitas

en este gabinete, y menos á tales horas; pero cuando la voz del señor Magistral me reveló con su acento agradable, que él era quien allí estaba, me dió un brinco el corazón: y lo confieso; movido por un impulso de curiosidad invencible, me incorporé sobre la cama con objeto de escuchar tan extraordinaria conversacion.

Vosotros que ya estais en los anales de mi vida, me disimulareis por mi amor incentivo y por las circunstancias que me rodeaban, el mas feo, el mas vergonzoso de los vicios.

El silencio y la oscuridad de mi gabinete permitian enterarse con la mayor claridad de cuanto en el otro se hablaba.

—He incomodado á usted, señor Magistral? comenzó por decir la señora de Alpequera.

—No por cierto, contestó el Magistral con dulzura; sabe usted el placer que tengo en estar á sus órdenes.

—Pues amigo, le llamo á usted para consultarle un asunto de interés.

—Alusivo?

—A mi Carlota.

—Ola... á mi querida niña? ya comprendo; añadio sonriendo.

—Estoy sobresaltada: la resolucion que he tomado lleva consigo grandes dificultades que estoy decidida á superar por la felicidad de mi hija; espero que usted con sus saludables consejos, coopere al logro de mi intento.

—Diga usted.

—Yo creo que Carlota profesa algun cariño á Renato!

—Puedo asegurarlo señora.

—Os lo ha dicho?

—No: pero qué importa? tengo bastante edad y experiencia para leer en el corazón humano, y el pecho de mis queridos ahijados es diáfano como la pureza de su pasión.

—Con ese jóven, Magistral, no debiera unirla si no una estrecha amistad.

—Señora, sus corazones han crecido simultáneamente; sus pasiones se han desarrollado á un mismo tiempo. Que se amen

enhorabuena, cuando el amor recae sobre almas tan nobles como las tuyas, llega á ser el matrimonio un modelo de virtud.

—Sí; creo que abandonada mi Carlota á sus infantiles deseos, alargaría su mano á Renato...

—Señora, no os entiendo...

—Amais á mi hija?

—Con efusion.

—Pues os llamo para que contribuyais al logro de su felicidad.

—Habládme con claridad: qué me queréis decir?

—Con que usted cree que ama á Renato?

—Lo ama.

—Qué se uniría á él?

—Si señora.

—Qué me diría usted si yo me opusiera á sus designios?

—Señora! exclamó el Magistral sorprendiéndose.

—No se sorprenda usted: qué me diría?

—Qué?

—Si.

—Pedir á usted una razon muy poderosa que haya motivado este cambio.

—La tengo: contestó la señora de Alpequera sonriéndose con satisfaccion.

—Cuál?

—La de unirla con un jóven elegante, que la adora, de bienes inmensos, y sobre todo con un jóven de una de las familias mas principales de Madrid: con el capitan de artilleros, amigo íntimo de mi hijo Manuel.

Un rayo fulminado sobre mi cabeza no me hubiera dejado mas yerto.

El señor Magistral guardó silencio,

—Qué me contestais? preguntó la señora de Alpequera.

—Que vos sois su madre.

—Lo se: pero tambien se que tengo amigos, cuyo dictámen debo respetar, y quiero consultarles: ellos por su parte están en la obligacion de ilustrarme con sus consejos.

—Qué quereis que yo os diga?

—El punto cardinal. Como me he de dirigir para que Renato, único obstáculo á mis planes, se ausente de Valencia.

—Eso es lo mas sencillo señora; á Renato lo he criado yo, y lo conozco bien: vos lo conocéis tan bien como yo, y estoy seguro que la menor insinuacion hecha á ese jóven, basta para que reprimiendo su pasion, huya al punto de esta ciudad, de España, del continente.

—No deseo yo tal cosa: quisiera mandarlo á dirigir mis posesiones de Sevilla: qué os parece?

—Señora, puesto que á ello me precisais, y pues que he merecido ser vuestro consejero, voy á deciros francamente cuanto siento.

—Sí, habladme sin reparo.

—Ocupémonos de vuestra hija y no de Renato: qué os proponéis al enlazarla con ese jóven capitan?

—Labrar su felicidad, pues la ama con ternura.

—No la habia visto antes de venir con Manuel?

—No la conocia.

El Magistral estuvo pensativo un momento.

—Cuánto tiempo ha permanecido aqui? preguntó despues.

—Seis dias: respondió la señora de Alpequera.

—Y en seis dias se puede cobrar un amor tierno? De ningun modo: el fuego de una bárbara pasion. Mirad, señora; cuando dulcemente arrullabais á Carlota en la cuna, me digisteis una noche: «mi amigo Levarden ha muerto, y ha dejado un hermoso niño que perecerá sin mi apoyo: es de noble nacimiento, y como mis ideas difieren tanto de las reinantes en el siglo, quiero educarlo conforme á mis deseos, para dar á mi hija un esposo á mi gusto.» Entonces no obrasteis del todo bien, y permitidme que os lo diga, porque ya pretendiais unir dos corazones cuyos afectos desconociais aun. Estos niños han crecido tan hermosos como las flores de su jardin, y tan puros como el céfiro que los ha vivificado: incrustadas en sus almas unas mismas máximas; encerrados en un mismo vergel, no han reconocido otros amigos que los pá-

jaros, ni otro mundo que el cielo azul que desde allí distinguían. En este paraíso terrenal, usted y yo señora, hemos mirado con gusto desarrollarse por grados sus pasiones; hemos visto nacer en ellos insensiblemente un afecto sublime; nosotros hemos protegido su cariño, y antes que ellos advirtieran sus propios sentimientos, ya conocíamos nosotros el amor que los ligaba. A vista de esto, señora, me estraña que vuestro talento trate de separar dos jóvenes prendidos con tan estrechos lazos. Habéis reflexionado con madurez las consecuencias de esta determinación, que no puedo menos de calificar de indiscreta? Ay señora; son horribles los estragos de una pasión vehemente reprimida.

—No; lo interrumpió la madre de Carlota con cierto aire de desden: esa pasión tan exaltada que pintáis, creo yo que no sea la que existe entre Carlota y Renato; si es un cariño débil, ligero como su juventud, y motivado por la necesidad de tener que verse juntos á todas horas del día. Separándose Renato, quedando sola Carlota, bien pronto se extinguirá esta efímera llama á que tal importancia dais. Por lo demás, si un tiempo obré obcecada, hoy debo reparar mi yerro; hoy debo procurar á mi hija un esposo que labre su felicidad y aumente sus intereses, un esposo que al lustre de su familia dé nuevo lustre y esplendor.

—Por Dios señora! en el interés material... en el brillo de un blason fundáis la felicidad de un matrimonio? Dos esposos deben encontrar sus timbres en su propio corazón, y su brillo en la pureza de la pasión misma.

—Muy enérgico me parece este lenguaje, señor Magistral, en boca de un sacerdote; dijo la señora de Alpequera fingiendo sonreírse.

—Un sacerdote, señora, conoce mejor que nadie las diferentes fases del mundo privado: á él acuden en su desgracia los padres, los hijos, las viudas y los esposos; y entre todos le ofrecen un inmenso campo donde dibujar el sinuoso camino de las pasiones humanas. Seguid mis consejos señora; qué sucede cuando se opone resistencia á un caudaloso torrente? que rebienta el álbero bramando y asuela los campos inmediatos. Unid á Carlota con

Renato y los hareis felices: el amor es desinteresado: en ellos tendréis un báculo inflexible para vuestra vejez; y los tiernos renuevos, fruto de su cariño, aumentarán el raudal de vuestras satisfacciones: en ellos tendreis un signo perpétuo de la caridad ejercida con un desgraciado, y de la condescendencia con una hija querida. Por otra parte, Carlota es de un temperamento nervioso capaz de profundas impresiones y de firme resolución...

—La sabré vencer; contestó con entereza la señora de Alpequera: y si dando su mano á Renato tendré un báculo en mi vejez, casándose con el capitan, prosiguió con irónica sonrisa, será este báculo de mayores intereses, mas brillante, y mis nietos serán sobrinos del Duque de Levanteamor.

—Señora, repuso el Magistral levantándose y tomando el sombrero; me marchó afligido, lloro la suerte de Renato y de Carlota: os he dicho cuanto creia, me lavo las manos en este asunto, sois su madre, á ellos y al cielo responderéis de las consecuencias de vuestra determinacion.

Y cerró tras de sí la puerta.

Dijo estas últimas palabras con un aire tal de inspiracion, que dejaron inmóvil á la señora de Alpequera.

Yo quedé desfallecido: no podia dar crédito á lo que acababa de oir: todo cuanto por mi pasaba me parecia una horrorosa pesadilla: «no, me decia á mi mismo, no es posible que la madre de Carlota haya formado tal proyecto acerca de mi: son fantasías de horror que una próxima enfermedad enhesta en mi mente azorada.

Sin fuerzas y próximo á una catástrofe lamentable, caí privado del sentido sobre la cama.

Este desmayo fué el telon corrido á la primera parte de la comedia que he representado en el mundo: fué la muerte de mi vida, de felicidad y de goces.

A los pocos momentos recobré la accion: los placeres, los deseos, las pasiones de mi tierna infancia quedaron sepultados en aquel letargo, y al volver á mi segunda existencia solo encontré

á mi lado el esqueleto de la alegría, un ramo deshojado de ilusiones y un mar de tempestuosas calamidades.

Sali arrastrando de la cama, tomé un tintero, y con pulso vacilante me dirigí al señor Magistral, única persona que fuera de mi Carlota me conserbava algun afecto.

Le hablé en estos términos:

«Mi estimado señor, y dueño absoluto de todas mis atenciones: acabo de escuchar desde mi dormitorio la conversacion que con vos ha sostenido la señora de Alpequera; y en medio de la agitacion, de la fiebre violenta que en mi ha producido, y que por momentos me devora; tomo la pluma para implorar de vos, señor, el último consuelo, y en los momentos mas criticos de mi vida.

«No intento daros las gracias por los favores que en mi ausencia me habeis prodigado; encomendar este encargo á los rasgos de una pluma, seria debilitar las efusiones mas grandes de un corazon agradecido.

«En medio de los horrores que me abruma, me siento orgullecer al poder confirmar la aventajada opinion que de vuestro discípulo habeis formado, haciendo ver al instante á la señora de Alpequera, que menos de la ligera insinuacion que vos le habeis dicho, una leve sospecha, ay! es demasiado bastante para que al punto huya de su lado, y no la moleste mi presencia en el cruento sacrificio que sobre la víctima mas inocente se propone consumir.

«Afligido, mi corazon por la desgraciada suerte que lejos de mi, espera á la angélica Carlota, acudo á vos señor, fiado en vuestra bondad y cariño, á suplicaros me proporcionéis los medios necesarios para entrar en la carrera de las armas, porque solo, sin estudios, abandonado de todos, y de todos aborrecido, qué otra cosa puedo desear sobre la tierra que una espada? para qué me levantó esta orgullosa señora del polvo que me confundía en mis primeros dias...? para hacerme conocer la felicidad en su hija, y sepultarme despues en la desgracia, obligándome á renunciar á ella.

«He determinado mi querido protector, merecida que sea vuestra aprobacion, hablar con la mayor franqueza á esta señora: hacerle saber que estoy enterado de sus pensamientos sobre el asunto en cuestion; y que para darle una prueba de mi nobleza, voy á partir tan luego como me lo permita la calentura.

«Qué momentos tan crueles aquellos en que me separe de mi Carlota! en que dirija la última mirada á esa criatura celeste en cuya compañía ha trascurrido como un soplo mi juventud placentera...!

«Disimuladme, señor, si mi cabeza próxima al delirio, falta un instante al respeto que os es merecido, y admitid en recompensa los mas tiernos afectos de un corazon que todo es vuestro, y la alta consideracion en que os tiene vuestro humilde y seguro servidor Q. S. M. B.

Levarden.

Cerré la carta; en ella cerraba tambien mis alegrías: le puse oblea, y al escribir el sobre, se abrió la puerta y apareció Carlota que me cogió infraganti.

Jamás me ha parecido mas hermosa: jamás ha escitado con mas vehemencia mi amor.

—Estás enfermo? me preguntó sonriendo y sentándose á mi cabecera.

—He pasado una mañana fatal.

—Te cansaste en el baile?

—No fué cosa.

—Has tenido algun ensueño tan horroroso como aquel mio?

—No carlota; á mi solo me afligen las realidades: estoy escribiendo al señor Magistral.

—Ya lo he supuesto: está cerrada la carta?

—Sí, con oblea.

—Qué desconfiado eres! me dijo sonriendo. Y mirándome al rostro; no me he equivocado, prosiguió luego en tono serio: viendo que tardabas á levantarte te he creído indispuerto y he bajado á darte los buenos dias: con efecto estás pálido, te has desayunado?

—No tengo gana: contesté articulando apenas.

Aquella jóven en mi cabecera, tan candorosa y tan llena de atractivos, me hacia daño.

Si para siempre la habia perdido, por qué la suerte adversa la llevaba á mi lado?

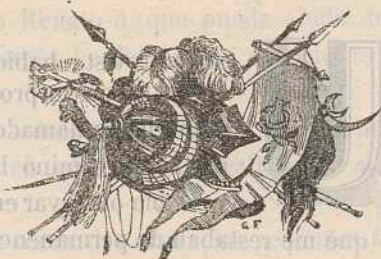
—Voy á mandar que te bajen una taza de té, me dijo dirigiéndose á la puerta.

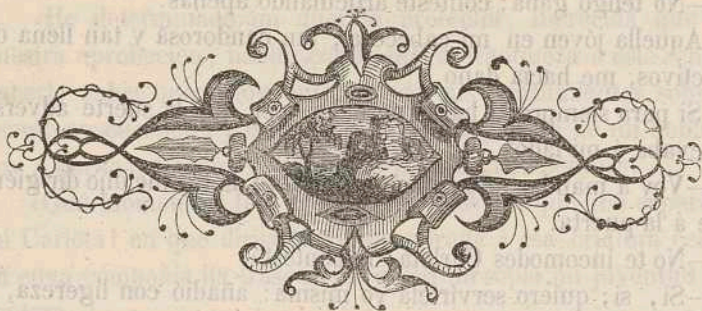
—No te incomodes Carlota; le contesté.

—Si, si; quiero servírtela yo misma: añadió con ligereza, y salió de la habitacion.

—Infeliz...! exclamé para mí: será el último obsequio que dispenses á tu amigo.

Nunca se presenta la felicidad con tan bellos colores como en el momento cruel de perderla.





V.



UNA entrevista habida con el señor Magistral en su propia casa, donde él me había llamado enterado de mi carta, determinó la conducta que yo debía observar en las pocas horas que me restaban de permanencia entre las personas que me habían visto nacer.

No creímos prudente hablar á la señora de Alpequera con una franqueza y resolución desmedidas: su mano generosa había protegido mi infancia, y estaba en el deber de mirarla con algun respeto en memoria siquiera de sus beneficios.

Empero, de quien me proponia separarme entre engaños y fic-

ciones por evitar un desenlace horrendo, era de mi querida Carlota; que á causa de su caracter nervioso, susceptible de fuertes impresiones y acostunbrada á confiar sus deseos únicamente á mi; este lance presentado sin disfraz y con toda la estension de su rigor, era muy bastante para abrirle por sí solo las puertas de la sepultura.

Aquel día lo pasé entero en la cama, á escepcion del momento que salí en busca de mi protector: motivos por los que trascurrió sin ver á la señora de Alpequera.

Carlota, afligida por mi abatimiento, no se apartó un momento de mi cabecera prodigándome los mas asiduos y últimos cuidados, con un aire de dulzura angelical.

La mañana siguiente supliqué la entrada en el gabinete de la madre de Carlota, y admitido con fria amabilidad, me senté á su lado.

Esta señora estaba triste y meditabunda desde la conferencia que sostuvo con el señor Magistral.

—Señora, le dije con humildad, despues de un breve silencio; extrañareis acaso que pase á hablaros de sucesos que el tiempo ha colocado ya á larga distancia de nosotros, pero que siempre estan presentes á una alma reconocida.

—No entiendo Renato á que pueda aludir tu conversacion, pero sabes que jamás he dejado de escucharte con el mayor placer.

—Me refiero, señora, á aquellos días que me apretabais en vuestro seno, y en que me prodigabais las atenciones de una madre.

—Y á qué fin recuerdas ahora los pequeños favores que dispensé al hijo de un amigo?

—Para haceros ver que este hijo en nada desmerece la nobleza de su padre.

—Qué quieres decir con esto? esplicáte: exclamó alarmándose.

—Me esplicaré, señora, pues que lo deseais; respondí bajando la cabeza. En aquellas horas de mi infancia, repito, en que á un tiempo mecian vuestros brazos á Carlota y á mi; cuando mas

despues corriamos por los bosques de naranjos, al paso que unos mismos maestros labraban nuestra educacion... no os irriteis señora, yo me creia igual á ella: no contrariado mi orgullo infantil por la razon que entonces no podia despuntar en mi espíritu; yo la llamaba hermana, yo os llamaba madre, y desapercibiendo el abismo que de vos me separaba, yo me hacia miembro de vuestra propia familia. Hoy felizmente he sacudido aquella obcecacion; hoy he reconocido mi error; y despues de dirigir á vos y á mi una mirada; ya siento señora los momentos que pierdo en vuestra casa.

Durante mis palabras palideció su frente y su rostro ofreció los síntomas de una lucha enérgica de las mas violentas afeciones.

Pasado un corto instante:

—Renato, me dijo, qué piensas hacer?

—Dejar de seros gravoso, señora, y buscar mi suerte en las banderas de nuestra Reina. Yo no puedo permanecer un instante mas en vuestra casa.

Aquella señora reflexionó entonces; debió convencerse de que me hallaba enterado de su conversacion con el señor Magistral.

De repente cubrió su semblante una fuerte sufusion, y se veia atada sin encontrar espresiones con que replicarme.

—No quieres permanecer un instante mas en mi compañía? me preguntó con voz estinguida.

—Señora, me lo prohíbe mi honor: respondí con entereza.

—Pues bien, partirás á dirigir mis posesiones de Sevilla.

—Imposible.

—Quién te lo impide?

—Señora... vacilé un momento: mi delicadeza.

—Tu no tienes intereses, ni carrera científica...

—Gracias á quien me ha hecho semejante servicio.

—Con qué esperas subsistir en este mundo?

—Con el fuego de las armas.

—Renato, sigue los prudentes consejos que voy á darte, hijos del afecto que siempre te he profesado; repuso con cierta dulzu-

ra: no te acuerdes de la carrera militar; ve á Sevilla, habita mi gran quinta, y goza allí los placeres de una vida tranquila. Antes de resolverte reflexiónalo bien.

—Ya está reflexionado, señora: contesté irritado por sus últimas palabras; y mi resolución ya está tomada: yo no quiero ni puedo vivir tranquilo, y entre soldado y colono, me decido por soldado.

Involuntariamente me levanté de la silla.

—Oye, volvió á decirme deteniéndome del brazo, veo que eres inflexible en tus determinaciones: y cuando partes?

—En la diligencia de esta noche.

—Tan pronto!

Algunas lágrimas asomaron á sus ojos.

Esta señora me apreciaba, sí; pero su orgullo la obligaba á enlazar su hija con el capitán de artilleros.

—Toma, prosiguió abriendo una gaveta.

—Qué vais á darme?

—Una letra de cuarenta mil reales para Madrid.

—Os la agradezco señora, pero no puedo recibirla.

—Por qué?

—Porque bastantes son los favores que os debo.

—Recibe este obsequio, es bien reducido.

—Imposible.

—Renato...!

—Hasta la noche, señora. Y cerré tras de mí la puerta del gabinete.

Debía yo permanecer en una casa donde ya era extraño... y al lado del ángel de quien para siempre tenía que separarme...? De ningún modo.

Para realizar mi proyecto me ví precisado á engañar á Carlota con la verdad, pero con una verdad horrenda: pues le dije que si ella me daba su permiso, creía muy oportuno irme aquel día á comer con el señor Magistral, á fin de establecer el plan mas cómodo de llevar á efecto cuanto le insinuaba en la carta que habia de fijar la suerte de ambos.

Ella se manifestó muy contenta: una ráfaga de amor iluminó

su semblante, y me despidió con una sonrisa llena de dulzura. Desgraciada...que diferentes emociones agitaban nuestras almas....!

Hasta el obscurecer no volví á casa: cuando pisé aquel vestíbulo gimió mi corazon bajo el peso de un dolor profundo, y un instinto poderoso me dirigió al jardin.

En esta misma hora paseaba yo en él con mi amiga todos los dias.

Al tímido ruido del frágil quicio de la puerta, corrió á su encuentro Carlota, y echando la mano derecha sobre un hombro, y sosteniendo con la otra la marica que aloteaba sobre su pecho, me dijo con una sonrisa que solo puede comprender quien haya conocido aquella vírgen.

—Es hora de volver á casa, amigo mio? Ya me tenias con cuidado.

—Con cuidado! respondí abatido.

—Si en mas de diez y ocho años que hace vivimos juntos, jamás nos hemos hallado separados tanto tiempo.

Y apoyándose en mi brazo me condujo á un poyo debajo de una lila donde nos sentamos.

La noche correspondia á los impulsos de mi corazon.

Estaba oscura, porque grandes nubarrones cargados de electricidad, impedian que los rayos de la luna llegasen al suelo: el huracan que comenzaba á sentirse, producía un ruido solemne en las copas de los árboles; sacudía con ímpetu las flores, y sacudía los cabellos de Carlota.

Cuanto mas triste estaba yo, cuanto mas violentaba mis sentimientos por aparecer sereno, mas alegre se manifestaba mi amiga.

Aquella noche no se apartaba de sus labios la sonrisa del pudor y del placer.

—Cualquiera diría que te ha causado disgusto el paso que acabas de dar con el señor Magistral, me dijo colocando su mano entre las mias.

—Tengo motivos para ello?

—Creo que no.

—Pues entonces...

—Es que los hombres sois de naturaleza tan perversa, que cuando llegais á persuadiros de que una mujer os ama...

—Le entregamos abiertamente nuestro corazón.

—Os complacéis en atormentarla.

—Carlota...!

—Advierte que es chanza: añadió prorumpiendo en una inocente carcajada. Pero vaya ahora de formalidad: dime Renato; qué ha resuelto nuestro protector sobre el asunto en que se cifra nuestra dicha?

—Para que quieres que yo te lo diga? mañana á estas horas te habrá enterado él mismo de cosas que no sabes.

—Y que tal satisfaccion me causarán.

—De veras?

—Si amigo, de veras: no me castigues con represalias por mi pasada broma.

En el reloj de una parroquia inmediata sonaron las nueve.

Este sonido que tantas veces habia oido desde aquel mismo poyo, me sobrecogió esta noche: aquella campana que en otro tiempo habia contado mis horas de felicidad; me anunciaba entonces los cortos momentos que el hado me concedia pasar en compañía de mi amiga.

Daban las nueve: á las diez en punto partia la diligencia que para siempre me iba á separar de Carlota.

Hay situaciones tan críticas en el hombre, que cualquiera simpatía atormenta su sensibilidad.

El suceso menos importante me traía entonces á la memoria los dias pasados de mi vida tranquila: los hechos mas ordinarios me parecian avisos de la Naturaleza.

Como yo no pudiera vencer mi situación, como la ficticia serenidad de que me revestia, se desplomara sin advertirlo; no pude ocultar á los ojos de Carlota, penetrantes como el amor, que mi espíritu se hallaba azorado: empero ella lo atribuía al temor

que me inspiraba la necesidad de hacer semejante declaracion á su madre, y empleaba para distraerme todos los medios que su ternura le sugería.

—Vamos, amigo, prosiguió tomando mi brazo, vamos á cortar las adelfas mas hermosas del jardin para que labres un ramillete á mi madre, que nos ama mucho: dentro de pocos dias se lo labrarás á tu esposa.

La mayor parte de las flores estaban marchitas, efecto sin duda de la noche: sentian mi partida?

La Marica misma, que al levantarse su dueña habia dejado caer al suelo, voló á mi hombro: tambien se despedia de mi.

Luego que hubimos llenado su falda de azucenas, claveles, adelfas y camelias, nos sentamos en un acirate cubierto de yerba, al pié de dos frondosos naranjos; y mientras ambos nos ocupabamos en aquella malograda y última labor, me preguntó sonriendo:

—No te acuerdas cuanto hemos jugado entre estas yerbas cuando éramos muy niños?

—Y no observas cuanto ha crecido nuestro cariño desde aquel tiempo?

—Qué dulce es el amor!

—Es la vida de los dioses.

—Oh, sí... y que desgraciadas deben ser aquellas infelices, á quienes por razon de estado, ó por aumentar sus intereses, enlazan sus padres con un hombre á quien no aman ni pueden amar.

• Esta reflexion me dejó petrificado: un profundo suspiro se escapó de mi pecho.

—Suspiras? nosotros felizmente no nos hallamos en esta situacion: nuestro amor es antiguo y vehemente.

—Divino y eterno: me lo juras?

—Dudas de mí? pues bien: te juro por el Dios que preside esta sublime tempestad, que mi corazon te será fiel mientras vivamos, y si en la muerte es posible amar, tambien te amaré, y si te sobrevivo, hermano mio, mis manos y no otras han de

cerrar tus párpados. Tu cadáver me causaría melancolía, no terror.

—Y si una larga distancia me separase de tí en aquel momento?

—No puede ser muy larga la que separe á dos amantes esposos.

—Un viaje... un suceso inesperado...

—No temas, Renato: una fuerza oculta me dice con imperio que el uno hemos de espirar al lado del otro.

—Es tan frívola toda existencia, hija mia: todo tan contingente, que cuando mas segura creemos tener la dicha; mas veloz se escapa de nuestras manos.

—Eso mismo nos dijo una tarde el señor Magistral, recuerdas? que la felicidad sobre la tierra es un fantasma de engañosos colores; que solo reside esta en un mundo que nos espera, y que para gozarla en él, es necesario practicar aquí la virtud. Mas á pesar de todo, yo soy feliz por que estoy á tu lado: y esta felicidad no es un fantasma que se me escapa.

En el relój de la parroquia sonó el cuarto.

Que rápido marchaba el tiempo aquella noche!

Mi situacion era semejante á la de un rico avariento, que del lecho mortuario dirige las últimas miradas á sus arcas de oro, cuyo brillo fatídico le insulta al espirar.

Yo iba á perder el único tesoro que poseia... yo lo hallaba tanto mas dulce la noche de que hablo, cuanto mas cortos eran los momentos que podia estar á su lado.

Carlota se deshacia en alhagüenos coloquios; y yo gemia sor-damente bajo la penuria de mis tormentos.

Carlota trazaba encantadores planes de una felicidad duradera; yo revolvía en mi mente los medios de separarme de, aquel ángel de amor, instante el mas cruel de mi vida.

Ambos nos hallábamos sentados sobre una alfombra de yerba; ambos respirábamos una atmósfera embalsamada por los naranjos; una misma tempestad rugía sobre nuestras cabezas; y sin embargo ella tan contenta y yo tan abatido...

—Cuando haga tiempo que la bendicion del señor Magistral haya autorizado la union de nuestros corazones, hablaremos con placer de esta noche, en que damos el paso que decide nuestra suerte.

Iba á contestarle, pero me lo impidió un alboroto extraordinario que se oyó en la casa, sobre el cual salian los lamentos de una voz desconsolada.

—Es mi madre...! exclamó Carlota; y echó á correr: yo corrí tras ella. Cuando entramos en el gabinete de la señora de Alpequera quedamos asombrados: los criados despavoridos andaban sin direccion fija y sin hacer nada; la señora desmayada en una butaca, daba hondos suspiros: una carta abierta tenia á sus piés.

—Madre mia...! exclamó Carlota arrojándose á sus brazos.

Los sollozos de la madre se confundian con los gritos de la hija.

Yo tomé la carta del suelo y quedé sin fuerzas al verla firmada por el capitán de artilleros.

Agitado, y sin poder resistir á un impulso interior que me impelia á ello, me apresuré á leerla.

Decia así:

«Barcelona.—Señora de todos mis respetos: aun que con la mayor pesadumbre tomo la pluma para evacuar un encargo, repugnante es cierto, pero que miro como un deber en toda persona que pueda gloriarse con la amistad de usted.

«Urgente era en extremo la presencia de su hijo Manuel en Barcelona; pues sin ella desgraciadamente hubiera sido víctima de su genio acalorado.

«No se alarme usted, señora: la herida que un acceso de cólera le hizo ocasionar en la cabeza de un jóven paisano, segun él mismo refirió á ustedes, fué grave: el herido murió, y la fatalidad ha querido que fuese de noble familia.

«Sus padres han promovido la causa con energía, y el consejo de guerra ha pronunciado contra Manuel una sentencia horrorosa.

«El motivo de la premura con que un amigo suyo lo llamaba, fueron los edictos que en su busca se fijaron en esta ciudad.»

«No tema usted por él, está seguro: habíamos determinado que marchase á la Habana, pero en un momento de frenesí, hijo de su genio vehemente y enérgico, se ha alistado bajo las banderas del Pretendiente, despues de jurar venganza á sus crueles jueces.»

Carlota atenta á mi lectura, cayó sin sentido sobre su madre: semejante escena presentaba todos los horrores de un lance desesperado.

Yo callaba y presenciaba estos sucesos con estúpida tristeza.

De repente se ofrece á mi espíritu una idea aterradora; se apodera de mi cuerpo un frio glacial; arde mi corazon en un volcan de morvífico fuego; y llamando aparte á Juan:

—Si preguntan por mí, le digo, responded que he ido en busca del señor Magistral.

—Está muy bien, señor.

Aprovecho el desmayo de Carlota; dirijo á esta víctima una mirada de compasion; un recuerdo á todo lo pasado, y con despecho febril cierro á mi espalda la puerta de aquel gabinete, que jamás se habia de abrir para mi.

A los pocos momentos subia las escaleras del señor Magistral, que me esperaba con dolor.

—Id, señor, á socorrer á aquella familia; le dije con voz ahogada por los sollozos.

—Qué ocurre? me preguntó alarmado.

—Una carta fatal ha sembrado la desolacion en toda la casa: Carlota está sin sentido; su madre casi desmayada.

Luego en pocas palabras lo enteré de lo sucedido.

—Corre hijo, me dijo estrechándome entre sus brazos, y casi con las lágrimas en los ojos; van á dar las diez; corre á la diligencia que salva tu honor. Toma, prosiguió, entregándome una cartera; ahí tienes lo necesario para el viaje.

—Mi querido protector, esclamé pretándole la mano: escribidme cuanto le ocurra á la desgraciada Carlota.

—Bien, hijo; descansa en mi cariño.

—A Dios, señor Magistral.

—A Dios... gritó volviendo la cabeza por no verme: á Dios hijo mio, salud y resignacion.

Cuando las ruedas de la diligencia me avisaron con su sordo ruido que habíamos salido de Valencia; creí que se me extinguía una vida que ya me era odiosa.

Trece meses han trascurrido despues de esa noche de cruel recuerdo: desde cuyo momento no he vuelto á ver esa ciudad... Tengo amigos míos, tengo razon para evitar á todo trance entrar en ella...? tengo razon para maldecir mi suerte...?

Levarden calló; y sus compañeros trataron de consolarlo con las espresiones mas tiernas que les dictó su cariño: pero él, cual si no los oyera, cual si estuviera fuera de sí, exclamó enagenado:

—Ay amigos míos...! vosotros no habeis amado como yo amo...! sí, Carlota mia... yo te profeso un amor mas puro que el de los ángeles; y aun que condenado á vivir lejos de tí... este amor mantiene mi existencia; él es mi faro, es mi vida, él bajará conmigo al sepulcro.

Levarden reclinó los codos sobre la mesa, y dejó caer la frente sobre las manos.

Pasado un momento; cuando á ruegos de sus amigos pudo calmarse algun tanto y levantó la cabeza, se vió que la sangre habia afluído al rostro, que los ojos estaban arrasados en lágrimas y que su mirada era vacilante.

—Amigo Renato, le dijo uno de ellos; no te dejes vencer por el dolor: sobrados motivos tienes para lamentarte es cierto, pero en semejantes ocasiones es cuando el hombre despliega la fuerza de su espíritu. Descansa amigo, descansa; nos ha interesado vivamente tu relacion.

—Todavía no ha concluido; respondió Levarden. Ya os dije al principio que el recuerdo de los sucesos de mi vida renovaría

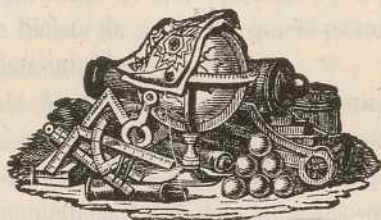
mis llagas; y por ello os suplico amigos, que disimuleis los amargos excesos de un desgraciado... sí; de un desgraciado.

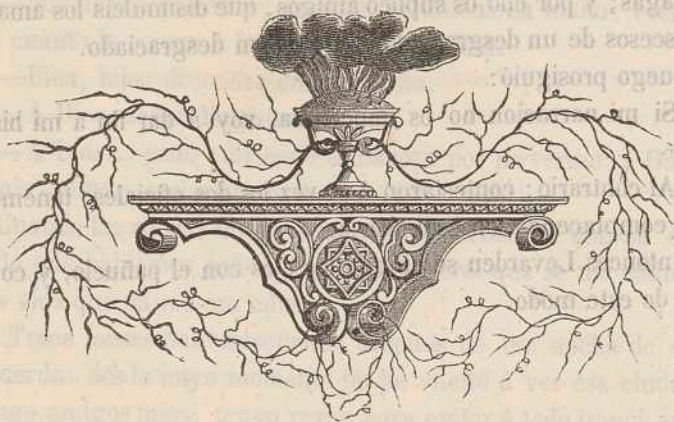
Luego prosiguió:

—Si mi narracion no os importuna, voy á dar fin á mi historia.

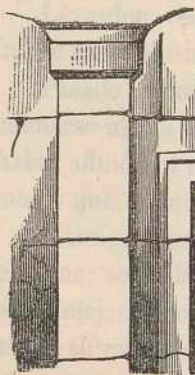
—Al contrario; contestaron á la vez los dos oficiales: tenemos suma complacencia en escucharla.

Entonces Levarden se enjugó los ojos con el pañuelo, y continuó de este modo.





VI.



CINCUENTA y seis días despues de mi llegada á la Corte recibí una carta de mi protector.

Al ver su letra, al leer su firma, gozó mi ánimo una indecible expansion; y sucumbí por un instante á una poderosa fantasía de placer.

Creo cambiar el cuarto de una patrona por mi gabinete; creo aspirar los perfumes de aquel mágico jardin; y entre sus grupos de flores me parece distinguir la mas hermosa, la mas modesta de las criaturas.

Nadando en este golfo de ilusiones, abro la carta precipitado, derramo sobre ella dos ardientes lágrimas, y leo lo que vais á oír.

Hela aquí, señores, continuó llevándose la mano al bolsillo: no la he apartado de mí un momento: es el único talisman con que en el mundo puedo hacer frente al infortunio: dice de este modo:

«Querido Renato: he creído conveniente no escribirte antes, por esperar algunos sucesos alusivos á la familia de Alpequera, y de los cuales puedo hoy comunicarte minuciosas noticias: pero como son tantos, y para ti tan interesantes, aunque no debieras ya ni recordarlos, te los escribo en forma de diario sin otro objeto que el de su mayor claridad.

«Día 15 de Setiembre.»

Al momento que me diste tu adios, me dirigí veloz á consolar aquella familia como tu me suplicaste: y á pesar de la tétrica pintura que me hiciste de su dolor, quedé pasmado al contemplar un cuadro tan lamentable.

La señora de Alpequera ya estaba en cama y con un facultativo á su cabecera: Juan con otros criados se ocupaba en dar fricciones en los piés y manos de Carlota, á quien un accidente con síntomas apopléticos, hacia tres minutos que tenia privada.

La carta fatal, causa de tamañas desgracias, estaba arrojada sobre una silla.

—Qué es esto? exclamé al entrar.

—Piedad... socorro! señor Magistral; gritó Juan con las lágrimas en los ojos: nuestra señorita no vuelve, Carlota es muerta!

—Qué dices? contesté yo levantándole la cabeza.

Este criado los trataba con la mayor familiaridad, como que los habia visto nacer.

—Renato que ha ido en busca de usted, ha leído la primera mitad de esa carta; Carlota ha seguido leyendo despues de marchar este, y cuando su madre comenzaba á tranquilizarse, y ella acababa la carta, ha dado un grito de horror, y ha caído en la

disposicion en que ahora la veis , señor , pues aun no ha hecho movimiento alguno.

Entonces dirigiéndome yo al facultativo:

—No descuidemos esta niña, le dije con cierto aire de reprension.

—Caballero, me contestó encogiéndose de hombros; por ahora no puedo proporcionarle otra cosa que esas fricciones: si el accidente continuase tan cerrado algunos momentos mas, le aplicaríamos un par de sanguijuelas tras de las orejas.

—Podria convenir variarla de postura?

—No perjudicaria.

El se ocupaba con todo su ahinco de la madre, yo de la hija.

Tomela de medio cuerpo, tirada como se hallaba en el suelo, y la coloqué sobre una silla.

A este movimiento dió un suspiro: era el suspiro de la vida.

El médico pulsaba con interés á la señora de Alpequera; los criados y yo nadábamos en alegría al ver que volvía en sí nuestra Carlota.

En aquella casa tremolaban dos banderas: unos seguian la del poder, nosotros la del infortunio y el candor.

—Esa carta... leed esa carta, fueron las primeras palabras que articuló.

—Traiga usted ese misterioso papel, dije á Juan sin abandonar la cabeza de la infeliz, que descansaba sobre mi brazo.

—Hasta aqui ha leído Renato, respondió Juan, señalando el sexto periodo. Ha salido despues en busca de usted y ya tarda mucho.

—Cuánto padecerá el pobre cuando lea la segunda parte! exclamó Carlota con estinguida voz.

—Cuánto padecerás tú, víctima del orgullo, al saber que lo has perdido para siempre! dije para mi.

Leí en seguida en voz baja, amigo mio, y decia así:

«Manuel está libre: no lo vereis en algun tiempo, pero volverá á abrazar á su querida mamá.

«Presupuestas tan consoladoras seguridades que habrán de tranquilizaros; paso á hablar del asunto que me ocupa todo entero.

«Desde la noche en que conocí á vuestra hija, ha cambiado mi vida.

«Los grandes conciertos que en la corte se celebran, nada son comparados con el que tuvimos en vuestra casa.

«En los primeros no preside Venus; Eve no sirve la copa á los dioses: vuestra hija reúne la arrogancia de Venus, la dulzura de Eve.

«Desde que la conozco no gozo placeres lejos de ella, no tengo existencia.

«Su imágen divina profundamente esculpida en mi corazon, es una flor de preciosos esmaltes, es una luz de celestes colores que oscurece cuanto le rodea.

«El amor que le profeso enciende mi alma; él me ha hecho despreciar el gran mundo; él aborrecer cuanto no es Carlota.

«Supongo, señora mía, que Levarden, único obstáculo á nuestros bellos planes, ya habrá salido de vuestra familia, y que mi hermosa, privada de su nociva vista, y amonestada por su tierna mamá, pronto dirigirá benignos ojos á su mas fiel apasionado.

«Espero vuestro aviso, señora, para volar en alas de mi pasión á firmar los capítulos matrimoniales.

«Os ofrece entre tanto su humilde consideracion, vuestro afectísimo; etc., etc.»

A pesar del lance en que me encontraba, no pude reprimir amigo mio, una sonrisa de desprecio al concebir en esta lectura un amor cortesano tan gongóricamente espresado; y mi corazon se enterneció doblemente recordando vuestro cariño puro, constante, sublime, vilmente contrariado por el orgullo de una madre engañada.

Carlota suspiraba profundamente: la víctima condenada á muerte, aun no habia escuchado su sentencia. Yo tomaba á mi

cuenta este doloroso encargo, y cómo no? solo su madre y yo eramos sabedores de tu separacion.

Determiné que se la acostase: Juan y Zoa la condujeron á su dormitorio.

Pasados cuatro minutos me hallaba sentado en su cabecera.

Esta escena tenia lugar en el silencio de la noche.

Carlota estaba medio incorporada; su cabellera suelta, cubria las almohadas; la serenidad de su rostro me causó pavor.

—Cómo te sientes? le pregunté.

—Muy tranquila: ya no lloro.

—En las adversidades es necesario resignacion, hija mia.

—Estoy muy resignada, no lo veis? dónde teneis la carta, mi único padre?

—En el bolsillo.

—Entregádmela.

Y la colocó debajo de la almohada.

—Para qué la conservas?

—Para que la lea Renato.

Y tiró el cordon de la campanilla.

Zoa se presentó al instante.

—Qué hora es? preguntó Carlota.

—Las once: respondió la doncella.

—Ha venido el señorito Renato?

—No señora.

—Cuánto tarda! Así que venga condúcelo aquí.

La doncella salió de la habitacion.

Yo padecia demasiado... me resolví á dar el golpe.

—Carlota, le dije con voz mal sostenida; tendrás valor para sobrellevar una desgracia?

—¡Ay Dios mio! ¿qué decís?

—Sí, hija mia, tengo que comunicarte una infausta noticia.

—Decídmela, señor, decídmela.

Y se sentó sobre la cama.

—No quisiera quebrantar de nuevo tu salud.

—No la quebrantareis. Vos que habeis participado de mis placeres, participais tambien de mis penas, no es cierto?

—Sí hija mia.

—Renato me ama mucho, tambien él me ayudará á soportarla. una desgracia dividida entre tres, no puede hacerse muy sensible.

En este momento sonó la campanilla del vestibulo. Carlota se alarmó y tiró el cordon de la suya.

—¿Quién ha llamado? preguntó á la doncella.

—El cochera, señorita.

—¡El cochera...! murmuró entre dientes: id con Dios.

La doncella despejó el gabinete.

—Volvamos hija mia, al asunto.

—En vuestros ojos veo pintada la pesadumbre, señor Magistral.

—Es tanto mayor, querida Carlota, cuanto que yo soy el único que puede contribuir á hacerla mas llevadera.

—¿Qué decís... y Renato?

—Renato... es tan delicado... que si tiene noticia de esa carta...

—Oh... no ha leído sino la mitad, no sabe nada.

—Ya... pero si por otro conducto se halla enterado de las crueles determinaciones de tu madre; su honor...

—¿Por cuál? no es posible.

—Sí, infeliz criatura: ¿á qué tenerte mas tiempo engañada? él mismo las escuchó.

—¡Suerte impía! y dónde está?

—Ha marchado.

—A dónde?

—A Madrid.

—Dios mio! exclamó; y quedó privada sobre la cama.

Yo llamé con fuertes campanillazos. Juan, Zoa, y los demas criados, bajaron al momento.

—Agua... agua para mi Carlota, grité asustado.

Su respiracion se apagaba por instantes.

Los criados volaban en su socorro.

No era el respeto, no era el temor, era el cariño quien conducía sus pasos.

—¿Qué es esto? se preguntaban unos á otros con asombro.

—¿Quién ha causado este nuevo insulto? exclamó Juan.

—Su madre: le contesté sin poder reprimir mi cólera.

—¿Su madre? volvió á preguntar atónito.

—Sí, su madre; ya no puede ocultarse: su madre, cuya errónea conciencia ha labrado la ruina de Carlota y de Renato.

—Pero el señorito...

—Ha marchado.

—Virgen de los desamparados, ya comprendo! repuso Juan frunciendo las cejas.

En medio de semejante cuadro en que todo era dolor; una de las cosas que mas conmovieron mi espíritu, fué las gruesas lágrimas que en silencio se desprendieron de los ojos de aquel anciano criado.

Este accidente no fué tan largo como el primero, aunque dejó á la paciente en extremo mas abatida. Cuando hubo recobrado su pleno conocimiento, y encargada que fué al cuidado de la leal servidumbre, me retiré á mi casa á descansar, conmovido por las terribles escenas que acababa de presenciar; pero algo tranquilizado á causa de haber dado el golpe que con tal respeto miraba.

Al salir yo de la alcoba, exhaló Carlota un profundo suspiro.

«Día 16.

Las ocupaciones inherentes á mi prebenda no me han permitido visitar hoy á la pobre Carlota.

Harto doloroso me ha sido, por la situacion tan crítica en que anoche la dejé.

El criado que he enviado á informarse de su salud, me ha traído el siguiente billete, letra de su propia mano:

«Mi estimado señor: ¡cuánto siento que no haya podido usted acercarse á mi cabecera esta mañana! pero me consuela

la esperanza de que lo hará tan luego como le sea posible.

«He llevado una noche fatal: en toda ella he podido dormir hasta el sueño abandona al desgraciado!

«A eso de las tres ha embotado mis sentidos un estupor febril; durante el cual, ensueños horribles han acabado de abatir mi espíritu.

«Veía á Renato elevarse en un globo de fuego: al principio lloraba; cuando ya se confundía con el azul del cielo, se sonreía: yo observaba este espectáculo sentada sobre un ataúd.

«Al despertarme ha dejado el ensueño el carácter de ilusión, para tomar el mas cruel de realidad.

«Juan estaba á los piés de mi cama; no me ha abandonado en toda la noche: se lo agradezco mucho, pero me temo no poder pagárselo.

«Acaba de bajar la doncella de mi madre á preguntar por mí en su nombre: ella ha gozado algunos momentos de un sueño tranquilo.

«Ya he oído las ocho, hora en que Renato entraba á darme los buenos días: hoy no ha parecido.

«Pensais escribirle?

«Estoy muy abatida; la pluma se me cae de las manos á cada instante: cuando vuelvo á tomarla, me siento con menos fuerzas que antes.

«Hoy padezco las consecuencias del lance cruel de anoche.

«Venid tan pronto como os dejen libre vuestras ocupaciones, me sois muy necesario: no abandoneis en tan triste estado á vuestra humilde y desgraciada servidora—Carlota.»

La adjunta esquila desarrolló toda mi ternura, mas apesar de mi empeño no pude visitarla hasta el día siguiente.

«Día 17.

A las nueve de la mañana abría los cristales de la alcoba de mi hija patronímica.

Estaba dormitando, lo que me llenó de placer: mandé que no

se la despertase, pero su descanso era efímero, y mi voz bastó á disiparlo.

—Sois vos? preguntó con regocijo, y levantando la cabeza.

—Sí hija mia, yo que me intereso con el alma por tu salud.

—Veinte y cuatro horas hace, añadió suspirando, que no os he visto á vos, y cuarenta y ocho á Renato; y sin embargo, este corto tiempo me parece un siglo. ¿En qué consiste que desde el instante que me acosté se me figura que han transcurrido quince ó veinte dias?

—En muchas razones: cuando nos sobreviene un lance extraordinario, y mas si nos afecta en demasía, altera nuestra vida física é intelectual: por otra parte los sueños interrumpidos; la debilidad, la cama; todo esto produce una revolucion en nosotros que á veces nos hace perder la memoria.

—Es verdad: qué hora es?

—Las nueve.

—Las nueve! si creia que serian las siete. Hacedme el favor de abrir la ventana; cuando vivia el pobre Renato, él tenia el cuidado de despertarme todos los dias: ahora...

—Tambien ahora vive, querida Carlota.

—Sí, pero no para mi.

Abrió las ventanas doradas: un sol claro, dirigiendo sus rayos al traves de las cortinas de damasco encarnado, iluminaba esta habitacion con la luz misteriosa de una aurora boreal.

Las flores del jardin asomaban sus cálices por las rejas de bronce, y el canto de los pájaros arrullaba aquella criatura que gemia en el lecho del dolor.

Esta escena tan patética de la Naturaleza, y la sublime sensacion que en el alma de Carlota produjo, me enternecieron de un modo muy superior.

Yo admiraba la grandeza de ánimo que en esa jóven comenzaba á despuntar, y me admiro cada dia mas al ver la resignacion con que soporta el horrendo sacrificio que en ella se ha consumado.

El senido de su piano, la vista de la Marica, los aromas del

jardin, la cosa mas leve le produce recuerdos devoradores que por grados marchitan su juventud: mas todo lo calla; á nadie importuna con sus quejas, y todo lo sepulta en el arcano de su noble resignacion.

—Sentaos á mi cabecera, señor Magistral, me dijo con dulzura.

Se incorporó sonriéndose sobre la cama, y retirando de sus ojos los negros cabellos que la sofocaban;

—Escuchadme, prosiguió con serenidad. Como que sois mi ángel tutelar, bien enterado estais de mi suerte desgraciada: sobre ella he reflexionado toda la noche, y de mi vigilia no he deducido otra cosa con claridad, si es que se han chocado dos enérgicas pasiones, y la víctima de esta lucha estupenda soy yo. El orgullo arrastra ciegamente á mi madre, absorve toda su atencion, y un amor puro, invencible, se ha hecho dueño absoluto de mi alma. Fluctuante entre estas olas encontradas, ¿qué debo hacer, señor Magistral?

—Dirigir los ojos al cielo: él protege la inocencia, él premia la virtud. Tus dolores son de naturaleza tal, que solo un objeto pudiera calmarlos sobre la tierra; este objeto no existe para tí. Yo he defendido abiertamente tu pasion; yo he puesto todos los medios posibles para que no llegase este momento: el Altísimo lo ha querido asi. No miremos á lo pasado; aumentará nuestro sufrimiento: no dirijamos los ojos á la causa de tus tormentos, es tu madre: acaso se arrepienta; su determinacion sin duda alguna es hija de un afecto mal entendido. Ocupémonos únicamente en dulcificar tu desgracia.

—Pluguiera á Dios, señor Magistral, que no tuviese la suficiente luz para conocer toda su intension. Si esta fuera hija de la casualidad, prosiguió afectándose, podria sobrellevarla; pero la idea de que mi madre la ha tramado, y nada menos que desde los primeros dias de mi juventud, ah! me hace padecer mucho. ¿Quién me juntó á Renato? ¿quién me enseñó á amarle? ¿quién protegió mi amor? ¿y quién lo arrancó de mi lado?... Esta situacion escepcional, estaagonia tan lenta, no es bastante, señor Magistral, para hacerme olvidar los deberes que la Providencia ha impuesto

á una hija; pero quiero evitar un segundo sacrificio que me amenaza. Retirarme de una persona á quien adoro, es cruel; pero me ha obligado una madre; unirme pues á un hombre que aborrezco; no consiento: descargue el cielo sobre mí su ira.

—¿Qué dices hija mia? no creas que tu madre intente obligarte á ello.

—Si señor, estoy muy segura: una voz celestial me lo dice: y esto es lo que anhelaba preguntaros. Estoy resuelta á desobedecerla: me haré criminal?

—No llegará ese estado.

—No importa para que respondais á mi pregunta: mi resolución ya está formada; debe estar sancionada por el cielo.

Esta jóven se presentaba superior á sí misma: me tenía anonadado: su lenguaje no era propio de su edad; y en medio de sus padecimientos brillaba un respeto, un cariño á la autora de su existencia, que yo admiraba como el destello mas puro de su angélico corazón.

En mi opinion, su madre era responsable de todo; y despues de pesadas todas las circunstancias, no incurria Carlota, segun mi juicio, en crimen alguno por desobedecerla en su nuevo propósito: pero este parecer no debia manifestárselo abiertamente, y le concedia tan solo lo que creia indispensable.

—Si señor; prosiguió con acento que me asustó: aqui teneis la carta del capitan de artilleros, y la sacó de debajo de la almohada, volved á leerla, y vereis por ella como sus planes son los de enlazarme con ese hombre á quien no puedo amar como esposo, y á quien profeso un odio sin limites como promovedor de los infortunios que esperan y que ya está sufriendo mi Renato.

—No lo dudo; pero á vista de los estragos que en tí ha producido este paso, creo que tu madre desistirá de su empeño.

—No: pronto os convencereis de lo contrario.

—Quien sabe...

—Bien: pero llegado ese momento, señor Magistral, sedme franco; seré culpable si desobedezco á mi madre?

—Hija mia; contesté sin poder reprimirme mas tiempo: una madre no tiene derecho á exigir tanto sacrificio de su hija.

—Basta; mi desgracia encontró sus límites: viviré amando á Renato; él me corresponderá desde lejanos paises, y ambos nos formaremos un mundo de fantasías, y de cuyos soñados placeres nos arrancará una muerte prematura: no nos digisteis á los dos una noche que la felicidad sobre la tierra es una ilusion? pues bien: viviremos en esta ilusion hasta bajar á la tumba.

—Carlota; y si mi conciencia me hubiese dictado que el respeto á tu madre te obligaba á suscribir al matrimonio del capitan de artilleros, qué hubieras hecho?

—Lo mismo: mi resolucion ya estaba formada: ligada á ese hombre no podia satisfacer los deberes de mi nuevo estado, y me hubiera hecho seguramente acreedora á las iras de la justicia divina: por otra parte; yo juré á Renato ser suya, quién puede obligarme á quebrantar mi juramento..?

—Pues entonces, por qué me lo preguntas con anhelo?

—Por proporcionar á mi espíritu, si era posible, la indecible tranquilidad que goza con la contestacion que le habeis dado.

Se abrió la puerta del gabinete, y aparecieron el facultativo y la señora de Alpequera.

Esta se tiró á los brazos de Carlota: Carlota se deshizo en lágrimas: era la vez primera que se veian madre é hija despues del infausto suceso.

Permanecieron largo rato abrazadas, y los sollozos de ambas quedaron confundidos unos con otros.

Yo me lisonjeé con un cambio de conducta de parte de la madre.

Por fin el médico pulsó á Carlota y mandó que se vistiera aquella tarde, y diese un paseo por el jardin.

La señora de Alpequera me saludó con amabilidad; y ella, el médico y yo nos retiramos para que la doncella ayudase á salir de la cama á la señorita.

Con placer llegué á persuadirme que en el corazon de la viuda

de Alpequera se habia obrado una reaccion favorable; y contento en extremo y lleno de esperanzas me retiré á mi casa.

Dia 18.

Sabedora Carlota, de que hoy no puedo pasar á hacerle la compañía que acostumbro, me dirige con Zoa el siguiente billete:

Jueves 3 de la tarde.

«Mi estimado protector: hayer á las cinco salí de la cama, donde han quedado sepultados los sucesos mas terribles de mi vida.

«Cuando me acosté en ella todavia estaba Renato cerca de Valencia, cuando me levanté, donde estaria?

«Al oscurecer bajé al jardin con la doncella: nada habia variado durante mi enfermedad; las flores tan hermosas, los naranjos con su fruto de grana, la Marica á mi lado.

«Las emociones que este sitio produjera en mi espíritu, puede usted concebir con mas energía que yo espresarlas.

«Para engolfarme abiertamente en ellas, mandé á la doncella que se retirase.

«La luna apareció en el horizonte: este astro que tantas veces me habia sorprendido con mi hermano, me encontró sola anoche; la Marica corriendo entre los aloes y los nopales, pronunciaba el nombre de Renato: su voz traspasaba mi corazon.

«Cuando mas embriagada me hallaba en esta melancolía celeste, en estos placeres de recuerdo, únicos que ya puedo experimentar en el mundo; bajó Juan á llamarme, pues mi madre decia que el relente podia serme nocivo.

«Al salir del jardin dirigí una mirada á aquella sepultura de todos los goces de mi infancia.

«Hoy á las diez de la mañana ha entrado en mi gabinete; estaba yo sentada en el alfeizar de la reja oyendo cantar los pájaros del vergel: me ha abrazado con gran cariño, me ha besado con efusion de amor, y dándome muestras de la mayor ternura, me ha instado á que me sentase al piano, porque me traia nuevas

composiciones que me enviaban de Madrid: quién me las mandaría, si á nadie conocí allí?

— «La he suplicado me dispensára: la música desarrolla los mas profundos sentimientos, y es capaz de devorar un alma delicada.

— «Hija mia, me ha dicho sentándose á mi lado; como la mayor satisfaccion de tu madre es verte feliz, y estos dias te encuentras tan abatida, he resuelto para reponer tu salud, partir á Niza en este mismo otoño; es el pais mas bello de la Italia, el paraíso de la Europa: allá se ven realizadas todas las fantasías con que la fábula engalana la naturaleza; y sobre aquel suelo privilegiado, y bajo aquel cielo de encantos, muy pronto adquirirán vigor tus nervios, renacerá tu antigua hermosura, y harás los placeres de tu madre que te adora.

«Estas palabras produjeron en mí una sensacion de disgusto que no fui dueña de reprimir; y con un gesto de indiferencia culpable acaso, le respondí de este modo:

— «Agradezco mucho, madre, el interés que usted se toma por mi salud; pero si me lo permitiera, no saldria de Valencia: para mi es mas hermosa que toda Italia, y en este reducido jardin encuentro mas delicias que en el paraíso del mundo. Sin embargo, soy vuestra hija y debo obedeceros, iremos donde querais.

— «No, hija mia; se hará lo que tu gustes, pero el facultativo ha dispuesto curarte asi, y...

— «Escúcheme usted, madre, la interrumpí; si un terron de arsénico cayese á la fuente de nuestro vergel, cómo se manejaría el facultativo para evitar el daño?

«Mi madre me miró un momento.

— «Respondedme, madre: estrayendo el veneno de la fuente, no es esto?

— «Si.

— «En vano se cansaria en purificar las aguas del arroyo?

— «Es claro; tras unas saldrian otras siempre inficionadas.

— «Pues bien madre; diga usted á ese facultativo, que si desea curarme, arranque el veneno que me devorá sin piedad; y que

no se canse en estudiar mis dolencias, ni me moleste con un viaje tan inútil como limpiar las aguas ya esparcidas, para acrisolar la fuente.

«Mi madre quedó pasmada: despues de un instante me dijo al marchar:

—«Tu propia enfermedad te ofusca la razon hija mia; cuando te halles mas aliviada, tú misma conocerás lo fructífero que te seria un viaje de esta especie.

«Dudo en verdad, señor Magistral, si el afecto que hoy me manifiesta mi madre, es sincero en el fondo; ó si es preludio de alguna nueva tormenta.

—«Dispensadme no sea mas larga, ni escribir puedo: pero disponed siempre del tierno cariño que os profesa vuestra humilde y servidora—Carlota.»

«*Dia 19.*»

Con esta fecha le dirijo á las once de la noche la siguiente esquila:

«Recibí amada Carlota, tu billete de ayer, sobre el que he reflexionado detenidamente.

«Si fuera una estraña la que te habló, te emitiría mi parecer sobre la conversacion que me trascribes: pero es tu madre, y yo su amigo; no quiero aventurar mi juicio en asunto tan delicado: esperemos que pase algun tiempo y que se esplique con mayor claridad.

«Te escribo á estas horas, porque un suceso inesperado, un negocio importante á mi hermano el brigadier, me obliga á ausentarme unos dias de Valencia. Mañana temprano tomo la diligencia de Barcelona: despídete en mi nombre de tu madre, y si algun nuevo accidente apremiase mas tu situacion, comunicamelo al punto para correr á aliviarla en lo posible: quedando segura que donde quiera que me halle, dirigirá al cielo sus ruegos por tu salud y bien estar; tu apasionado amigo—El Magistral.»

«Octubre 31.

Mi viaje ha sido mas largo de lo que creia; me ha durado cerca de mes y medio: ya tenia cariños de mi huérfana desgraciada: hoy he satisfecho el deseo de abrazarla.

A las tres de la tarde me he apeado en la administracion de diligencias, y á las seis entraba en casa de la señora de Alpequera.

Un criado jóven y nuevo ha salido á recibirme, y habiéndole preguntado por las señoras, me ha contestado que la mayor habia ido de visita, y que la señorita estaba en el jardin.

Conociendo sin duda que lo miraba con sorpresa, me ha dicho que hacia unos dias habia entrado á sustituir á Juan, á quien una ligera enfermedad agravada por el peso de los años, tenia en cama con poca esperanza de remedio.

Ya se va hundiendo la primera y ejemplar sociedad de la viuda de Alpequera!

Penetré en el vergel.

Carlota se hallaba sentada bajo una lila: sus manos descansaban en las rodillas, su cabeza estaba reclinada con languidez sobre el tronco del árbol; las lágrimas habian formado dos surcos brillantes en sus pálidas mejillas; el céfiro de la noche hondulaba sus cabellos descuidados; un libro abierto se veia sobre la falda del vestido, y á su lado estaba muerta la Marica compañera de vuestros primeros años.

Yo miraba á esta jóven con un respeto aumentado por el silencio mágico en que reposaba la naturaleza: un cielo azul donde se reflejaban los últimos rayos del sol poniente, servian de dosel á esta imágen del dolor en la agonía.

El ruido que mis pasos hacian en la arena del paseo, no bastó á despertarla del parasismo: cuando mi voz hirió sus oidos, lanzó un grito de sorpresa y fué á levantarse, pero se lo impedí sentándome á su lado.

Me anegó la mano en lágrimas y mi admiracion llegó á su colmo al contemplarla de cerca.

El infortunio reprimido en su corazón, que devora un amor funesto, y aumentado por la naturaleza misma de sus desgracias, ha cambiado completamente el aspecto físico de esta joven.

No es ya Carlota aquella niña de aire esbelto, de cutis lustroso, de rosadas mejillas, de ojos animados, de mirar penetrante, no es en fin aquella criatura que por todas partes derramaba animación; hoy está melancólica, pálida, sus tímidos ojos apenas se levantan del suelo, sus párpados los cubren con frecuencia, sus movimientos son todos de disgusto; en resumen, su presencia es la de una vida cansada luchando con los primeros impulsos de la muerte.

—Por qué lloras? le pregunté conmovido.

—¡Qué otra cosa puedo hacer ya más que llorar! ¡qué otra compañía he tenido mientras os habeis hallado forastero, que las lágrimas de mi dolor, y una sombra de la pasada felicidad!

—Armate de fortaleza y resignate hija mía, todos los disgustos tienen fin en este mundo.

—Los míos lo encontrarán en la muerte: no veis que hasta la naturaleza conspira contra mí? Juan, á cuya existencia se hallan unidos para la infeliz Carlota recuerdos de placer, está en momentos de espirar, y le ha sustituido un criado nuevo que desprecia mi jardín: no veis todo que descuidado? los acirates llenos de piedras, los paseos sin arena, los naranjos cubiertos de yerba, la gruta medio arruinada, y hasta la Marica, este inocente pajarillo que hace dos días andaba mantudo; lo he bajado hoy á tomar el sol, y ver si se alegraba con las flores donde tanto ha corrido... pero se ha muerto el pobrecillo en mi regazo. Qué nos resta ya de aquellos días en que erais nuestro maestro?... nada: Renato vive aun?

—Si hija mía, aun vive.

—Dios quiera que sea más feliz que Carlota.

—Cómo ha de serlo abandonado de todos...

—De todos?

—Si hija mía.

—Hacedme más justicia, señor Magistral.

—Bien: seguro estoy que tu no lo has olvidado, pero tu cariño acaso sirva únicamente para aumentar sus penas.

—Cómo ha de ser!

—Resignacion Carlota, sigue los pasos del paciente Job.

—Os ha escrito?

—Todavía no.

Carlota dió un suspiro y volvió á tomar maquinalmente el libro que se le habia caído al suelo.

—Qué libro es ese?

—Uno que toca mi alma muy de cerca, pues está escrito para mi situación.

—Su título?

—Pablo y Virginia. Cuando os habeis llegado á mi, acababa de leer estas palabras que me han penetrado el corazon, y con las cuales Mad. de la Tour quiere calmar los dolores de su hija Virginia: «Dirígete á Dios hija mia, le dice, que es quien dispone á su arbitrio de la salud y de la vida de los mortales, y quiere experimentar hoy tu constancia para premiarte mañana: acuérdate que no hemos venido á este mundo sino para ejercitar la virtud.»

—Palabras de consuelo que Saint-Pierre pone en boca de esa respetable señora para estimular á la paciencia á cuantas infelices se hallen en estado semejante.

—Oh Dios mio... Dios mio! señor Magistral; Virginia era desgraciada, pero en medio de la desgracia debia encontrar un placer: su madre empleaba todas las reflexiones, todos los medios que le eran posibles para aliviar la suerte de su hija: la mia por el contrario! ella es quien ha fraguado mi infortunio, y mientras habeis estado ausente, se ha complacido en hacerme padecer.

—Ha insistido en sus proyectos? Te ha manifestado claramente sus deseos?

—Del modo menos considerado: una noche bajó á mi gabinete, y me dijo con semblante de furor: «Es necesario Carlota, que destierres ya las ilusiones de la niñez que tanto daño te causan; es necesario que mires tu porvenir de un modo sério; y pues que te se ofrece la brillante proporcion de un capitan de artilleros, sobri-

no del duque de Levanteamor, decano de la diputacion de la grandeza de España; es necesario repito que no hagas la tonta: te hablo de este modo y sin prevenirte antes, porque se que leiste aquella carta que á una niña menos insensata hubiera llenado de alegría: y ten entendido Carlota que tu conducta en estos últimos dias, ha sido bastante á promover mi enfado: yo te he hablado con la amabilidad de una madre cariñosa, y me has respondido con una indiferencia que rayaba en desprecio; yo he tratado de conducirte á Niza con el único objeto de distraerte y reponer tu salud, y te has negado; te presento la mano de un capitán de artilleros, joven gallardo, de ilustre familia, apasionado de ti con delirio, y nos desairas á ambos abiertamente: qué piensas hacer? de qué proviene semejante obcecacion?

—Qué contestaste hija mia, le dije sorprendido, á estas preguntas tan estrañas al carácter benévolo de tu madre?

—No creais que me aterró: me es ya todo indiferente; así es que con aire tranquilo le respondí: sois mi madre, soy vuestra hija; llevadme á Niza, á Nápoles, donde se os antoje: el sacrificio á que me habeis sometido ha embotado mi sensibilidad...

—De qué sacrificio hablas?

—No se, acaso vos podais responderos mejor que yo: haced de mi, iba á deciros, lo que mejor os parezca, pero casarme con el capitán de artilleros es imposible.

—Qué dices? gritó levantándose del asiento.

—No os alarmeis madre: mi corazón no puede ser suyo, es de otro.

—De quién? exclamó furiosa y derramando cólera por los ojos.

—Lo ignoro.

—Tu alma se halla pervertida, tu insultas á tu madre.

—Perdonadme.

—Hija detestable; conozco tus pésimos sentimientos, leo todos tus deseos; pero acuérdate de lo que te digo: «aunque el cielo se junte con la tierra, no te unirás á Renato; fuerzas tengo para impedirlo.»

Y salió de la habitacion dando tras sí un fuerte portazo.

—Presencié esta escena con una serenidad tan indolente que yo misma me admiraba. Ya todo pasa por mí desapercibido; ya no tengo apego al mundo; mi existencia es de recuerdos; y si alguna vez creo gozar los placeres de la esperanza, se hunde este halagüeño presentimiento en el abismo de mis desgracias.

Yo la consolé empleando todos los medios que á mis alcances estuvieron; yo le he citado ejemplos de la Sagrada Escritura; yo le he hablado de la misericordia de Dios; todo es inútil, todo lo mira con una indiferencia que me es muy temible.

Carlota es un mar en aparente calma, en cuyo seno se está fraguando una tempestad horrorosa: plegue al Altísimo amparar á esa desgraciada, y alumbrar el entendimiento ofuscado de su madre!

Mis cortas oraciones versan sobre este objeto; y si mis preces son dignas de llegar al cielo, no dudo que una ráfaga de la bondad divina calmará algún día nuestros padecimientos.

Por largo rato estuvimos ocupados Carlota y yo en esta conversacion, de la que nada nuevo puedo decirte.

Una noche placentera nos habia cubierto con su oscuridad sin casi advertirlo; y al punto que nos dirigiamos á casa, llegó en mi busca el nuevo criado en nombre de la señora de Alpequera.

No dejó de admirarme, porque dicha señora evitaba mi encuentro desde la conferencia que con ella sostuve el día antes de marchar tú de Valencia: día aciago para todos y sobre manera para la infeliz Carlota, que á nuestra presencia se marchita como la tierna flor á quien se arranca del arroyo que la alimentaba.

Me ví, pues, con su madre, y me dijo, que al día siguiente deseaba oír mi opinion sobre un asunto que me iba á consultar.

Qué ideas tan lisongeras se ofrecieron á mi mente!

Habria variado de conducta aquella señora...?

Esta carta, amigo mio, se ha prolongado mas de lo que deseaba, y voy á cerrarla porque te supongo impaciente por tener noticias nuestras: no me ha parecido oportuno decir á Carlota que te escribía, pues en su delicada situacion, temo producirle cualquiera impresion fuerte.

Los dos sois muy desgraciados en la actualidad, lo creo; pero hijo mío, paciencia: hay un Dios eterno y justo que premia la virtud: el paralítico de la Piscina creyó en sus misericordias, y á los cuarenta años de lenta agonía cargó al hombro con su propia cama. Quién lee en el libro del porvenir?

Adios, Renato: tan pronto como reúna materiales para una nueva carta, que ójala sean mas halagüeños que los de la presente, volverá á dirigirte su pluma tu amante y verdadero amigo.

El Magistral.

El jóven Levar den dobló el papel y suspiró profundamente.

Luego prosiguió conmovido:

—En medio de la corte, en medio de sus delicias, los únicos momentos en que gocé algun atisbo de placer, fueron los que dediqué á la lectura de esta carta.

Creía entonces, como llevo dicho, hallarme en el jardin de Carlota, creía versus floridos naranjos, y aun disfrutar sus aromas; me parecia escuchar la voz amiga y respetable del señor Magistral; me parecia estar en compañía de mi querida hermana...

Cuando retiraba los ojos de esta carta, cuando en mi loco delirio iba á tender mi vista por aquellos objetos que moraban en mi fantasía, y se estrellaba contra las paredes del miserable sota-banco de una patrona, pasaba de un sueño placentero á una realidad árida y terrible: mi alma parecia huir del cuerpo.

Me disponia anheloso á contestar al señor Magistral, cuando nos sacaron de Madrid, y con la vida agitada que hemos sufrido últimamente, no he podido verificarlo aun, con la amplitud que yo deseaba.

Ya conoceis mi vida amigos míos; ya teneis un motivo para compadeceros de mí... exclamó con amargura.

Los dos oficiales le manifestaron su interés, y conmovidos los tres se retiraron á dormir.

La mañana siguiente salia del Plá del Pou la columna del coronel Cobos.

Renato Levarden marchaba todavía en sus filas, mas para abandonarlas antes de llegar á Valencia; cuando al dar vista á la venta del Pou el ejército desprevenido, carga sobre él de improviso la division de Cabrera, apostada en las cuevas y barrancos; y en pocos instantes de refriega, desbarata aquella gran masa sorprendida.

La caballería de Isabel huye arrollando en su fuga la infantería; el campo queda cubierto de cadáveres; y todos los oficiales, jóvenes del país, recientemente salidos del colegio la mayor parte, son hechos prisioneros.

El vencedor, orgulloso con su triunfo, quiere celebrar el día de su rey; pero quiere celebrarlo del modo mas espantoso; quiere celebrarlo salpicando de sangre inocente los manteles de la orgía.

Llegan á la colina ya descrita, situada entre Burjasot y Valencia; plantan allí sus reales; levantan en la cumbre del promontorio las mesas del bacanal, y en una de sus laderas, frente por frente á la ciudad, frente por frente á sus madres que los llaman con los brazos abiertos, son colocados con centinelas de vista los infelices prisioneros.

Ya los hemos visto al principio de la narracion.

Dos horas llebaban en tal estado, gimiendo cada uno bajo sus propios sentimientos; dos horas de la mas cruel agonía... cuando en medio del banquete resuena el grito de:

«Viva Carlos V...»

Y á este grito terrible... grito espantoso... señal de muerte que sugiere el infierno, se levantan rugiendo los crapulosos vencedores del Plá del Pou; y anhelando coronar cuanto antes su festin con el sacrificio de cien víctimas indefensas; se dejan caer cual tigres hambrientos, del cúspide de la colina, y en medio de los aullidos de furor que exhalan, y á la presencia misma de la ciudad, cuyas torres y azoteas aparecen cubiertas de gente, son fusilados en grupos aquellos mal aventurados prisioneros.

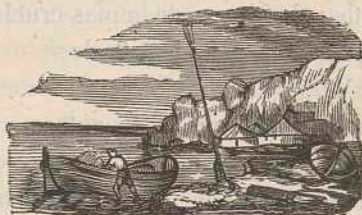
Las terribles detonaciones que cortan la vida á los hijos de

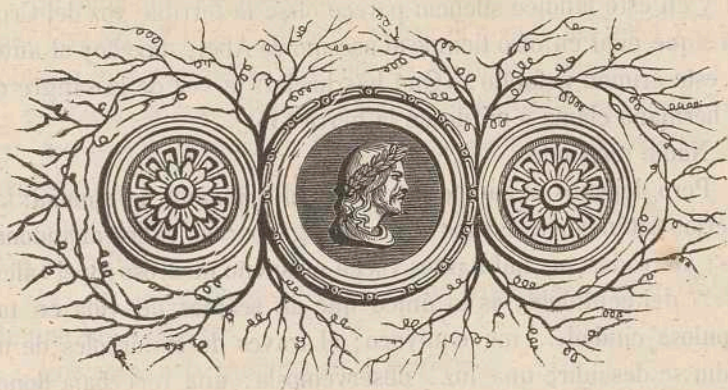
tantas nobles familias, se oyen desde Valencia, resuenan en todos los oídos de la comarca, y de corazón en corazón los conduce un eco pavoroso por la Europa entera.

No se contentan los verdugos con el crimen perpetrado; desean inmortalizar su hazaña: recogen los cuerpos ensangrentados de los cadáveres, y erigen con ellos una pirámide de cuyo centro parece oírse todavía los últimos gemidos del moribundo... corre, danza y grita aquella horda de salvajes en torno de este monumento, que aunque pequeño en la forma, llega su cúspide á la mansión del Eterno; pirámide mas célebre que las edificadas por Faraon en Egipto; pirámide que, aunque de construcción débil, será eterna en las páginas de la historia; pirámide que al través de los siglos mirarán con respeto las generaciones venideras.

Los brindis de los jefes se confunden con las risas del soldado, y aun insultan desalmadamente el pálido cadáver que sirve de cimiento al de su hermano.

Miserables... obcecados! el Dios de las justicias escribe vuestras acciones desde el cielo..!





VII.



A noche se habia apoderado de este espectáculo; pero las tinieblas mas profundas no son bastantes á ocultarlo en su seno.

Una luna pálida se asoma medrosa en el horizonte azul del mar; los soldados duermen diseminados en la floresta; la pirámide se remonta misteriosa en aquella soledad; destaca su sombra en un lago de sangre que gota á gota se desprende de su cúspide; y los vapores que exhala suben lentamente al trono

del Altísimo.

Nada da muestras de vida en sus contornos: todo ha muer-

tol y en este fatídico silencio parece oírse la terrible voz del Criador, que cual en otro tiempo al asesino de Abel, dice hoy al autor de este crimen nefando: «Qué has hecho? la voz de la sangre de tu hermano clama á mi desde la tierra (1).

Nadie responde.

Pero dejemos el campo del dolor y dirijámonos á Valencia: las puertas están cerradas; los faroles apagados; las calles abandonadas; aterrados sus habitantes yacen en sueño medroso; y el «alerta...» del centinela, es lo único que da señales de vida en tan populosa ciudad... me equivoco; al traves de los árboles de un jardin se descubre una luz: observémosla; una reja baja donde se aglomeran mil flores permite distinguir un gabinete bien adornado.

Una jóven de veinte años, alta y de pálido semblante, está arrodillada ante la imágen de la Purísima Concepcion de María: sus ojos clavados en la esfigie derraman lágrimas que caen hasta el suelo, sus manos cruzadas sobre el corazon, y los sollozos que hacen palpar su pecho, revelán en ella un recogimiento, un fervor celestial.

Solo una situacion rara, eminente, puede arrancar del lecho á tales horas una jóven en la primavera de su vida; solo una inspiracion divina puede hacerle despreciar los placeres del descanso, las delicias de una noche serena entre las flores que la saludan, para hincarse de rodillas ante la imágen de la Madre de Cristo.

Está inmóvil; sus entreabiertos labios no pronuncian espresion alguna; sus negras pupilas permanecen fijas en el rostro de María.

La pavesa de la bugía, agitada por el céfiro que penetra del jardin, ya esparce una ráfaga de claridad sobre el semblante de la jóven, ó ya estingue la luz dejando por intervalos la habitacion en una oscuridad imponente... misteriosa.

En el reloj de una parroquia vecina suenan las doce.

(1) Quid fecisti? vox sanguinis fratris tui, clamat ad me de Terra.
Genesis, cap. 4.º, Salmo 10.

Se aumentan las lágrimas de esta criatura; crecen los sollozos; levanta los brazos al cielo, y con el acento del dolor y la resolución mas completos, articula las siguientes frases:

—«Llegó la hora, Purísima Concepcion: os lo pido por la sangre derramada de vuestro Hijo: sedme propicia, amparo de los afligidos.»

Aquella jóven se levanta; enjuga su llanto y cierra las ventanas de la reja.

Por las juntas de los ventanillos aun se percibe el último fulgor de una luz vacilante.

Volvamos á la campiña de la desolacion.

En medio de la monotonía de la muerte, ha llegado la luna á su mayor altura: ya no dibuja su sombra la inmortal pirámide, porque el astro de la noche en su apogeo, dirige sus rayos perpendiculares; pero se ven con claridad los semblantes lívidos de los cadáveres.

Este catafalco, aunque plantado en un campo solitario, es acompañado por la memoria de todos los españoles: no necesita cirios porque le alumbran los astros del firmamento.

Mil sombras negras atraviesan la atmósfera; son multitud de buitres que atraídos por el olor de la carne muerta, vuelan por el aire sin atreverse á caer sobre la presa.

Escuchemos: un ruido lento y pausado interrumpe la calma del gran cementerio: á lo lejos se descubre un ser animado, envuelto en un sudario blanco, que con aire abatido dirige sus pasos hácia el lago de sangre.

.....Quién es este fantasma que abandona las comodidades de su lecho tranquilo? es acaso la justicia divina que viene á juzgar ya el crimen y la inocencia..?

Al acercarse al gran holocausto, retrocede involuntariamente, exhala un profundo suspiro y queda inmóvil.

Pasado un instante, recobra sus fuerzas, marcha con movimientos tímidos, se acerca y se hince de rodillas ante aquel promontorio de cadáveres.

Una de las nubes que vagan por el aire, cubre la luna; la Naturaleza queda sumergida en las mas espesas tinieblas.

Aquel fantasma permanece dos minutos fijo como una estatua: luego con la voz mas agitada y dulce de una mujer, recita las primeras estrofas del *Miserere*.

Cuando sus labios pronuncian el *tibi soli pecavi*, un sordo gemido lanzado á su espalda, la despierta del éxtasis religioso en que ha caído.

—Quién, quién está ahí! pregunta alarmada y volviendo la cabeza.

—Un infeliz soldado: contesta el estinguido eco de un moribundo.

La jóven se levanta, cubre su rostro con el sudario, y trémula se dirige al sitio donde ha oído los lúgubres lamentos: no bien ha andado ocho pasos cuando siente pisar un cuerpo humano, tirado en la frondosa yerba de una ribacera.

Ella se sorprende, él exhala un suspiro de consuelo.

—Quién sois vos, que á tales horas os encontrais en el lugar del dolor?

—Soy una desgraciada, que aborrecida de los vivos viene á buscar consuelo entre los muertos.

—Prestadme vuestra proteccion, si os compadeceis de un moribundo.

—Ojala que con mi apoyo pudiérais volver á la vida.

—La aborrezco: solo deseo vivir diez horas.

La desconocida lo asió de la mano: mas como él estaba débil por la desanguificacion; y las fuerzas de ella fueran bien escasas; al emplearlas para levantar un cuerpo casi inerte, desfallecieron del todo y cayeron ambos en un pozo de sangre.

—Señor...! gritó la disfrazada derramando torrentes de lágrimas; infundid valor en esta debil mujer para socorrer la desgracia.

Las nubes que oscurecian la luna corrieron impelidas por un céfiro sutil, y este astro difundió una luz pálida sobre aquella escena de espanto y de terror.

Ella se incorpora; fija involuntariamente la vista en el semblante del herido que tenía á sus piés; le mira con atencion; vuelve á mirarlo asombrada; se le acerca de nuevo, y acaba por distinguir en aquel lívido rostro unas facciones demasiado conocidas.

—El es... es Renato! esclama sobrecogida, y cae sin sentido.

—Cielos... esa voz... sabe mi nombre... será posible... murmuró el herido.

Y rehaciéndose cuanto le permite su fatal estado, levanta la parte del sudario que cubre la frente de aquella mujer.

—No hay duda es ella. Carlota...! y hace un esfuerzo inútil por levantarse.

—Renato...! balbucea Carlota saliendo del desmayo.

—Se cumplieron mis deseos... venga la muerte cuando quiera.

—Y cójame á tu lado.

Estos gritos lanzados en medio de la noche, y en el silencio de un campo cubierto de cadáveres, cunden sin obstáculo en todas direcciones, y llegan á despertar algunos militares facciosos que duermen á distancia.

Se aperciben del ruido; y cual los torrentes impetuosos, que tras un fuerte aguacero se desploman de las montañas, bajan corriendo ocho soldados precedidos de un capitan con sable en mano, ansiosos quizá de acabar la víctima que un descuido haya librado.

A pesar de la ferocidad que impele sus movimientos, quedan estáticos un momento al contemplar de cerca la pirámide, siempre quieta, siempre inmóvil, cortando con su cúspide el aire infestado por los vapores de la sangre.

Buscan la causa del ruido, y se dirigen á nuestros malhadados jóvenes ocultos casi por los crecidos matorrales de la yerba.

—Fusiladlos: manda el capitan; pero el eco de Carlota los detiene.

—Es mujer! vuelve á esclamar el mismo.

—Si; piedad... piedad! soy una infortunada que viene á socorrer á este desgraciado.

—Y qué derecho tienes tú para pedir por un hombre que debía estar muerto? Todos sus compañeros han muerto ya, que muera él también.

—No, él no; perdón para él! es mi hermano; es mi Renato.

—Renato has dicho, exclamó el capitán sorprendido: y tú quién eres, joven desgraciada?

—Soy su amiga, su hermana, su Carlota.

—Carlota de mi vida...! exclamó con frenesí; tú no eres su hermana, eres la mía, porque yo soy Manuel.

—Manuel... Dios mío!

—Carlota... Renato...!

Manuel y Carlota se estrecharon con fuerza entre sus brazos.

Hubo un momento de pausa magestuosa; pausa velada por el silencio de los muertos, pausa alumbrada por el triste fulgor de una luna pálida que camina al Occidente.

Manuel hizo retirarse á los ocho militares que le acompañaban, los que retrocedieron con torva mirada y sañudo ceño, al ver que marchaban sin ensangrentar de nuevo sus bayonetas.

—Esto es un delirio; prosiguió el capitán: yo no doy crédito á lo que veo; no puedo persuadirme, hermana mía, que te halles en este lugar.

—No lo extraño Manuel: pero si tu hubieras pronunciado un juramento, lo cumplirías?

—A costa de mi vida.

—Pues bien; yo juré solemnemente una noche en nuestro jardín, cerrar los párpados de Renato, aunque á su muerte me separase de él un mundo impenetrable: te acuerdas? continuó dirigiéndose á este.

—Me acuerdo: contestó con voz conmovida.

—Esta noche me disponia á cumplir mi juramento.

—Infeliz! dijo Manuel poniendo el brazo derecho sobre el hombro de su hermana: lo que puede el amor de una mujer!

—Cuando la virtud es su norma; respondió Carlota dejándose caer sobre Manuel.

Renato permanecía envuelto en su sangre. Carlota y Manuel

tomaban medidas para incorporarlo con su menor incomodidad, al tiempo que llamó su atención un grupo animado que á cierta distancia se percibía en el camino de Valencia.

—Qué es aquello? preguntó Carlota nuevamente alarmada.

—Parece gente; contestó Manuel.

Renato apenas podía hablar, y si pronto no se le cubrían las heridas, su vida estaba en un riesgo muy grande.

—Escuchemos; prosiguió Manuel.

—Serán valencianos que vienen á inspeccionar el campo, contestó Carlota.

El grupo aunque con temor, se acercó á ellos hasta dejarse oír la conversacion.

—No se ve nada, decia uno; solo el monton de muertos que está imponente.

—Manuel, Manuel, murmuró Carlota azorada: conoces esa voz?

—Yo... no por cierto.

—Y tu Renato? volvió á preguntar.

—Sí, sí la conozco; y dió un suspiro: es la del antiguo criado Juan.

—Voy á verlos; repuso Carlota echando á andar.

—No; respondió Manuel deteniéndola; yo les saldré al encuentro.

Al distinguir los emisarios un hombre en uniforme de carlista, se alborotaron sobremanera; pero Manuel los tranquilizó diciendo:

—No temas, Juan; yo te entregaré la persona á quien buscas, y otras que no esperas encontrar, yo soy tu señorito Manuel: Carlota está á mi lado, y Renato vive todavía.

Juan seguido de cuatro robustos jóvenes se acercó á Manuel.

Un cariño sin límites hacia sus amos, le había hecho marchar al campo de las venganzas superando todo temor, y arrasando el peso de ochenta y cuatro años de edad.

—Manuel presentó á Carlota y Renato.

Cuales fueran sus emociones recíprocas al reconocerse, el lector sensible las podrá concebir.

Al cuarto de hora, reclinado Renato en una especie de ha-

maca de ramas y hojas secas, y cubierto con la sábana que habia servido de disfraz á Carlota, era levantado en hombros de los cuatro jóvenes: Juan estaba detras; y su señorita al lado. Cuando todos se disponian á romper la marcha, exclamó Manuel abrazando á su hermana con ternura:

—Adios amigos mios, adios.

—Dónde vas? gritaron sorprendidos Carlota y Renato.

—No puedo acompañaros: si fuera á Valencia me fusilarian: estoy sentenciado á muerte.

—Por Dios Manuel...

—No sé que revolucion habeis obrado en mi espíritu. Esta tarde miraba con indiferencia ese golfo de sangre, ese escollo de cadáveres: despues que os he visto, esa misma sangre, esos mismos cuerpos me hacen temblar, me causan horror.

—Calla hermano mio, calla y no nos abandones: gritó Carlota llorando y asiendo del brazo á Manuel.

—Querida Carlota, suéltame; no aumentes mis sufrimientos. Idos, llevad á mi mamá mi corazon; decidle que perdone mis extravíos; que esta noche misma arrojaré la espada, y que mañana partiré sin falta á lejanos paises donde espie las locuras de mi juventud. Andad con Dios hermanos.

Y se perdió en la oscuridad.

Cuando esta caravana entraba por las puertas de Alpequera, ya se pintaba el rosicler de la aurora en las veletas de las torres de Valencia.

Dejémosles descansar en el vestíbulo, y dirijamos una mirada á la habitacion de la madre de Carlota.

Alumbrada por la ténue luz de un quinqué al apagarse, presentaban un aspecto sombrío todos los objetos que habia en derredor.

—La señora de Alpequera estaba en cama con principios de un fuerte delirio; á su cabecera se hallaba el médico, á sus pies el Magistral.

—Qué resolucion tan extraordinaria en una jóven, dijo el facultativo á media voz.

—A mi no me admira, contestó el Magistral en el mismo tono.

porque la conozco bien: es un ángel; pero si una pasión violenta se reprime en ella, es capaz de cualquiera cosa. Hace tiempo que la vida le es indiferente; que todo lo mira con desprecio y me temía con harta fundamentación un desenlace de esta especie.

—Y cómo ha sido descubrirse el punto á donde ha ido?

—Por una casualidad: la doncella ha oído ruido á media noche en su dormitorio: ha bajado y lo ha encontrado solo: ha alborotado la casa, ha salido á preguntar á los centinelas; y el de la puerta de Serranos ha dicho, que á lo lejos y entre la espesura de la huerta, ha visto un objeto blanco que se dirigía á Burjasot.

—Será ella?

—Es creíble, porque falta una de las sábanas de su cama. Cuatro criados han salido en su busca, y el anciano Juan se ha empeñado en acompañarlos.

—Ya tardan.

—Dios dirija sus pasos.

La señora de Alpequera en medio del estupor de una fiebre cerrada, pronunció las siguientes palabras:

—Carlota, hija mía, vuelve á los brazos de tu madre; yo soy la responsable.

En este momento se abrió la puerta y apareció Juan tan agitado que no podía hablar.

—La habeis encontrado? gritaron á un tiempo el médico y el Magistral, lanzándose de la alcoba.

Juan trató de responder, pero el sobrealiento no se lo permitía.

—Ahí... ahí abajo... Y tuvo que sentarse y respirar con fuerza. Ahí bajo están Carlota y Renato herido.

El médico y el Magistral impelidos por noticia tan inesperada, corrieron escaleras abajo con la velocidad del rayo.

La señora de Alpequera brincó de la cama en la fuerza de su delirio, se asomó á la puerta de la habitación, é indudablemente hubiera llegado al vestibulo sino la detiene una doncella diciéndole que subian ya.

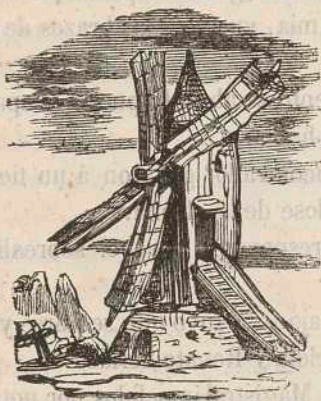
En efecto; los hermanos perdidos fueron introducidos en el gabinete.

Qué sucedió en aquel momento?

El desarrollo mas completo de todas las emociones del corazón humano. El llanto, la alegría, la admiración, la sorpresa, los sollozos, los gritos, los abrazos; todos los caracteres de un placer ex abrupto y escesivo, se confundieron en aquella noche.

En medio de esta alharaca, y satisfechos los primeros é inven- cibles impulsos del ánimo, fué acostado Renato en el dormitorio de su dulce infancia; y por órden del médico se llamó á toda prisa un cirujano que le curase.

Carlota estaba mas triste y distraida que nunca.





VIII.



Ocho dias habian trascurrido despues de la noche arcano de tales sucesos: durante este tiempo no se habia separado Carlota un instante de la cabecera de Renato, prodigándole incansable la asistencia mas asidua, los mas tiernos cuidados.

A nuestro enfermo le bastó para una pronta curacion la vista de su antiguo gabinete, la compañía de su maestro, de su protector el señor Magistral, la amabilidad de la señora de Alpequera, y las tan cariñosas como lánguidas miradas que á cada

momento recibia de los ojos de su querida hermana; ambrosia celeste, bálsamo eficaz para un corazon por largo tiempo afligido.

Asi como una revolucion cambia enteramente las ideas de un siglo; un suceso grande hace variar la opinion de una persona.

Las escenas tan sangrientas representadas en Burjasot, y el arranque de Carlota que las enlazó con la señora de Alpequera, dieron una vuelta á su ánimo, y lo presentaron con aquella ternura, con aquella sinceridad, con aquel cariño escesivo para sus hijos, que tan ejemplar la hacian en los primeros años de su viudez. El cielo por medio de este aviso habia abierto los ojos de dicha señora.

Semejante suceso fué muy ruidoso para dejar de ser el objeto de las conversaciones, desde los saraos hasta las tabernas de Valencia: y la sociedad, que considerada en masa siempre ve las cosas conforme á sus deseos, ya se ocupaba en los grandes conciertos que habian de solemnizar las bodas de los hijos de Alpequera.

Este dia era para dicha familia, dia de placer: los cirujanos habian declarado que las dos heridas de Renato estaban perfectamente cicatrizadas; que se hallaba en disposicion de levantarse por la tarde, y aunque con moderacion hacer algo de ejercicio.

Esta y cualquiera otra noticia halagüeña, que en toda la casa producía un contento general; arrancaba suspiros del pecho de Carlota, lágrimas abrasadoras de sus ojos.

Erán las seis de la tarde, cuando el Magistral, la señora de Alpequera y Renato penetraban con paso lento en el jardin.

El descuido en que esta bella floresta habia caído, la hacia mas amena por admirarse en ella las galas de una naturaleza libre. Yerba de flexibles tallos abrazaba el dorado fruto de los naranjos, y la enredadera zarzaparrilla de la gruta medio hundida, se habia encaramado hasta la cima de los ancianos cipreses.

Las flores de este vergel exhalaban de su cáliz recuerdos de dulce melancolía para Renato y Carlota, que en medio de su madre y el Magistral se habian sentado en un poyo, á disfrutar los encantos de una tarde de primavera, bajo un cielo benigno esmaltado de rizadas nubes.

Renato corrió la vista por estos sitios que tanto le decían en su silencio; Carlota la fijó con intension en un ángulo de la muralla donde con mas fuerza se agrupaban las guirnalda de yedra. Aquel era el punto por donde huyó de casa la noche en que un amor frenético guió sus pasos al gran holocausto de Burjasot.

Podian llamarse completamente felices estas cuatro personas...? No: sentian la ausencia de Manuel; pero en su placentera situacion se ofrecia la suerte de aquel jóven, cual verdadero reflejo de un ténue vapor que solo algunos instantes obscurece los rayos del sol claró.

—Hijos míos, dijo el Magistral uniendo las manos de Carlota y Renato; dad gracias al Todopoderoso, que padre de las misericordias, se compadece ya de vosotros, premia el valor que en la desgracia habeis manifestado, hace reconocer su error á vuestra madre y os enseña el semblante halagüeno de la felicidad.

Renato no podia ocultar su gozo: Carlota se echó á llorar abiertamente.

.....Eran hijas estas lágrimas del placer sin límites que en su sensible corazon producía esta esperanza...? Del rubor que en su delicadeza ocasionaba el paseo á Burjasot...? ó de un íntimo convencimiento de que su madre no podía acceder á sus deseos...?

Tales reflexiones asaltaron el espíritu del señor Magistral. La señora de Alpequera la estrechó en su regazo: Renato la contemplaba sin soltar su mano.

—Depon el llanto, hija mia, le decia su madre dándole muestras de la mayor ternura: el estravío va unido á nuestra frágil naturaleza; todos estamos espuestos á deslizarnos en este mundo; y el mio hubiera sido muy trascendental, lo conozco, si el Omnipotente no hubiese conservado por un milagro la vida de Renato. Pero olvidemos este pasado de dolor y acudamos al presente: nos hallamos reunidas las cuatro personas que han formado mi única sociedad desde la muerte de vuestro padre; y vosotros á quienes hemos visto en los inocentes juegos de la adolescencia, vais á ser unidos por la bendicion de sacerdote; recibid la mia con anticipacion: vuelve á llamarme madre, querido Renato;

ningun suceso infausto te lo impedirá en lo sucesivo; y á tu amor, á tus nobles cualidades, entrego mi hija, único tesoro que aprecio, para que labres su felicidad.

Este jóven fue á arrodillarse embriagado en gozo ante la madre de Carlota; pero lo detuvo la sorpresa que en él como en todos produjeron las palabras de la última, que con voz abatida dijo al señor Magistral:

—Eseuchadme un momento señor: con permiso de mi madre y de Renato quiero hablaros aparte un instante.

Asunto misterioso seria el de aquella niña cuando para confiarlo á un consejero, se apartaba de personas tan apreciables. Era la vez primera que guardaba secreto á su hermano.

Este y la señora de Alpequera quedaron algun tanto sorprendidos, pero lo atribuyeron luego á inocentadas propias de su caracter particular. Tan pronto como quedaron solos:

—Renato, le dijo su futura madre: cada vez que reflexiono me parece mas imposible que te hayas librado de las manos del enemigo.

—Ha sido una gran casualidad, señora: fui del último grupo á que dispararon: al golpe de la bala cai sobre una hondonada cubierta de yerba: ocupados los feroces tigres en acabar á bayonetazos los desgraciados heridos, no llegaron á descubrirme. Lo sucedido en la noche... ya lo sabeis; á Manuel debemos Carlota y yo la vida.

—Hijo mio...!

—Llegó á conmoverse hasta el corazon.

—Lo creo: no hablemos de él, me aflijo cada vez que lo recuerdo. El Todopoderoso, volviendo á la conversacion, te ha sacado de la muerte con un rasgo de su poder; este hecho ha cambiado mi opinion; precisamente te tenia reservado para mi hija y en este concepto debeis ser muy felices.

—Señora, respondió Renato con enagenamiento: si un cariño puro, verdadero y profundo hace la felicidad de un matrimonio; os lo juro con orgullo, seremos muy dichosos.

La señora de Alpequera se sonrió con satisfaccion.

—A este tiempo ya han llegado el Magistral y su discípula al gabinete: escuchemos su conversacion desde el principio.

El Magistral se ha sentado en el sofá y Carlota á su lado.

—Vaya, hija mia, comienza por decirle: qué tienes que comunicarme? Qué momentos tan diferentes son estos de aquellos en que mandé que te acostaran la noche que huyó Renato.

—Señor no traigais aquel instante á la memoria; respondió Carlota con voz afligida.

—En la época de felicidad se goza doblemente recordando nuestros dias de infortunio.

—No han acabado para mí.

—Qué dices?

—Que soy muy desgraciada. Y dió un suspiro.

—Por Dios hija: qué mal puede afligirte en la actualidad? hoy se hacen verdaderas las ilusiones de tu infancia; lo que mas despues has visto perdido se realiza hoy: tu madre que se oponia á tus deseos, hoy accede á ellos gustosa, hoy los protege con alegría: por medio del milagro con que ha sido salvado Renato de las garras de la muerte, te anuncia el Altísimo las delicias que vas á disfrutar en esta vida.

—No; lo mucho que cuesta conseguir el cielo.

—Disipa, hija mia, esas dudas que te martirizan.

—No son dudas, Dios lo sabe.

—Y sin fundamento. Tu madre tal vez proyecta ya el plan de tu matrimonio; mírala al traves de los árboles hablando alegremente con tu próximo esposo.

—Imposible: exclamó Carlota con despecho.

—Qué quieres decir con eso?

—Que Renato no puede ser mi esposo.

—Cómo...! qué desgracia tan inesperada nos amenaza?

—Terrible. Todavía no me habeis dejado confiaros un secreto, que reprimido en mi corazon hace algunos dias, me despedaza el alma.

—Si... si, habla pronto.

—Escuchadme: vos sabeis el estado de abyeccion en que cai

desde que marchó Renato; vos sabeis que el mundo desde entonces era indiferente para mí. Cuando en la lista de los prisioneros del Plá del Pou leí su nombre, ofrecí un sacrificio al Altísimo: cuando supe que los habian fusilado en Burjasot, lo consumé. Aquella misma noche, en esta misma habitacion, arrodillada ante esa divina imágen, hice solemnemente voto de virginidad.

—Qué dices? gritó el Magistral asombrado.

—Lo que por mi mal sucedió; continuó Carlota sollozando: aborrecida de mi madre, como entonces me veia; roto el lazo que me unia al mundo, juré á Cristo ante esa efigie de su Madre, cerrarme para siempre en el convento mas miserable de Valencia; acabar mis dias entre las religiosas de nuestra señora de Belen.

—Desgraciada! murmuró el Magistral levantándose pálido como un difunto; desgraciada criatura!

—Se han efectuado mis ilusiones? se han hecho realidades mis quimeras...? Preguntó Carlota, al paso que una amarga sonrisa daba á las facciones de su rostro cierta contraccion indefinible de terror.

—Y no hay algun medio de alzarte el voto? no lo basaste sobre alguna condicion?

—«Señora, dige á esa imágen con la sinceridad y deseo de un corazon abrumado por el infortunio, y ardiente en amor divino; desde hoy aborrezco el mundo, y solo quiero vivir para vuestro Hijo, presentadle mi humilde ofrecimiento.»

—Es concluyente.

—Id, señor Magistral, dad esta nueva noticia á mi madre y á mi desgraciado amigo.

—Cruel instante! exclamó este y salió de la habitacion.

Cuando la señora de Alpequera y Renato vieron entrar en el jardin al señor Magistral:

—Ya tenemos, gritó la primera en tono festivo, ya tenemos determinado el dia de los desposorios; solo falta el consentimiento de Carlota, y por cierto que teneis que reprender á Renato por su necia obstinacion en que se celebren sin pompa.

Este se sonreia con placer.

El señor Magistral no respondió. Cuando se acercó mas á ellos, gritó Renato:

—Oh Dios, venis alterado: qué nueva ocurre.

—En efecto; exclamó la señora de Alpequera, vuestro semblante está demudado.

El señor Magistral se sentó en silencio.

—Qué sucede á Carlota? preguntó Renato.

—Hoy recoge el fruto cruel de sus padecimientos: hoy ha estallado la tempestad que me temia: tales reveses de la fortuna, prosiguió dirigiéndose á la señora de Alpequera; tales reveses en un caracter sensible, meditabundo y resuelto como el de vuestra hija, debian arrancar de su espíritu una resolucion desesperada.

—Qué ha hecho? exclamó su madre con anhelo; yo la libraré de todo, yo la consolaré.

—Señora, no teneis ya derecho sobre Carlota: ha muerto para vos y para el mundo.

—Hija de mi vida...!

—Oh desesperacion! gritó Renato furioso, y en ademán de precipitarse sobre el gabinete; pero lo detuvo el señor Magistral.

—Cuidado, le dijo tomándole del brazo, ya no puedes acercarte á esa jóven, no te pertenece.

Este dió un profundo suspiro y cayó sobre el poyo.

—Vamos, añadió el Magistral ayudándole á levantarse, y prestando su apoyo á la señora de Alpequera; vamos, desea hablar con ustedes un momento.

Al pasar frente á la reja de su habitacion la distinguieron arrodillada ante la efígie de la Purísima Concepcion de María; bañados los ojos en lágrimas de dolor; y sus manos en cruz levantadas hácia el cielo.

Cuando abrieron la puerta aun conservaba la misma postura: al verlos entrar se levantó, enjugó sus ojos, y los recibió con una sonrisa dulce: era la sonrisa de los ángeles.

Su madre se tiró á sus brazos: Renato cayó sobre el sofá casi privado el sentido.

—Madre mia, no tiene remedio, dijo cubriéndola de besos: ahí teneis el testigo de mi voto.

Y señaló la estampa de María.

Su madre no podia articular palabra. Trascurridos algunos instantes, cuando el rigor de aquella situacion fué desvaneciéndose:

—Yo soy la culpable, yo soy la responsable de todo esto; gritaba sin consuelo la señora de Alpequera: descargue el Altísimo sobre mí su ira; caigan sobre mí las venganzas del cielo.

—Escuchadme, madre, dijo Carlota con la serenidad de una alma grande.

Su madre se sentó ó mas bien se dejó caer sobre una silla porque las fuerzas la abandonaban.

—No os afijais madre mia, prosiguió su hija: vos no teneis en ello responsabilidad alguna como creéis: el Todopoderoso ha querido que así sucediera; qué debemos nosotros hacer? resignarnos con sus determinaciones. Siendo tan pasajera nuestra existencia sobre la tierra como vos misma me habeis enseñado; qué son unos dias de padecimientos al frente de los placeres que nos esperan? Si nuestra vida es una peregrinacion fugaz, si es indispensable la espiacion del vicio, hagamos meritorios con nuestra humilde voluntad los trabajos de este mundo, y marchemos puros á gozar las delicias que al justo aguardan en la gloria. Madre mia, no lloreis la pérdida de vuestra hija, es por unos momentos, no es esta la residencia que Dios ha dado al hombre; nuestra tierra de promision está en el Paraíso, pronto nos abrazaremos allí. Y tú, Renato, compañero de mis inocentes juegos, vive seguro que jamás he dudado de tu cariño, mas por él te pido que no te entregues á los ciegos frenesíes de la juventud fanática: llora la pérdida de una amiga, pero no ofendas á Dios con tu llanto: yo rogaré por tí en la soledad del claustro, en compañía de las religiosas; yo imploraré al Altísimo tu felicidad. Y vos, señor Magistral, protector mio, ayudadme en mi conflicto; ya soy infiel á mi palabra; ya hace tres dias que debia permanecer olvidada en los muros del convento: esta noche misma he

de cumplir mi voto; es necesario que esta noche nos separemos para siempre,

Inspirada como habia parecido esta jóven durante su discurso, se sintió al fin sin fuerzas y cayó sobre una silla al lado de su madre: el silencio que todos guardaban era el mejor testigo del dolor que allí reinaba. Los labios de Renato eran agitados por un movimiento convulsivo; su semblante estaba pálido, y su frente arrugada.

La luz iba faltando de la habitacion.

—A qué perder tiempo? dijo Carlota sin levantar la vista del suelo.

El Magistral salió del gabinete.

A los pocos minutos un llanto prolongado resonaba en la casa: iniciados los criados de este infausto suceso, bajan corriendo al dormitorio de Carlota, y como el vulgo no siente sino á gritos, inundan con sus alaridos el aposento.

Juan llega el último; se arrodilla delante de ella, y exclama con voz quejumbrosa:

—Monja mi querida señorita!..

—No, contestó: monja no; no he prometido tomar el velo, pero sí cerrarme en un convento, donde he tratado de buscar la felicidad que creí no poder hallar entre los hombres.

—Para qué me librasteis de la muerte, Dios eterno! gritó Renato levantándose furioso, para darme una agonía mas cruel.

Los criados lo sentaron: daba muestras de demencia.

Carlota le dirigió una silenciosa mirada. Qué ideas se revolvían en aquel instante en el espíritu de esta jóven..?

La señora de Alpequera habia padecido anteriormente una enfermedad muy particular: cuando un grave suceso la afectaba demasiado, quedaba sumergida en un profundo sueño.

Este sueño era terrible: no se le habia reproducido desde la muerte de su esposo, pero en este momento le acometia con fuerza.

A la media hora entró el señor Magistral.

—Todo está dispuesto, dijo, y sacudiendo á la madre de Carlota; vamos continuó, vamos á despedir vuestra hija.

El letargo no se habia arraigado todavía en dicha señora, por cuya razon despertó á la palabra «hija.»

—A dónde? preguntó distraida.

—Al convento.

—Vamos. Su mente estaba ofuscada.

—Ay Dios mío! exclamó Renato á media voz mordiéndose los labios y mirando al techo.

Carlota dió un suspiro.

Los criados lloraban.

—Se hace tarde, dijo el Magistral, es preciso marchar.

—Si, marchemos; contestó Carlota, y tomó el brazo de su madre, que lo cedió con indolencia.

Al pasar junto al piano cortó un alelí blanco de una mata que crecía en un florero chino.

Una flor era todo lo que esta criatura recogía del mundo; una flor que pronto se marchitaría como sus blancas ilusiones; una flor que con sus halagüeñas fantasías tendría que arrojar al entrar en el convento. Allí todo es austeridad, todo oración.

El señor Magistral iba detrás con Renato; despues los criados: Juan el último, pero el mas cariñoso.

El acompañamiento no habló una palabra en toda la carrera, iban sus corazones conmovidos en extremo; de este modo atravesaron Valencia.

Al llegar á la puerta de San Vicente, descubrieron la fachada del convento, pobre, solitaria, silenciosa, donde la luna reflejaba su luz pálida y solemne.

Al pisar los umbrales del portal, tembló Carlota; un doloroso suspiro se escapó de su pecho. Cada instante que trascurría la acercaba á la celda, la alejaba del amor.

Cuando la señora de Alpequera, cuando los criados entraron en este portal, sucio y reducido, comenzaron de nuevo las lágrimas... el llanto.

El Magistral impuso silencio. La demandadera tiró una soga. El ruido del esquilon, producido en el interior del convento, resuena en los corazones de aquellos desgraciados.

Renato estaba abismado.

Luego... se oyen pisadas lentas y lejanas que se aproximan por grados... suena la llave en la cerradura... se abre el pórtico y aparecen seis religiosas. La portera lleva una vela encendida en la mano; la priora se levanta el velo. El terror acaba de sembrarse en los circunstantes.

—Hija mía, dice á Carlota, ven al regazo de María que te llama.

Carlota con los ojos bajos se desprende del brazo de su madre: al acercarse á la priora tiene que pasar al lado de Renato, respira su aliento y no puede menos de mirarle. Aquella infortunada criatura se coloca en el quicial del pórtico: desde allí ve á un lado su madre, el Magistral y sus criados; al otro las religiosas: á su derecha Renato, á su izquierda la priora. Una vara de distancia, un paso la separa eternamente de sus objetos amados. Unos y otros guardan un silencio sepulcral; nadie respira, todos temen: Carlota se halla entre el claustro y el mundo.

—Valor, hija mía, le dice la priora; y la atrae hácia sí.

—Detente Carlota, grita Renato, y se precipita sobre ella.

Es tarde; la tornera ha cerrado la puerta.

Taciturnos los unos, llorando los otros, frenéticos estos, salen todos del convento; y todos con la cabeza baja á la manera que un cortejo fúnebre se retira del cementerio.

Aun se oye en el claustro la voz de las religiosas que consue-
lan una desgraciada.



IX.



RAN las tres de la mañana del día siguiente á la clausura de Carlota.

Renato se hallaba sentado en el sofá de su gabinete con el aire de una tristeza profunda y reprimida.

El codo derecho se apoyaba en el brazo del sofá; en el dorso de la mano descansaba la megilla del mismo lado; sus ojos cerrados no podían distinguir la luz del quinqué que se extinguía lentamente.

En esta postura habia pasado toda la noche, y hubiera seguido del mismo modo largo rato si la campana de un reloj de mesa no le hubiese despertado: abrió los ojos, miró la esfera y dijo entre dientes:

—Las tres y media...

En seguida se dirigió al escritorio: buscó papel, exhaló un doloroso suspiro, y escribió seis renglones que dejó sin cerrar sobre el pupitre.

Abrió despues una gaveta; tomó de ella una papeleta que colocó en el bolsillo; y volviendo á decir á media voz:

—Ya habrán abierto las puertas de la ciudad; abandonó su habitacion.

Sigámosle. Baja á puntillas la escalera, y con el mayor sigilo logra ponerse en la calle: camina por las mas estraviadas hasta llegar á la puerta de San Vicente. Aquí se detiene, recoge su ánimo abatido, y á los pocos instantes se encuentra de rodillas en el pórtico de nuestra señora de Belen.

Dejadlo críticos: no censureis sus acciones; no clameis con el corazon frio como el hielo, que su amor frenético profana la santidad de aquel lugar. Esos muros sombríos le roban el objeto de su cariño; el único diamante, la esmeralda preciosa que ansiaba su alma. Dejadlo que llore por última vez la pérdida de una jóven enamorada, tesoro criado para él por la misma naturaleza, y que ha arrancado de sus brazos el orgullo criminal de una mujer.

Todo respeta su oracion: las aves no se atreven á parar su primer vuelo en las dismanteladas bóvedas de este convento: el canto del Labrador suena muy lejos; el ruido de Valencia no se percibe aun; sus habitantes son mecidos todavía por el blando sueño de la tranquilidad.

Mil emociones agitan el corazon inflamado de Renato; mil ideas, mil recuerdos atraviesan su espíritu. Uno principalmente se apodera de él: le devora sin piedad y arranca de sus párpados una lágrima ardiente que abrasa sus mejillas.

Siete horas hacia que habia estado en el mismo pórtico al lado de Carlota; ya no la veia. Aun se encontraba próximo á ella: cuánto podria distar uno de otro? Quince ó veinte pasos, y sin embargo el destino los separaba para siempre.

Renato seguia con las manos cruzadas: su frente fria se apoyaba sobre los hierros de la puerta.

El esquilon del convento tocó á oraciones: este sonido lleno de misterios conmovió su pecho: su Carlota, aquella jóven destinada á los placeres del mundo, á las delicias de un amor puro, tenia que obedecer esa campana. No podia Renato sobrellevar esta situacion, pero tampoco podia marcharse de aquel lugar.

Hizo un esfuerzo por fin, y al levantarse distingue en el suelo un objeto blanco: se apercibe desde luego de lo que podia ser, lo coge precipitado, y sus sentimientos reciben un nuevo golpe al reconocer el ramo de alelíes que Carlota habia tomado la tarde anterior.

Ya estaba marchito.

—Si, dijo sonriéndose con amargura: justo es que Carlota al ser conducida al sacrificio llevara en la mano la imagen de su juventud perdida.

Y mientras lo colocaba en el libro de memorias:

—Hé aqui prosiguió, el fruto de veinte años de amor... una flor casi deshojada.

La demandadera abrió el pórtico: al ver á Renato dió un grito asustada.

—No os alarmeis señora, le dijo: vengo á rogar por una infortunada; quedaos con Dios.

Y dirigiendo la última mirada al convento:

—Adios Carlota, prosiguió suspirando; adios para siempre: vive tranquila entre esas religiosas.

Volvamos á casa de la señora de Alpequera, donde todos han quedado recogidos á nuestra separacion.

Ella ha dado una vuelta en la cama y tira el cordon de la campanilla.

Zoa se presentó al momento.

—Qué hora es? preguntó su ama.

—Las cinco han dado.

—Abre el balcon.

Zoa obedeció.

La luz de una mañana clara penetró los cristales: con ella penetraron tambien mil recuerdos del dia anterior.

—Zoa.

—Señora.

—Ve á nuestra señora de Belen y pregunta á la priora por mi hija.

—Está muy bien.

La doncella salió del gabinete.

A los dos minutos volvió á tirar la señora de Alpequera el cordon de la campanilla.

Se presentó un criado. En seguida el señor Magistral que habia pasado allí la noche.

Despues de los saludos de la mas tierna amistad; despues de derramar sobre aquella madre afligida el consuelo que sus palabras difundian por do quiera:

—Baja, dijo esta al criado, despierta al señorito Renato y dile que suba.

El criado volvió al instante, pero volvió asustado.

—Señora, dijo con miedo, no está el señorito.

—Qué dices hombre, exclamó el Magistral, y corrió al gabinete de su discípulo: el criado le siguió. La señora de Alpequera exhaló un suspiro.

Luego subió el señor Magistral pálido.

—No está, dijo tambien acercándose á la cama. En su habitacion no he hallado sino un quinqué al apagarse, y sobre el escritorio este papel que aun no he leído.

—Leed leed, gritó la señora de Alpequera con ansiedad y abriendo los ojos desencajadamente.

—Dice así:

«Al señor Magistral y á la señora de Alpequera.

«A ustedes debo mi existencia, señores míos: les estaré agradecido hasta el sepulcro; pero no puedo vivir mas tiempo en su compañía. Protegido por las tinieblas de la noche, marché á país extranjero donde lloraré sin consuelo el sacrificio mas cruento consumado sobre una víctima casi divina S. S.

Renato Levarden.»

El señor Magistral quedó sumido en tétricas reflexiones.

La viuda de Alpequera lloraba amargamente.

En este momento entró Zoa.

—Qué dicen de mi hija? exclamó su señora.

—He hablado con la priora y me ha enterado de todo. La señorita Carlota desea estar sola.

La doncella se enternecía por grados.

—No ha podido dormir en toda la noche: si ha dormitado algun corto instante se despertaba estremecida: á la madrugada ha bajado al jardin: ahora está haciendo oracion en su celda.

Zoa no pudo contener los sollozos.

—La priora me ha dado espresiones para usted y me ha dicho que confie usted en su celo.

—Hija mia! gritó su madre y quedó sin sentido.

Todos los criados llegaron en su auxilio. El Magistral le hizo aspirar un frasquito de eter, con cuya virtud volvió pronto del desmayo y durmió algunos momentos.

Los criados despejaron la habitacion; el Magistral marchó á su casa encargando á Zoa un asiduo cuidado: esta se sentó junto á la cama.

La señora de Alpequera se veia en manos de una doncella. Ya no tenia á Renato, ya no tenia á Carlota que la halagaran en sus dolencias con tiernas y filiales caricias.

Mes y medio habia trascurrido despues del dia fatal de la reclusion de Carlota.

Desde aquel momento no habia salido de casa su madre: la misa la oia en su oratorio.

Zoa tenia el encargo de pasar todas las mañanas á enterarse por la priora del estado de su señorita, y las noticias que traia en nada variaban unas de otras, aunque todas conspiraban lentamente á un desenlace terrible.

Carlota se encontraba cada dia mas triste, mas meditabunda, mas indiferente que nunca.

De recien entrada en su perpétua clausura, bajaba al huerto

donde esperaba el nuevo día: cuando el sol cubría la yerba de esmeraldas, cogía una maceta de flores y se retiraba á colocarla en el reclinatorio, junto al marregon donde dormía.

Hoy no sale de la celda, pasa el tiempo orando de rodillas ante la imagen de María; sus oraciones se confunden con sus deseos; sus golpes de pecho con sus lágrimas de amor.

Horas enteras emplea en estos ejercicios: cuando la priora la despierta del estasis en que yace, la mira con ojos melancólicos, enjuga las lágrimas y se levanta.

Donde la madre de la comunidad la deja sentada, vuelve á hallarla despues.

Ya no se ven en su celda flores nuevas, sino las antiguas secas, deshojadas y tiradas por el suelo.

Una mañana en que el señor Magistral y la señora de Alpequera esperaban noticias de Carlota, volvió Zoa sobrecogida y pálido el semblante.

—Qué te ha dicho la priora? preguntó su ama.

La doncella contestó afligida:

—La señorita está enferma; no ha podido levantarse; el facultativo del convento ha opinado mal de su enfermedad.

La señora de Alpequera no se alarmó.

—Ha llegado el instante que temia; dijo y se cerró en su gabinete.

El señor Magistral tomó un libro: conociendo el carácter de su amiga, no quiso dejarla sola.

A la media hora se llenaba la casa de visitas.

Sabedores varios personajes de la peligrosa enfermedad de Carlota y suponiendo seria en vano dirigirse al convento, afluían todos allí á satisfacer las fórmulas de la sociedad.

A las doce llegó la demandadera de nuestra señora de Belén, y manifestó deseos de hablar á parte con el señor Magistral.

Este salió á la escalera.

—Qué novedad ocurre? le preguntó con ansia.

—El señor médico de la comunidad me ha entregado este papel para usted.

El Magistral leyó lo que sigue:

«Señor de toda mi consideracion: ya tendrá usted noticia por Zoa, de la indisposicion que Carlota padece desde anoche: quiero decir, que desde anoche se ha manifestado con síntomas palpables. Esta escita todo mi cuidado y he llegado ha formar de ella la siguiente opinion: padece un aneurisma en la arteria ahorta, que segun el-diagnóstico que ofrece esta mañana, deberá reventarse hoy mismo al declinar la tarde.

»Siento verme en la precision de comunicar á usted tan infauستا nueva, pero lo hago para que con su tacto fino vaya disponiendo á esa señora á recibir un golpe tan cruel.

»Con este motivo se ofrece de usted, etc., etc.»

Cual fuera la impresion que semejante esquila produjera en el ánimo del Magistral; puede conocerlo solo quien haya llegado á comprender el cariño que este buen señor profesaba á su cándida discípula.

Abandonó la visita, enteró á Zoa de las fatales noticias para que gradualmente las pusiera en conocimiento de su ama; y marchó á consolar en los últimos momentos aquella jóven que tanto habia amado por espacio de veinte años.

Los concurrentes fueron marchando sucesivamente hasta despejar la habitacion.

Zoa entonces pegó dos golpecitos en la puerta del gabinete de su señora. Esta mandó que entrara.

Zoa abrió la puerta con miedo.

—Vive mi hija? preguntó su dueña sin dejar de escribir en un cuaderno.

—Si señora, pero está muy delicada.

—Vive? volvió á preguntar; no me engañes.

—Señora vive; pero está de peligro.

Entonces borró cuatro renglones de los que habia escrito.

—El señor Magistral, prosiguió la doncella, ha marchado al convento.

—Estará espirando Carlota?

—Todavía no.

—Lo mismo da, espirará luego: dijo con una indiferencia terrible.

—No me permitirán entrar en el convento, verdad?

—Creo que no señora.

—Bien, muy bien; acuéstame.

La doncella desnudó á su ama. Cuando se hubo metido en cama:

—Siéntate á mi lado, le dijo, temo estar sola.

Dirijámonos por un momento á nuestra señora de Belen.

En una celda pequeña, de paredes sucias, sin mueble ninguno, sin mas adornos que una imágen de Cristo en la agonía, colocado sobre un miserable reclinatorio; y sin otra luz que la que puede entrar por una reja pequeña, alta, con cristal de alabastro; estaba Carlota echada sobre un marregon de paja y cubierta con una manta de sayal; el Magistral á su cabecera; á sus piés la priora; la comunidad cantando en la iglesia.

Sus voces llegaban por intervalos á la celda, y difundian nuevo aire de terror sobre este melancólico recinto.

Desde que la administraron el Viático, no habia hablado una palabra: de vez en cuando dirigia penetrantes miradas al señor Magistral, que ya no podia sostener la serenidad de que se habia revestido: por fin le dijo este:

—Cómo te sientes Carlota?

—Muy bien, padre.

—Estas menos sofocada?

—No señor, pero pronto descansaré.

—Hija, el cielo es el puerto de todo cristiano, donde descansa despues de haber sido azotado por las borrascas de este mundo.

—Ya lo se: qué hora es?

—Las cinco.

—Dentro de dos horas ya habré visto el cielo: las preces de esas santas religiosas, me están abriendo las puertas. Cuando me haya muerto, señor Magistral, quitadme del pecho este escapulario que

hace diez años me regalasteis el día del aniversario de mi nacimiento. Es la única prenda que poseo en la hora de la muerte, conservadla en memoria mía.

El señor Magistral se cubrió los ojos.

Dos horas trascurieron en el mayor silencio, sin soltar Carlota de la mano el crucifijo.

—Cómo está mi madre? preguntó despues.

—Bastante bien.

—Cuando marcheis de aqui, dadle un beso en mi nombre.

El esquilon del convento tocó á oraciones.

Carlota exhaló un suspiro.

Una sombra amarilla cubrió su rostro. El señor Magistral se alarmó; la priora salió precipitada de la celda.

—Carlota! Carlota! gritaba este, sosteniéndole la cabeza sobre su brazo.

El aneurisma se le habia reventado.

—Piedad...! piedad...! murmuraba ella queriendo coger el crucifijo.

El Magistral se lo puso en la mano. Carlota lo miraba con turbios ojos. Luego, la priora entraba por la puerta con una luz en la mano: la comunidad la seguia rezando á media voz.

Qué espectáculo! una jóven hermosa, abatida por el dolor, pálida por las ansias de la muerte, espera su último momento sobre un marregon de paja.

Un sacerdote le aprieta la mano; la priora entona el cántico de David; seis religiosas arrodilladas en torno del lecho mortuario, recitan alternativamente nuevas estrofas con los ojos fijos en el suelo. Y esta jóven no obstante, habia nacido para los placeres, para las delicias, para los atractivos del gran mundo.

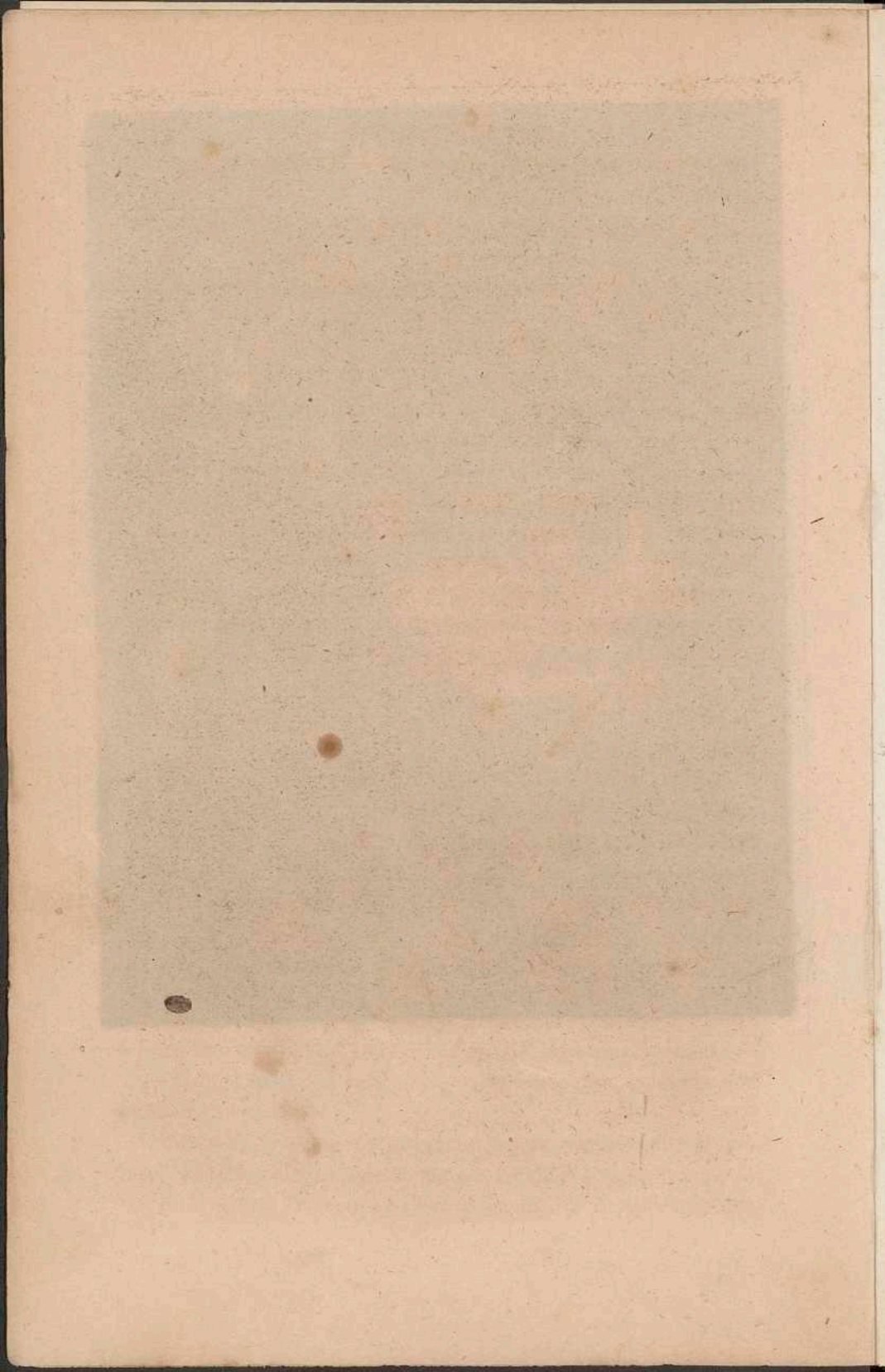
El Magistral pregunta á la moribunda; esta no responde.

—Madre! madre...! Dios mio...! son las últimas palabras que pululan en sus labios.

Dirige al cielo una mirada vacilante, da media vuelta al otro lado, deja caer el Cristo de las manos y exhala un suspiro.

El Magistral la llama azorado, la menea, es en balde; Carlota





habia muerto. Su alma inocente debia marchar en un dulce suspiro.

—Ha concluido; exclamó el Magistral con el acento de un profundo dolor, y reclinó su frente contra la almohada.

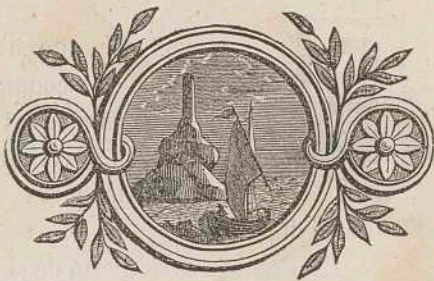
Las religiosas continuaban orando; pero ya no rezaban el miserere, cantaban el oficio de difuntos.

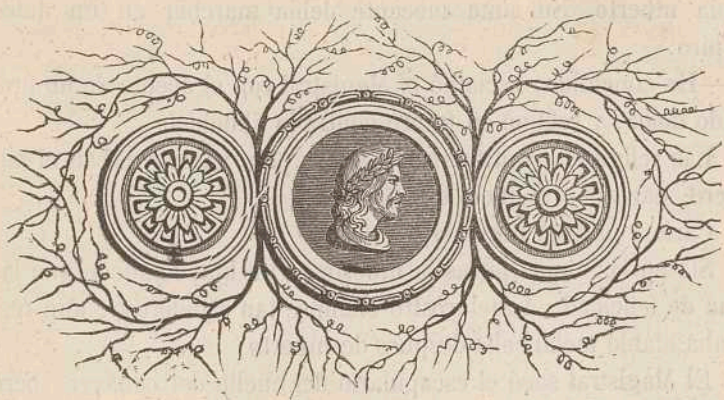
Carlota parecia dormida.

Sí; en las almas puras la muerte es un blando sueño que las llena de felicidad. Aquel rostro siempre tan candoroso, aun respiraba afable melancolía despues de muerto.

El Magistral sacó el escapulario del cuello del cadáver, pero su sorpresa fué grande cuando vió cosida á él una carta de letra de Carlota. Lo metió con cuidado en la faltriquera, dió ciertas disposiciones y salió del convento.

Las monjas se retiraron á cumplir con los ritos de obligacion. Dos tan solo quedaron velando el cuerpo de una jóven malograda.





X.



ASEMOS por alto algunos sucesos violentos que conmueven sin agrado, cuales son los incidentes que ocurrieron al comunicar á la señora de Alpequera el fallecimiento

de su hija.

Esta noticia la despertó de la indiferencia estúpida en que parecía sumida; y aunque esperaba por instantes semejante catástrofe, tal es la naturaleza humana, que mientras agarra una chispa de probabilidad, no le abandona la esperanza, destello celestial.

Cuando á esta señora faltó el débil asidero de un «pueda ser

que viva;» cuando vió cierta la muerte de Carlota, fué atacada por un acceso de furiosa demencia; brinca de la cama, se mesa los cabellos, se araña el rostro y se tira contra el suelo.

En su frenético delirio pronuncia espresiones cortadas, cuyo sentido no puede comprenderse:

El Magistral y los criados no son bastante á sujetarla y hubieran temido un desenlace funesto, si una fiebre biliosa, pero vehemente, no hubiera azorado pronto sus sentidos, privándole las fuerzas.

Entonces se la colocó en la cama y todo quedó en el mayor silencio.

¡Qué aspecto tan diferente presentan hoy estas habitaciones del que ofrecian en las primeras páginas de mi historia! entonces la noche suspendia por un momento las delicias... ahora hace mas imponente el dolor con sus tinieblas.

Tan pronto como el señor Magistral hubo dejado en cama á la señora de Alpequera bajo la fidelidad de Zoa, y en vigilancia toda la servidumbre, se retiró á un gabinete á examinar los papeles cosidos en el escapulario de Carlota; papeles que escitaban á la vez en su ánimo curiosidad, placer y amargura.

Sentóse pues en un escritorio, colocó á su izquierda el quinqué y sacó del bolsillo el misterioso escapulario. Descosió con cuidado las puntadas, abrió el sobre y aparecieron tres cartas: una dirigida á Renato, otra á su madre, la tercera á él mismo.

Dudó un momento.

.....Debia leer las dos primeras?

Si por cierto. Renato estaba ausente; habia vivido siempre como hijo suyo; habia depositado en él su confianza; bien podia penetrar este secreto

La de la señora de Alpequera? Tambien.

Dicha señora se hallaba imposibilitada en la actualidad: y quién sabe la urgencia de su contenido..?

Tomó la dirigida á Renato; la abrió con mano convulsa, y leyó lo que sigue:

«Querido hermano; ocho días hace que he entrado en el convento.

»Ya me he separado para siempre de tí, pero tu imagen esculpida con fuego divino en mi corazón, jamás te abandonará: no; es la única belleza que hermosea la austeridad de mi celda. Cuánto he padecido al retirarme de tu lado, al entrar en el sombrío claustro...! cuando he pasado junto á tí, te he dirigido una tierna mirada de despedida, tú no me has correspondido: qué triste es esta mansion! aquí no se oye sino preces, cantos funebres! aquí no hay sol, no hay flores, no hay amor. Qué caro me cuesta tu cariño! Si dirijo mi vista á aquellos días de encanto en que mezclados con los inocentes pajarillos, corrimos entre las adelfas y entre los naranjos del jardín; se desprende de mis ojos una lágrima ardiente que abrasa mis mejillas... lágrima sin consuelo cuyos rigores sufro yo sola: ya no tengo á mi Renato, al Magistral, una madre cariñosa que me la enjague...! Adios amigo: suena el esquilon y tengo que abandonar mis ilusiones para mezclarme en el canto de las religiosas, canto que me estremece... que me llena de terror: y mientras mi lengua acompaña tímida las santas oraciones de las hermanas; surge mi espíritu un recuerdo de bellos colores que me roba el corazón.

»Nueve días hace que no he tomado la pluma: para qué? casi estoy segura de que esta carta no llegará á tus manos: ni aun este tibio placer me es permitido! La demandadera se asustó el otro día al ver un hombre en el pórtico cuando abrió la puerta: eras tú, verdad? conozco muy bien tu carácter; eres distinto de los demás hombres: orarias unos instantes en la entrada del convento; y en seguida te marcharías á país desconocido á llorar nuestra desgracia toda la vida. También yo lloro, también yo oro por tí.

»La priora me acaricia en cuanto le permite su carácter grave y taciturno: me ha hecho bajar á la huerta... en ella no hay sino hortaliza, y alguna que otra rosa silvestre y descuidada.

»No puedo escribir mas: tengo una pena en el lado del corazón que me sofoca: ya me llama Dios á la mansion de los justos.

»Treinta y siete dias van trascurridos desde que permanezco entre estos muros; no se cumplirán los treinta y nueve: la pena que siento en el pecho se aumenta; la melancolía ha llegado á su mas alto grado; conozco que son pocas las horas que me restan de vivir, y quiero emplearlas en despedirme de ti.

»Hace tiempo que no bajo á la huerta; ya no acompaño en sus ejercicios á las religiosas: ya me voy separando tambien de ellas para entrar en el nuevo mundo donde todos nos hemos de reunir.

»Si vieras que distinta faz presentan las cosas en los últimos dias de la vida, y desde una celda oscura...

»Aquí trascurren silenciosos mis últimos momentos... ante la imágen de Cristo en la agonía, procuro recoger mi espíritu y encomendarlo á Dios; pero es en vano: en mi frente abrasada por la fiebre reposan mil fantasmas que me distraen, la atraviesan cual sombras fatídicas, recuerdos halagüeños, deseos vehementes que las desvian: en mi corazón fermentan á la vez la religion y el amor: quiero orar con anhelo, comunica mi espíritu á mis labios palabras de devoción... y entre ellas se desliza furtivamente una espresion de cariño... un suspiro de dolor.

»Cierro los ojos para hacer mas fervorosas mis súplicas al Altísimo, y no ve mi fantasía otra cosa que jardines, que flores, que esperanzas: me dilato entre tan bellas quimeras; los abro para mirarlas con mas claridad, y mi vista se estrella ante el rostro macilento de Cristo en la agonía: lloro... gimo... contemplo sus espinas... contemplo la sangre de sus llagas... deseo beberla... pero ¡ay! soy muy débil, y acabo por sofocarme y suplicar al cielo que me arranque pronto de este santo lugar que profano con mis quejas, mis suspiros, mis recuerdos.

»A Dios Renato; no puedo dedicarte mas tiempo.

»Te he enterado de todo lo que sucede en esta abandonada soledad: no llores nuestra separacion; es por unos momentos: nos uniremos en el cielo, y nuestro enlace será eterno.

»Si, una inspiracion celeste me atestigua de su verdad; nuestro feliz matrimonio, dispuesto tanto tiempo hace, y que una

pasion vil ha impedido efectuarse sobre la tierra, se realizará en la gloria.

«Me es imposible continuar: siento agitarse por instantes mi pecho. Si una suerte benigna conduce á tus manos este papel, cuando lo leas ya será cadáver tu Carlota. Mucho he orado por los dos, por el Magistral y por mi madre: ójala que mis ruegos hayan llegado á oídos del Dios de las Misericordias! Tu eres el objeto que principalmente me ha ocupado en el curso de mi existencia, por eso me he dedicado á tí al acabarlo, voy á hacer un encargo al señor Magistral, á dar un á Dios á mi madre, y á encomendar mi espíritu á los Angeles para que lo presenten á su Rey, pues conoce termina su penosa carrera en este mundo tu hermana y siempre amante:

Carlota.»

Concluida la lectura de esta carta, quedó el señor Magistral por algunos minutos en ademan pensativo. Luego abrió la dirigida á la señora de Alpequera y decia así:

«Mi entrañable madre: conozco que llegan los terribles momentos de rendir al Todopoderoso las cuentas de mi vida: concededme madre mia vuestro perdon y moriré tranquila. Orad por mi felicidad espiritual en los templos de Valencia, que si yo logro un asiento á la diestra de Dios padre, serán incesantes mis súplicas por la bienaventuranza de vuestra alma. A Dios madre, acoged con cariño las tiernas y últimas caricias que desde el claustro os dirige el humilde corazon de vuestra

Carlota.»

Por último leyó la tercera concebida en estos términos:

«Señor Magistral: se me acerca la muerte, y como sois el único á quien puedo dirigir mis súplicas, me tomo la libertad de incomodaros con los siguientes encargos:

1.º Se me amortajará con el mismo vestido que llevo, y con el que entregaré mi alma al Padre.

2.º Los funerales se celebrarán sin pompa: se dará sepultura á mi cuerpo en el cementerio de Carraichet, en la seccion de los desamparados.

3.º Mi cadáver será conducido al sepulcro puesto el sol.

4.º No se grabará en mi losa inscripcion alguna pagánica, ni aun mi propio nombre: qué les importa de él á las generaciones venideras..?

Espero de vuestra bondad, señor mio, me otorgueis estos caprichos ó estos gustos, suplicados á la hora de espirar, ya que tan pocos se me han concedido en los dias risueños de mi vida. Señor Magistral, interceded por mi con el Todopoderoso; y estad seguro que os corresponderá desde el Paraíso, si logra un asiento entre los Angeles vuestra discípula

Carlota.»

El Señor Magistral se enjugó los ojos, metió estos papeles en el bolsillo, y subió á enterarse del estado de la señora de Alpequera.

Viendo que seguia sin novedad aunque siempre con su encendida calentura; se retiró á un gabinete á descansar unos momentos, pues habian dado ya las dos de la mañana.

.....

Al declinar la tarde del mismo dia tocaban á difuntos las campanas de nuestra señora de Belen.

Multitud de caballeros vestidos de luto se dirigian á su iglesia, y un sin número de gentes se agrupaban á la puerta.

Esta pequeña ermita permanecería á oscuras, si una infinidad

de velas amarillas no ardieran con profusion en todos los altares: las personas que hacian el duelo ocupaban los escaños laterales, y en medio de la nave, cubierta por una numerosa concurrencia, se elevaba un ataúd de franela negra con galon de plata.

Este féretro estaba colocado sobre una pequeña mesa con tapete de paño negro y franja de estambre amarillo.

Cuatro blandones á sus ángulos con gruesos cirios era el único adorno que allí se ostentaba: nada de catafalcos, nada de pebeteros con aromáticos inciensos... y sin embargo estos funerales atraian la atencion de Valencia.

Qué misterios encerraria aquella tumba...!

Las religiosas entonaban desde el coro los salmos fúnebres; cuatro cantores acompañados por dos bajones, respondian desde el presbiterio: la voz de aquellas santas mujeres, ténue, apagada cuando llegaba á la iglesia, se confundia con una legion de Arcángeles que cantára desde el cielo.

A las ocho dieron fin las exequias: el cortejo fúnebre salió al pórtico á despedir el cuerpo como prescribe la etiqueta. Luego... un coche enlutado partia al cementerio de Carraichet: en él no iban otras personas que el señor Magistral, dos amigos de la señora de Alpequera, y el cuerpo de su hermosa hija, pero frio ya, sin animacion, sin vida.

Cuando llegaron al punto de su direccion, se paró el coche ante una miserable puerta: dos sepultureros se apoderaron con indiferencia de un féretro que tantos recuerdos dejaba en este mundo.

La noche habia cerrado en su totalidad: y aunque el firmamento estaba puro, no lucia en él otra antorcha que la luna; pero se ostentaba grande, magestuosa, orlada por una aureola de bellos colores, semejante á una diadema de esmeraldas y rubíes.

El sepulturero habia andado descuidado; todavia daba los últimos azadazos en la fosa: de ella salian los fragmentos de un esqueleto.

De quién serán estos huesos? se preguntaban unos á otros.

Esta pregunta se harán tambien á la vuelta de medio siglo

los que renueven la misma fosa para sepultar en ella otro cadáver.

El cuerpo de la infeliz Carlota fué colocado en el borde del sepulcro.

Un hombre de estatura regular, con un sombrero calañés hasta los ojos, y embozado en una capa parda que le subía hasta la nariz se fijó á su lado; estaba inmóvil, no hablaba palabra: las botas, única parte del vestido que permitía ver su luenga capa eran de charol.

Nadie hizo alto de este desconocido.

Llegó la hora: los mozos agarran bruscamente el ataúd, y lo dejan caer de golpe en el hondo de la sepultura: el ruido sordo que produjo en su centro era el último á Dios que Carlota daba al mundo.

El señor Magistral rezó un responso, los circunstantes respondieron con rostro macilento.

A los pocos momentos ya no se veía el féretro, y solo se oía el bronco murmurio que la tierra produce al caer sobre una tabla hueca.

—Hemos concluido nuestra mision; dijo el señor Magistral.

Entonces repuso uno de los dos caballeros que habian formado el acompañamiento:

—Voy á tributar la última prueba de memoria á la hija de mi amiga:

Y tomó del coche una lápida sepulcral.

—Eso me corresponde á mi: contestó el embozado, sacando de la capa una losa de mármol blanco con una inscripcion en letras doradas.

La colocó sobre el sepulcro y huyó ligero por la puerta del cementerio.

Todos se sorprendieron.

—Será Manuel... decian unos.

—No; Renato: contestaron otros.

Y todos quedaron con el deseo de conocerlo.

En la lápida se leian estos sencillos renglones:



AQUI YACEN LAS CENIZAS

DE LA

SEÑORITA CARLOTA DE ALPEQUERA,

que murió á la edad de veinte años.

LOS ANGELES VELARÁN SU TUMBA.

El señor Magistral volvió á recitar otro responso sobre la fosa de Carlota.

A los cuatro minutos el cementerio estaba solo.

Cuando la señora de Alpequera se hubo restablecido de sus dolencias, dirigió en torno suyo una mirada y se horrorizó.

Pasados unos dias obtuvo licencia de la autoridad competente para ir todas las noches al cementerio de Carraichet á orar sobre el sepulcro de su hija.

Al dia siguiente de haberse acercado esta señora por vez primera á cumplir ejercicio tan piadoso, apareció plantada en la sepultura de Carlota una mata de alelíes blancos.

Era la misma de que la infeliz tomó un ramo al salir de su casa para marchar al sacrificio.

Esta planta abrió sus pimpollos á espensas de las cenizas de su jóven ama.

La señora de Alpequera, puntual á la promesa que ha jurado, medita todas las noches de rodillas sobre la sepultura de su hija.

Justo, muy justo que en el silencio de las tinieblas ores por ella: pero desharás con estos actos de piedad la obra consumada?

Evitarás los disgustos que has ocasionado á tu desgraciada hija?

Romperás las cadenas con que oprimiste su débil juventud?

Aplacarás las tempestades que promoviste en su inocente corazon?

Le restaurarás aquella alegría virginal que la convertian en un ser celeste?

Harás renacer en su alma cándida el amor puro, sin mancha, que eclipsó tu orgullo proceloso?

Ora... ora sobre las frias cenizas de la victima de tus antojos... No hubieras cometido el crimen, y evitarás espiarlo.

De este modo concluia el folleto que me proporcionó mi vecino: reflexioné sobre él detenidamente y de nuevo llegué á convencerme de la prevencion con que debe mirarse la sociedad del siglo.

Han desaparecido de ella las virtudes morales; un sórdido interés es el único móvil de sus acciones; los hechos del hombre se presentan hoy especiosos, brillantes, pero aislados: la intencion que los motiva se oculta perniciosa como es, no conviene manifestarla al público; la moral de Platon se ha hundido, la de Epicuro camina en alas de la prosperidad.

Mi vecino cortó estas reflexiones.

—Qué le ha parecido á usted mi manuscrito? preguntó sonriendo.

—Excelente; me ha entretenido con placer un buen rato: la doctrina es conforme á mis ideas.

—El asunto es bueno, los lances son capaces de conmovér; si no lo hacen la culpa es mia: estarán dispuestos con poco artificio, ya conozco que mi pluma no se presta á las galas de la elocuencia, ni á los encañtos de la poesía.

Iba á responderle, pero nos alarmó un alboroto producido en nuestra propia calle: salimos al balcon y las gentes se dirigian asustadas á un punto determinado. Todos se preguntaban, nadie respondia, todos corrian y nadie sabia por qué.

En medio de este barullo, entre estas olas del pueblo, distinguimos al juez acompañado de un escribano y escoltado por los esbirros de policía que tambien corrian en la misma direccion de las gentes.

—Esto tiene algun viso de formalidad, dijo entonces mi huésped: el juez que es amigo mio nos enterará de todo.

La primera persona á quien preguntamos en la calle, respondió con misterio:

—La señora de Alpequera, esa gran propietaria que vive á la inmediacion, ha aparecido muerta.

—Es posible! esclamamos los dos.

Seis horas hacia que la habiamos visto atravesar veloz la calle en su arrogante tilburí.

—Hé aquí la conclusion de mi folleto, dijo mi compañero: la esperaba yo de esta naturaleza. ¡Qué consecuencias acarrea una resolucion imprudente!

Cuando llegamos á la casa, azotados veinte veces por los vaivenes del vulgo, nos abieron paso dos centinelas que guardaban la entrada.

En medio del escepticismo frio en que hace tiempo he caido; y apesar de la indiferencia glacial que se ha apoderado de mi corazon; me sobrecogí al pisar aquel vestibulo, y esperimenté una sensacion entre agradable y melancólica.

Al través de cuatro ó cinco puertas abiertas distinguí el jardin de los tiernos hermanos: entre las palmeras creia verlos todavía halagándose con inocentes caricias; creia encontrarlos por los corredores jugueteando con la marica, como habia leído en su historia; ó dirigiéndose las recíprocas miradas que dicta un amor antiguo y vehemente; pero me engañaba: solo se veian personas estrañas, ninguna de las cuales figuraba en el folleto que me habia dejado mi vecino.

Cuando subimos el primer orden de escaleras, encontramos una antesala abierta: allí ya no se oía el barullo de la calle, respirábase el silencio del dolor: un alguacil guardaba la puerta: recostada en un sillón se deshacía en lágrimas una jóven de veinte y ocho á treinta años.

Era la doncella Zoa.

Penetramos despues en el gabinete, y nos pareció entrar en el templo de la muerte.

En un lecho de acero, cubierto de damasco, se hallaba el cadáver boca arriba; aun no se le habia removido: vestia el mismo traje que seis horas antes, cuando ostentaba por las calles el brillo de su carruaje: en la mano derecha tenia un cuaderno.

Al lado de la cama estaba sentado un sacerdote de una de esas fisonomías tan graves y tan dulces á la vez que arrastran hácia sí cuantos llegan á conocerlos.

Era el señor Magistral.

El juez, los escribanos y los facultativos andaban alrededor.

—Examinemos el cadaver; dijo el juez.

Entonces exclamó el Magistral con el sentimiento mas profundo:

—Yo he visto, señores; formarse esta familia, y yo la veo tambien desplomarse! yo asistí á los desposorios de esta señora; yo bauticé su hija; yo las acompañé en sus penas y placeres; yo he dado tierra á Carlota, y yo presenciare tambien los funerales de su madre. Cómo se hunden las sociedades!..

Variando entonces de opinion el juez, creyó mejor examinar antes á Zoa, la cual fué conducida á su presencia: y al ver de nuevo el cadáver de su señora pensamos que se desmayaba.

—Vamos, le preguntó el juez en tono solemne, serénese usted y diga cuanto sepa acerca de esta muerte, segura que á usted nada se le imputa.

—Señor, contestó entre sollozos la doncella: yo diré cuanto sepa, poniendo á Dios por testigo de ser verdadero lo que diga.

—Comience.

—Señor: mi ama, que en paz descanse, iba todas las noches

al cementerio de Carraichet á orar por su hija: cada vez traía un ramo de alelies que colocaba sobre esa consola; miradlos: anoche me dijo:—Zoa, este es el último ramo que me da mi Carlota, ya se han concluido todos los de la mata: esto es decir que mi hija se despide de mi: para qué he de ir mas? sin flores se ha quedado muy triste su sepultura.

Esta mañana á las nueve me ha pedido un vaso de agua, ha estado unos momentos sola, y ha vuelto á llamarme:—Vísteme, me ha dicho; voy á la iglesia de nuestra señora de Belen, y ha partido en el coche.

A las dos horas ha regresado muy pálida: no ha querido que la desnudara, segun costumbre; y me ha hecho dejarla sola, encargándome que la despertara á las tres, pues queria dormir algun tiempo.

Hace unos momentos he entrado, y he hallado lo que ustedes ven, señores.

La doncella se echó á llorar de nuevo.

El escribano dejó la pluma.

—Salga usted, dijo el juez á la doncella: ha concluido.

Zoa obedeció.

Entonces tomó el cuaderno de la mano del cadáver, y abriendo la primera página, leyó este epígrafe:

EXTRACTO DE MI DIARIO.

Todos fuimos movidos por un impulso de curiosidad: en él esperábamos aclarar algun misterio.

El escribano continuó leyendo por orden del juez.

Decia asi:

«Mi vida se halla dividida en tres épocas:

PRIMERA, LA MUERTE DE MI ESPOSO, ACAECIDA EN EL AÑO DIEZ Y SEIS.

Ocho dias hace que dieron tierra á sus frias cenizas... ocho dias hace que comenzó para mí una nueva era de tristeza y de luto...

.....Contigo bajaron á la tumba mis placeres; y en este valle en que me dejas, solo me acompañará el dolor...

Ya se han cerrado para siempre los salones de mi casa; ya se ha despedido por mi órden la brillante sociedad que los alimentaba, y da principio una existencia nueva... si; existencia consagrada á la santa educacion de mi Carlota, que cumple mañana veinte dias: tierna niña en cuyas rosadas mejillas aun pudo imprimir su padre un ardiente beso.

Mi hijo Manuel vaga por esos mundos en busca de la gloria; pero á Carlota la formaremos mi amigo el Magistral y yo con saludables máximas, y retirados de la perniciosa sociedad, la veremos desarrollarse virtuosa entre las flores de nuestro jardin.

Don Alfonso de Levarden, rico agiotista, caballero de sanas y relevantes prendas, ha sufrido un desfalco que ha llenado de asombro á la ciudad; y renunciando las gabetas abiertas, que algunos amigos le han presentado, ha muerto con heroismo evangélico en un hospital, dejando en la horfandad un niño de trece meses.

Esta mañana ha sido traslado á mi casa este niño, Renato, que nacido en cuna de oro, perecería tal vez en la miseria sin mi apoyo; y con la aprobacion del Magistral, he resuelto criarlo en compañía de mi Carlota, para que con sus infantiles juegos

ahuyenten despues la melancolía de mi viudez. ¡Qué placer tan sublime se experimenta al hacer bien!...

Carlota y Renato están muy bellos: abrazados como los hijos de Leda; hermosos como las flores; cándidos como los pájaros con quienes alternan, en todo el dia salen del jardin.

El sol los encuentra jugueteando entre los naranjos, sentados bajo las erguidas palmeras; yo me recreo en mirarlos.

Mi hija ya lee muy bien; su hermano comienza á escribir; los dos manifiestan aficion singular al estudio. He consultado con el Magistral sobre un asunto grave, y en todo es de mi opinion.

—Si Carlota, le he dicho, sigue el sendero que le hemos trazado, y en Renato vejeta la semilla que usted derrama sobre su corazon; si ambos llegan á ser honrados, desprendidos y virtuosos; si ellos se aman, qué importa que Renato sea pobre? no tiene mi hija lo bastante para que los dos gocen un estar decente? Qué os parece, señor Magistral. —El único medio de labrar la felicidad de una jóven, me ha contestado, es proporcionarle un esposo que la ame, un esposo de sus mismas ideas: nada de brillo; nada de opulencia; estos goces del mundo solo sirven para distraer á los esposos de sus mútuos deberes, de su afecto recíproco. En este sacramento apremiante porque los liga para siempre, solo debe mediar con consejos: quiero decir, que si esos dos niños llegan á amarse; unirlos, serán felices; no separarlos por aprovechar para Carlota una proporcion mas lucrativa; pero si á su tiempo no se profesan un cariño verdadero; no enlazarlos tampoco con un yugo que les será pesado.

Conozco la verdad de estas máximas saludables, yo las seguiré.

Amaos tiernas criaturas; amaos y labrareis la dicha de los tres.

Mi hija ya ha cumplido diez y ocho años; Renato diez y nueve. Ambos son el blanco de las saetas de Cupido, pero su amor es tan puro como el ambiente que respiran, como el pedazo de cielo que cubre su verjel.

Carlota está pálida, muchas veces la encuentro sola bajo los tilos, bajo la yedra de las paredes, siempre triste, y alguna vez se enjuga una lágrima furtiva. No puede separarse de Renato y teme mirarlo. Este por el contrario no se aparta de ella, la mira con entusiasmo, y cuando mas gente hay, mayor placer tiene en manifestarle sus caricias.

LA EPOCA SEGUNDA DE MI VIDA COMIENZA LA NOCHE QUE LLEGÓ DE MADRID MI PRIMOGENITO MANUEL.

Viene con un arrogante jóven capitan de artilleros, sobrino y heredero del Duque de Levanteamor, é íntimo amigo suyo; el cual observo que mira con interés á mi Carlota. La amará?...

Mi hijo Manuel se ha empeñado en celebrar un concierto; le daré gusto.

En mi diario he leído las siguientes palabras: *«Hoy se cierran los salones de mi casa, abiertos por tanto tiempo á la brillante sociedad.»*

Esto hablaba en cuanto á mí: ah! estoy segura que mi esposo no me censurará desde el cielo una magnificencia destinada á proporcionar un título á mi hija. Estos eran sus recreos, esto deseaba su corazon.

El capitán de artilleros idolatra á Carlota, me ha pedido su mano y se la he concedido despues de horrenda lucha que ha devorado mi corazon; porque aprecio á Renato... pero no puedo resistir al deseo de ver á mi hija Duquesa, ante cuya halagüeña idea se apagan para mí toda clase de afecciones. Sin embargo, consultaré sobre este punto con el señor Magistral y espero que será de mi parecer.

Al jóven Levarden le proporcionaré un estar decoroso en mis posesiones de Sevilla.

Un lance extraordinario ha obligado á marchar á Manuel y al capitán de artilleros: ambos lo hemos sentido mucho; el negocio ha quedado casi concluido: entre el Magistral y yo enteraremos de nuestros planes á Carlota.

He llevado unos dias fatales; dias que puedo llamar de dolor.

Mi hijo, mi querido hijo Manuel ha sido sentenciado á muerte por el foro militar, en castigo de un acaloramiento que tuvo en Madrid. Un amigo suyo lo ha llamado con urgencia desde Barcelona para librarlo de semejante catástrofe: á ese caballero le estar agradecida mientras viva.

Sé que Manuel está seguro, pero ignoro su paradero: Dios mio guiad sus pasos!

La mañana siguiente de recibir esta carta sostuve una conferencia con el señor Magistral, sobre la resolucion que he formado de unir á mi hija con el capitán de artilleros. Por vez primera ha contrariado mi parecer, pero de un modo enérgico y valiente:

alegando para ello cuantas razones ha podido encontrar en su esclarecido espíritu. Yo, á la verdad, he sospechado si estaria tocado por Renato, y no he podido disimular mi enfado.

Renato ha huido dejándonos desmayadas á Carlota y á mi: su resolucion ó es muy noble ó muy estudiada. Yo creo lo segundo, pero esto lo aclarará el tiempo. Pensará acaso que porque mi hija, llore y gima los primeros dias de su ausencia, he de mandar á buscarlo?... Mal conoce el orgullo de la señora de Alpequera.

El amor es una antorcha que arde, que abrasa mientras se le dá pábulo, pero que se apaga á voluntad de su dueño. Carlota no ha conocido el gran mundo; en que goce sus atractivos, estoy segura que lo deseará.

Mi hija está muy triste y aun enferma; pero el tiempo, mis reflexiones, y el brillante porvenir que le espera, habrán de tranquilizarla:

Hoy recibo una carta del capitan de artilleros, siempre tan fino, siempre en un estilo tan elevado.

Su objeto es decirme que ha obtenido real permiso para contraer matrimonio, y pues que tiene que pasar á Niza, país de los encantos, que nos encontremos allá Carlota y yo, para celebrar sus bodas entre las bellezas de aquel suelo; que iremos á Ver-

necia á visitar sus canales; que veremos bogar las góndolas compás de la melodiosa voz de hermosas pescadoras, y que gozaremos todas las delicias que aquella region desconocida para Carlota, ofrecerá á su alma sensible: qué lenguaje tan poético! este jóven me tiene fascinada!

No atreviéndome á hablar á mi hija con franqueza, le he manifestado esta tarde en su habitacion los deseos que tenia de que viajara para que se distrajera; le he dicho que Niza es el paraíso de la Europa.

Me ha contestado, que para ella Valencia es el paraíso del mundo.

Dejemos obrar el tiempo.

LA TERCERA EPOCA DE MI VIDA, COMIENZA CON EL HORROROSO FUSILAMIENTO DE BURJASOT, Y CONCLUYE CON MI MUERTE.

Dios ha criado el mundo y lo dirige.

En los hechos estupendos, y cuando su infinita sabiduría lo cree oportuno, baja su espíritu sobre la criatura.

A Balan alumbró por medio de un asno; á mi por un festin de sangre humana.

Qué obcecacion he padecido! qué ofuscado se ha hallado mi entendimiento! Ha sido necesaria toda una horrorosa mortandad, la determinacion sobrenatural de mi hija para hacerme volver á mi sano juicio.

No queda duda: una pasion, un amor que infunde fuerzas á una jóven débil como Carlota, para salvar las tinieblas de la noche, para superar el temor de los fantasmas, para hollar todo

respeto humano, y marchar sola... en compañía de su vehemencia hasta el pié de una pirámide imponente de cadáveres, y orar por ellos con la serenidad que se ora en el templo; es un amor celeste, es un amor divino: el que atenta contra él, atenta contra la Providencia en sus obras.

Yo os doy gracias, Padre de las Misericordias, porque habeis derramado un rayo de vuestra luz sobre mi espíritu.

Por un hecho casi milagroso se ha salvado Renato.

Mi alma se llena de esperanzas; al través del velo misterioso que cubre el espíritu del hombre, trasluzco un bello porvenir. Renato ha vuelto á su gabinete, la expansion de su ánimo al encontrarse entre las paredes que velaron su infancia, ha sido completa, tambien es completo el regocijo que experimenta mi alma, al considerar los goces que el cielo depara á mi hija.

Pobre hija mial no os ofendais madres, si á mi Carlota os la presento como modelo de hijas! es necesario comprender lo que es el amor, tal como ella lo siente; Ese amor verdadero que nace en el cielo, y no el amor mentido que circula por la sociedad; es necesario que la mujer sepa hasta dónde llega en su alma la passion, cuando la passion se despierta en ella, para conocer lo que mi hija habrá sufrido.

Arrancar á una jóven las afecciones nacidas en su infancia, es arrancar las hojas á una flor.

Hacerle renunciar al hombre á quien desde niña amó, es destrozarle sin piedad el corazon.

Separarla de los bellos jardines donde sintió nacer la abrasadora pasión que hace su vida, es cojer un ángel del paraíso para precipitarlo en el abismo.

En mi obcecación quería yo cometer todas estas crueldades con Carlota, y Carlota se sometía á ellas resignada por no desobedecer á su madre.

Carlota es un ángel, es mi ángel tutelar; es el ángel que batiendo sus alas entre los albores de la virtud, me envía Dios á alumbrar mi espíritu, y depurar mi corazón.

Tengo un íntimo convencimiento de que mi hijo Manuel no tardará en abrazar á su madre. Mi felicidad entonces será completa.

Renato está enteramente restablecido; y cada vez se ostenta mas gallardo, mas fino, mas simpático.

Mi cariño hacia él es mas verdadero é intenso que nunca.

Dudé si su fuga de mi casa habia sido natural ó estudiada. Oh noble jóven! fué movida tan solo porque yo dispusiera libremente de mi hija, aunque él renunciara á su Carlota.

El cielo premia la virtud; hoy se la devuelve: sus heridas ya están cicatrizadas, Carlota muy triste; de qué nacerá esta melancolía? cuál será su resultado?

Su resultado será la felicidad; nacerá de la sublimidad que domina en su carácter.

La risa es el signo de placer que usan los necios: las almas grandes gozan callando; tal vez sintiendo, tal vez padeciendo... Una lágrima es á las veces la espresion mas viva del gozo que germina en nuestro pecho.

La corona del martirio que su madre tegió para Carlota, la ha convertido el cielo en corona de laurel.

Me engañé, porque mis penas no han concluido... no han comenzado todavia.

El crimen no puede quedar sin castigo, y la justicia Divina quiere castigar el mio.

Ocho dias hace que no he podido tomar la pluma: el dolor ha fijado su morada en mi corazon.

Cuando veia reparados todos los estragos que ha acarreado mi orgullo mal entendido; cuando tengo en el seno de mi familia á Renato, bálsamo único para la salud de mi hija; cuando mi ofendido amigo el Magistral se reconcilia conmigo; cuando renace en esta casa aquella sociedad antigua, sociedad edificante, cuyas personas se reunen por encanto; cuando me dispongo á entregarme á los placeres que percibia en el tiempo que me ocupaba solo de la educacion de mis hijos, siendo una religion sana, la guia de mis pasos; cuando despues de persuadirme de la futilidad del capitán de artilleros, voy á ver enlazados á mi Renato y mi Carlota, premiando con esto los padecimientos que les he oca-

sionado; oh desesperacion! Carlota ya no es dueña de su voluntad; Carlota pertenece á Dios; un convento debe ser su morada.

Viéndose sola, ahogada ya por el infortunio, y sofocada por una madre incauta, hace voto solemne de renunciar al mundo, y acabar sus aciagos dias en la austeridad de una celda.

Pobre Renato! le compadezco.

De esta resolucion frenética, quién es la responsable? quién sino yo? Yo he sido causa, hija mia; de que tus deseos, tus ilusiones, tu juventud vayan á marchitarse en un solitario claustro.

CONSUMATUM EST: la puerta del convento de nuestra señora de Belen nos separó para siempre de mi hija.

El sentimiento que yo esperimenté al verla en poder de las religiosas, y al contemplar que mi autoridad sobre ella se trasladaba á la priora de un convento, no puede escribirse; y solo lo comprenderá una madre en mis crueles circunstancias.

Renato desapareció de mi casa el dia siguiente á la reclusion de Carlota. Marcha... marcha jóven desgraciado... conozco que no podrás soportar mi presencia.

Mi orgullo ha sido el motivo de que se desparrame mi familia aturdida, como se diseminó el pueblo antiguo por la orgullosa torre de Babel.

Un presentimiento interior y poderoso me dice que mi hija morirá pronto; yo no tardaré en seguirla: solo muriendo por ella, puedo darle un testimonio fiel de lo acerbo que me ha sido cuanto he hecho padecer á su angélico espíritu.

Ha llegado el momento que esperaba: ha muerto mi hija; y ha muerto sola... en una oscura celda... entre personas estrañas... lejos de su madre... Cómo resplandece en esta humildad su grandeza!

He leído sus tres cartas póstumas: la de Renato es un destello de amor vehemente y noble: la mia un dechado de candor, de cariño maternal: en la del señor Magistral muestra el ningun apego que tenia á las grandezas de este mundo fantástico.

He concebido un proyecto que aterrará cuando se manifieste al público.

Debo morir, para vengar la muerte de mi hija: y cómo? tomando un veneno: pero quiero que la Naturaleza, ó mas bien, que las mismas cenizas de Carlota me señalen el dia.

El único entretenimiento que llamó su atencion en los últimos meses de su vida, fué una mata de alelíes blancos que tenia plantada en un vaso chinesco: pues bien; esta mata la he trasladado á su sepultura: allí ha abierto sus melancólicos pimpollos; de ella corto un ramo cada noche que voy á orar sobre su sepulcro: y en medio del silencio imponente propio de la mansion de los muertos, y entre las espesas tinieblas que ahogan la Naturaleza, creo ver el brazo de mi hija, que removiendo la tierra que cubre su fosa, me lo alarga con una flor blanca como su corazon.

Esta mata es el reloj de mi vida.

Cuando haya cortado todas las flores, cuando solo quede el tronco, me dará la muerte: mi hija entonces me llama á su lado,

Estoy sola en mi gabinete: ya me he cerrado en él para no salir jamás.

Anoche corté el último ramo de la planta de mi destino: el cielo fulminó contra mi su sentencia.

Acabo de llegar de la ermita de nuestra señora de Belen: entre

las religiosas aun me parecia oir la voz de mi hija; pero me engañaba: mi hija no canta ya con las monjas, canta con los ángeles en el Paraíso.

Ya me he despedido de este convento para mi tan misterioso: ya he dado el adios al mundo.

Dos horas hace que he tomado una pocion de arsénico.

UNA MIRADA A LA VIDA DESDE EL LECHO MORTUORIO.

Escuchad, amigos, la postrimera voz de una madre desgraciada: mirad que cuando leais estas letras será un muerto quien os hable: respetad sus lamentos, examinad la causa que le obliga á exhalarlos, y evitad vosotros ponerlos en situacion tan lamentable.

Yo tuve una niña y adopté otro niño por piedad; yo quise labrar por mí misma su educacion, yo les enseñé á amarse; yo fomenté su cariño; yo los estreché con los lazos de esa pasion invencible, y mi orgullo los ha roto bruscamente, ocasionando sobre ellos los estragos de un Océano al reventar sus diques.

Yo he sido causa de que Renato vague perdido por pais extranjero; yo he motivado la prematura muerte de mi hija; yo castigaré con la mia mi orgullo desenfrenado.

Si ahora reflexiono sobre la obcecacion que mi cabeza padeció al contrariar la plausible voluntad de mi hija; lo confieso, no puedo concebirlo; y me parecería un sueño á no palpar yo misma los resultados tan crueles que ha ocasionado.

Oh Providencia! cómo descargas tu poderosa mano sobre el delincuente! cómo fulmina tu sabiduría desde el cielo un castigo

adecuado á cada crimen...! qué anhelaba mi orgullo proceloso? poder... magnificencia... esplendor...? deseó conseguir estas quimeras sin atenerse á los medios?

Tu justicia me castiga con humildad, miseria, oscuridad.

Anhelaba colocar mi Carlota en un suntuoso palacio... y la veo en una celda oscura.

Ansiaba que alternase entre la diplomacia de la corte, y hacen su compañía seis miserables religiosas.

Hubiera deseado que al morir fueran sus exequias sin igual, y son cantadas por la comunidad mas miserable de Valencia.

Su tumba debia haber ocupado la cúspide de un catafalco que la remontara sobre los pensamientos del hombre... apenas se levantaba del suelo sobre una mesa cubierta por un grosero paño.

Un mausoleo enorme, esmaltado en coronas, sembrado de inscripciones, hubiera querido mi orgullo ambicioso que destacase sobre el féretro de la malhadada Carlota; ay! su sepulcro está en el cementerio de los desamparados, y solo se descubre en él una piedra sencilla que colocó la piedad de un desconocido, y el tallo deshojado de un ramo de alelúes, que midió la vida de su madre.

Estos castigos tan claros, estos golpes á mi arrogancia, son la voz del Altísimo que habla en silencio.

Cuando la autoridad civil recoja mi cadáver, los necios que lo contemplen por el lado de poesía, me aplaudirán; las personas que lo examinen moralmente, vituperarán mi determinacion: imploro la clemencia de unos y de otros: un convencimiento íntimo, me mueve á dar este paso.

Yo no sosiego; yo no puedo arrastrar mi existencia; yo he asesinado á mi hija, y quiero morir por ella.

Mi resolucion es desastrosa; acaso criminal; y por lo tanto sirvaos de ejemplo, madres mas felices que yo: no sacrificéis vuestras hijas al capricho de un antojo; no opongaís diques al torrente de la naturaleza; mirad que la fuerza que nace en el corazón es poderosa; distinguid bien lo que hay en la humanidad de verdad y de mentira; no sacrificéis la hija de vuestra senectud, en los altares del orgullo; respetad las pasiones de la ju-

ventud y temed sus consecuencias; nunca pongais en lucha al amor con un escudo, porque el escudo es ilusion, es viento que ciega á los hombres, y el amor es un fuego voraz que todo lo absorve, que lo consume todo.

Ay hija de mi alma! ay Carlota de mi vida y de mi corazon!

...Víctima de un error grosero... víctima de una madre obcecada... víctima de una preocupacion humana... duermes tu cadáver en el seno de un cementerio!..

Qué se hizo, hija mia, de tu candor infantil?... qué fué de tu noble mirada?... qué fué de tu angelical sonrisa?..

Todo concluyó bajo la furia de una madre engañada.

Ay hija mia!.. quién pudiera remover la tierra que cubre tu fosa... quién pudiera imprimir un ardiente beso en tu fria mejilla... quién pudiera estrechar tu regazo contra mi regazo!..

...Lo estrecharé luego en el cielo? te besaré en el cielo?

No!.. en el cielo habrás entrado tú, virgen pura, tú, alma inocente y sin mancha... pero yo... yo seré precipitada con los malditos de Dios en el infierno... ah señor... perdon para una demente; perdon para una desgraciada!.. y esta agonía cruel que sufro, y estos negros remordimientos con que la conciencia me acusa, recibalos vuestra infinita piedad como espiacion de mi horrendo crimen.

Perdon Dios mio! perdon para mi, en el instante de morir!..

A Dios, mis amigos; á Dios para siempre madres mas felices que yo; madres que no habeis causado la muerte á vuestras hijas; educad desde niñas su corazon; y despreciad vosotras las preocupaciones de la sociedad: maldecid los títulos, porque un título, el amor á un miserable y perecedero título, me ha hecho inmolar á mi inocente hija, me ha hecho envenenarme á mi misma.

¡Cuánto sufro!

Ya no puedo sostenerme: ya no veo... la vida me abandona... parece que el mundo suena muy lejos de mi cabeza!

Ya ni aun fuerzas tengo para esclamar con David:

«Ten piedad de mí, oh Dios, según tu gran misericordia; y según la multitud de tus bondades perdóname mis culpas.»

Llegó mi hora. El veneno me devora las entrañas; atenta abrasador contra mi vida.

Qué calor!.. cuánto padezco!.. todo es dolores en mi cuerpo... amarguras en mi alma.

Ah! estos dolores y estas amarguras son los tormentos con que la justicia divina comienza á castigar mi crimen.

Y mi hija... También veo á mi hija en estas angustias?... ah... no... no la veo! son delirios de la fiebre... son horrores del veneno que me ahoga...

Adios amigos; qué dulce es la palabra Dios al tiempo de morir! adios para siempre amigos; me voy á la cama á esperar la muerte pidiendo al cielo perdon por el cruento extravío que ha manchado mi vida.

Las últimas cláusulas estaban escritas por una mano convulsa.

Entre las hojas del diario habia un papel suelto que decia:

«Sino aparece Manuel, lego á los hospitales de la ciudad, la primera cuarta parte de mis bienes: la segunda á los hospicios: la tercera á mis criados; de la que Juan ha de percibir doble que los demas: la cuarta al convento de nuestra señora de Belen.

«Si apareciese mi hijo (lo que Dios quiera,) hago las mismas

donaciones y en la misma forma, con el tercio y quinto de mi haber.

Si se llegase á averiguar el paradero de Renato, se le entregará una gabeta cerrada que hay sobre el piano de Carlota: no pareciendo este, que la conserve sin uso mi amigo el Magistral hasta su muerte; en cuyo caso se distribuirá su contenido tambien entre los establecimientos de beneficencia de la ciudad. A este suplico, que en prueba de mi afecto, se sirva admitir como regalo, la casa de mi habitacion y sus muebles.

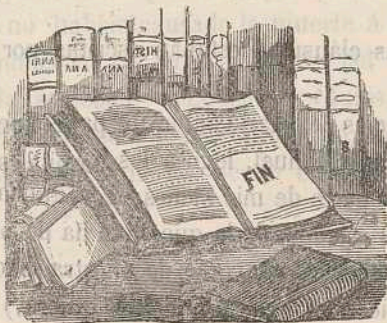
Tal es mi última voluntad.

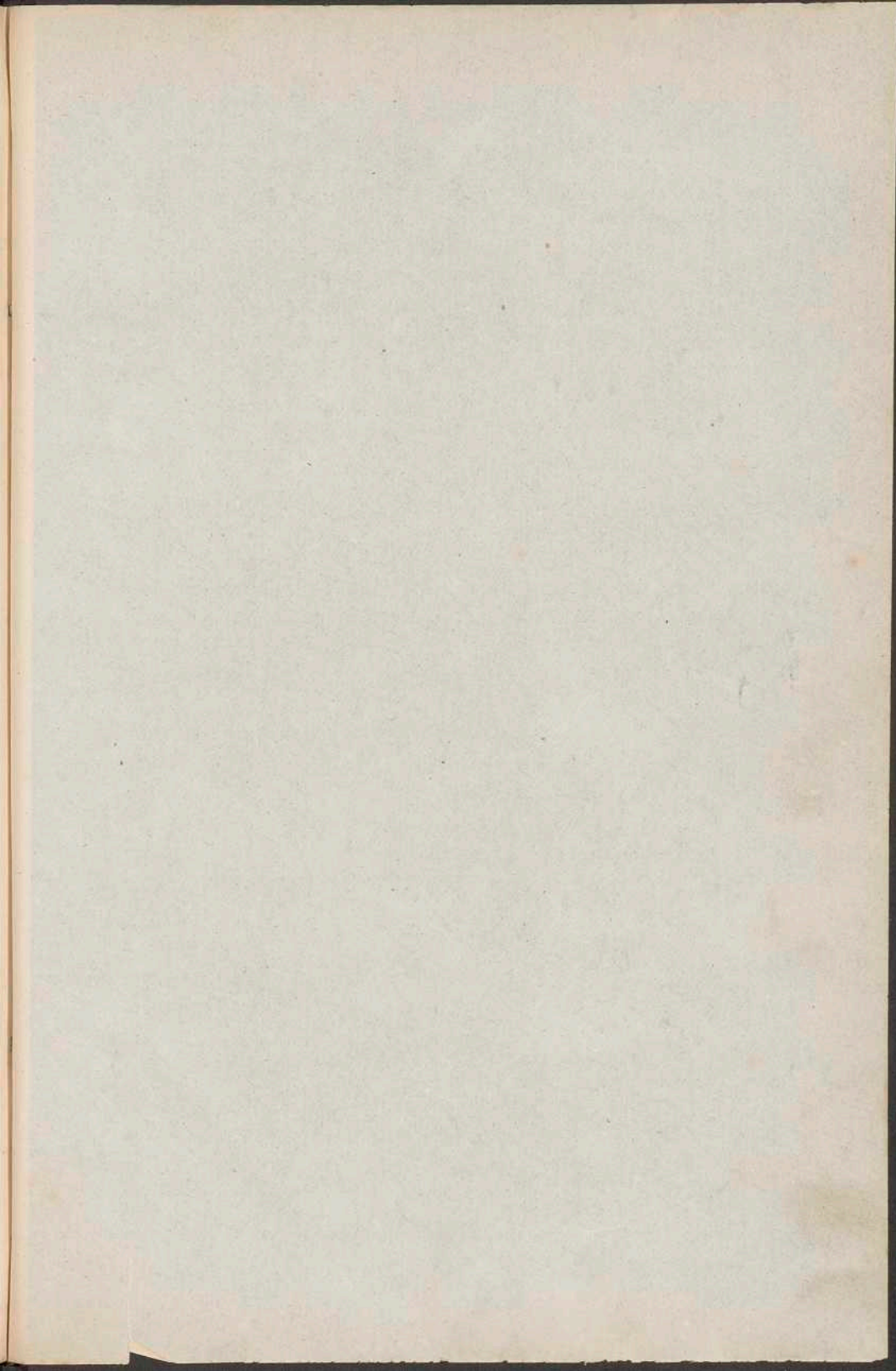
A. de Alpequera.

CUANDO el escribano concluyó de leer estas notas, se vió tratado el dolor en los rostros de los circunstantes.

El juez comenzó á dar las disposiciones convenientes acerca de la administracion del cadáver, y despues de haberle pedido mi vecino este diario, para agregar una copia á su folleto, nos retiramos los dos meditando en silencio sobre los estragos que en aquella familia habia producido la lucha horrenda de las dos pasiones mas enérgicas que pueden surgir del corazon humano,

EL ORGULLO Y EL AMOR.





donaciones y en la misma forma; con el tercio y quinto de mi haber.

Si se llegase á averiguar el paradero de Renato, se le entregará una gabela cerrada que hay sobre el piano de Carlota; no diciendo esto, que la conserve sin uso mi amigo el Magistral hasta su muerte; en cuyo caso se distribuirá su contenido también entre los establecimientos de beneficencia de la ciudad. A esto suplico, que en prueba de mi afecto, se sirva admitir como regalo, la casa de mi habitación y sus muebles.

Tal es mi última voluntad.

A. de Alpuerto.

Cuando el escribano concluyó de leer estas notas, se vio retratado el dolor en los rostros de los circosantes.

El juez comenzó á dar las disposiciones convenientes acerca de la administración del cadáver, y después de haberle pedido mi vecino este diaño, para agregar una copia á su folleto; nos retiramos los dos meditando en silencio sobre los estragos que en aquella familia había producido la lucha horrenda de las dos pasiones mas energicas que pueden surgir del corazón humano.

El Gabullo y el Amor.



INDICE.



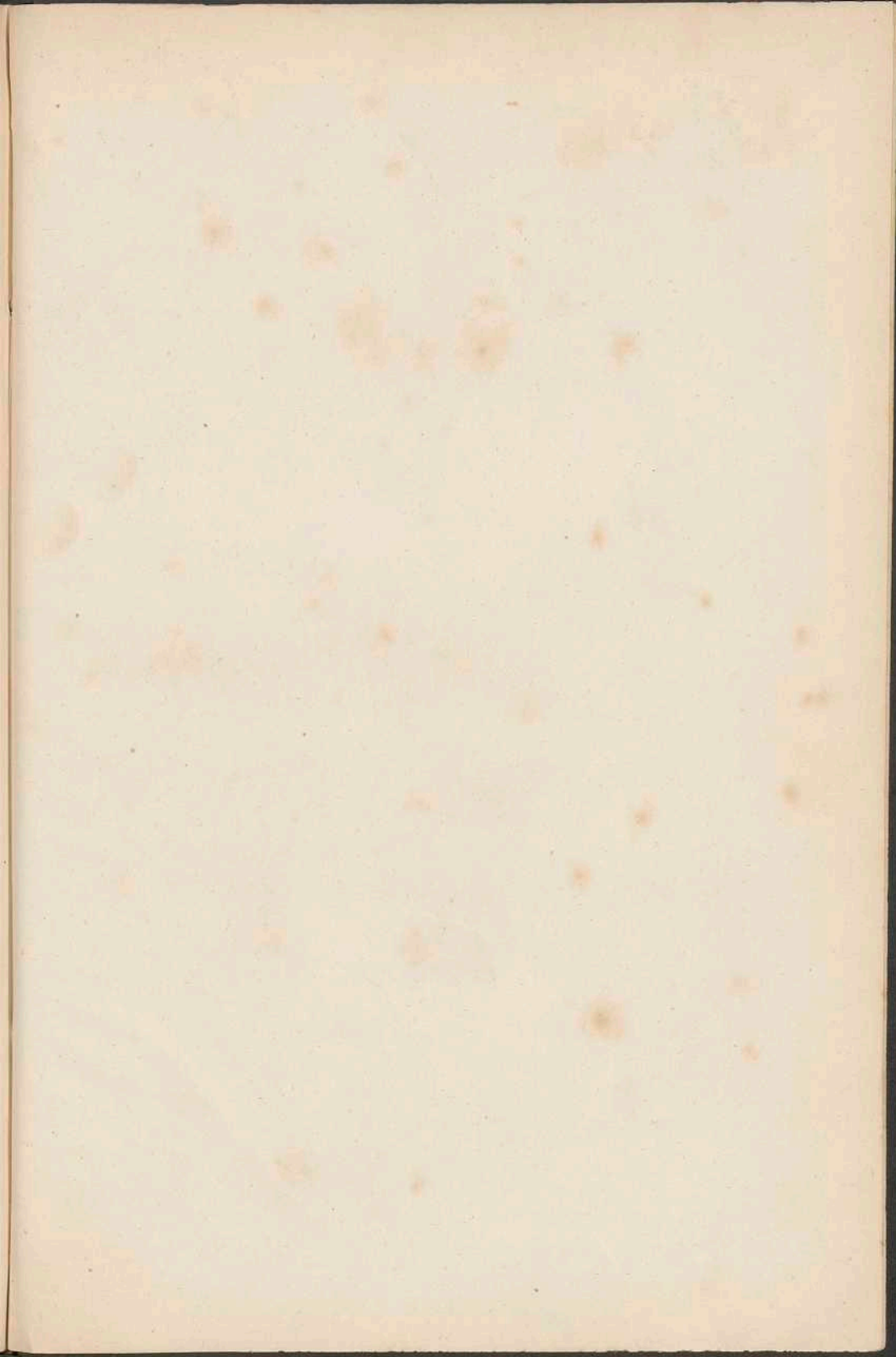
Páginas.

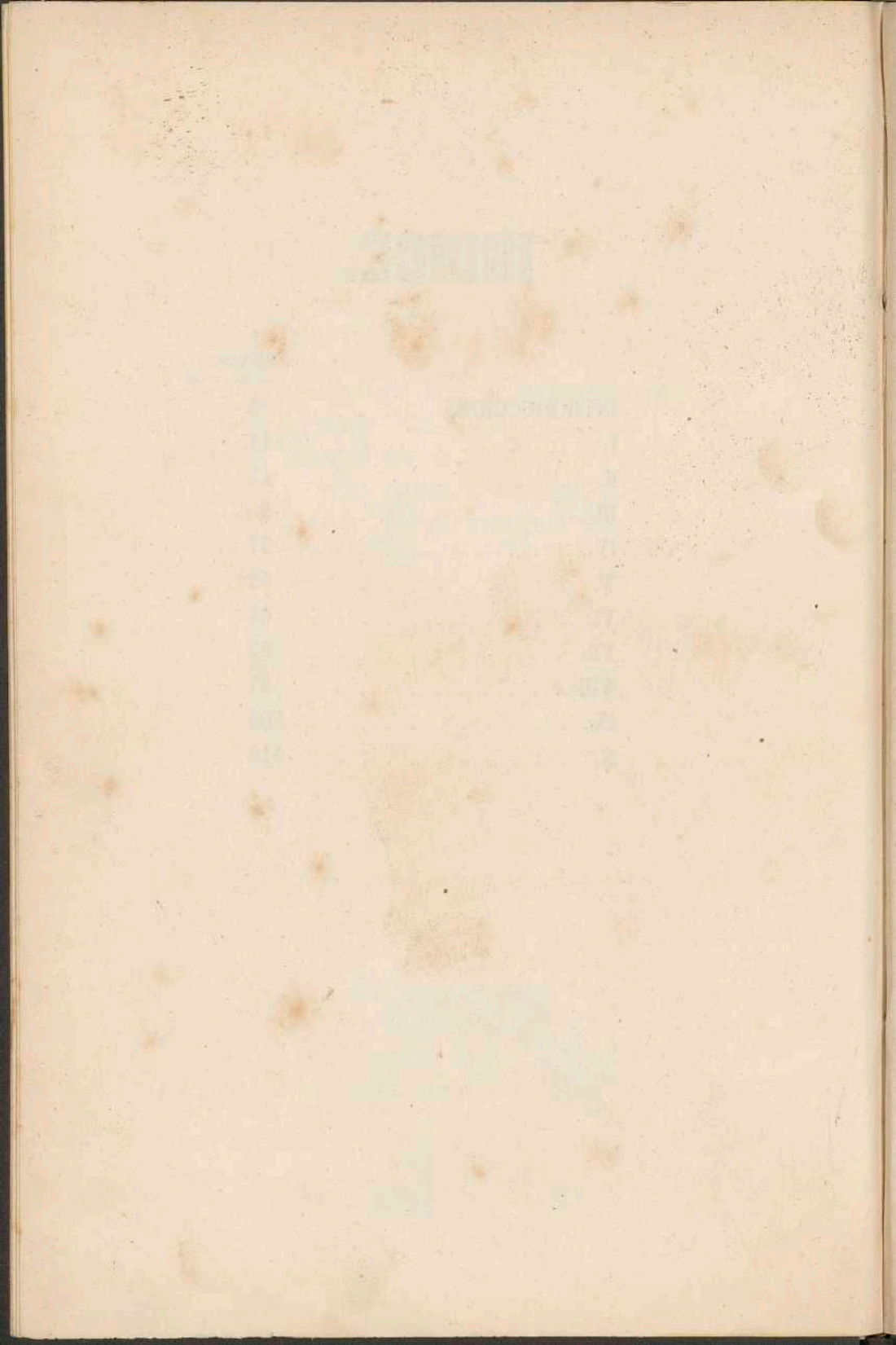
INTRODUCCION.	3
I.	11
II.	15
III.	25
IV.	37
V.	52
VI.	64
VII.	87
VIII.	97
IX.	108
X.	118

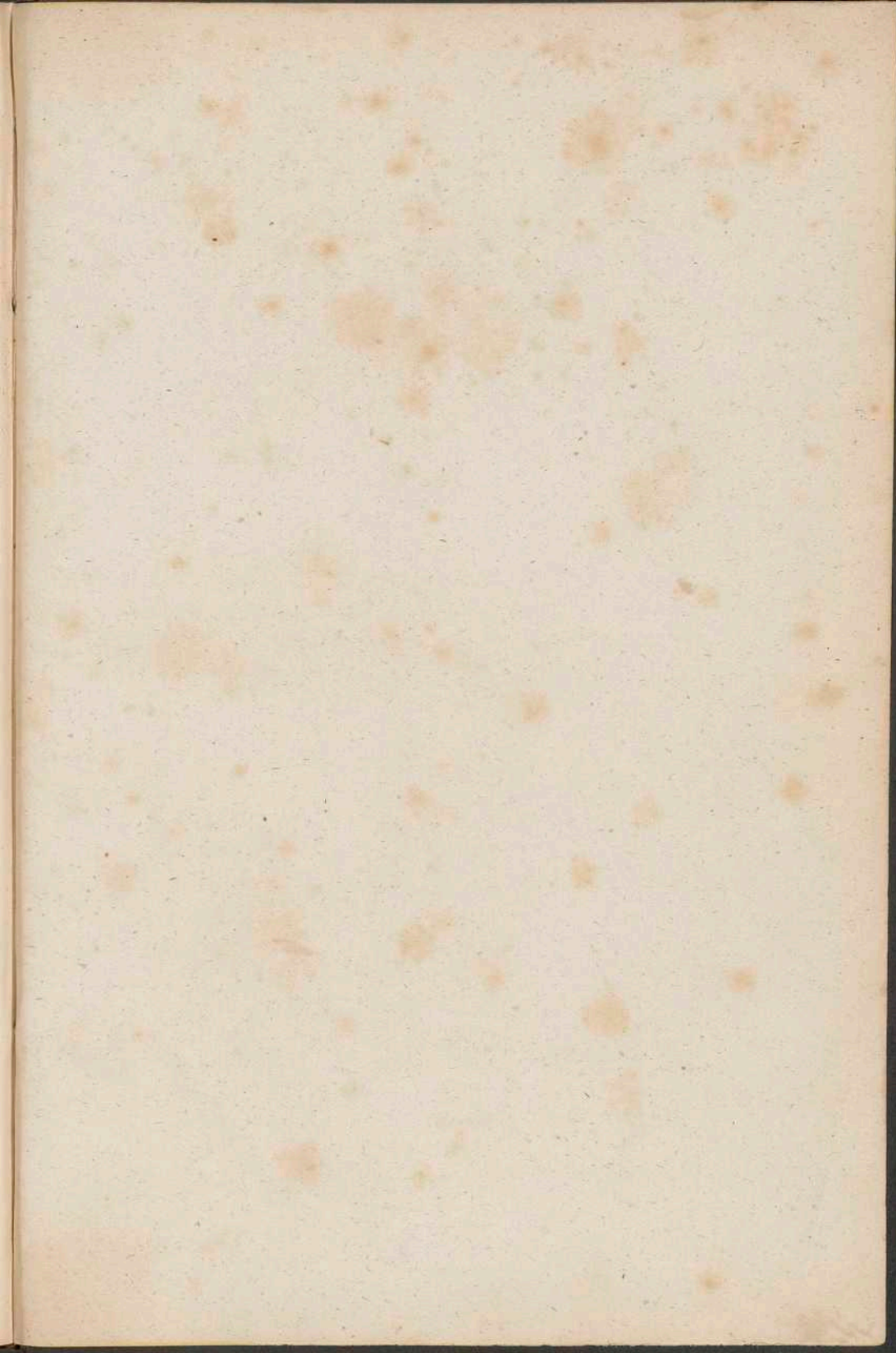
INDICE

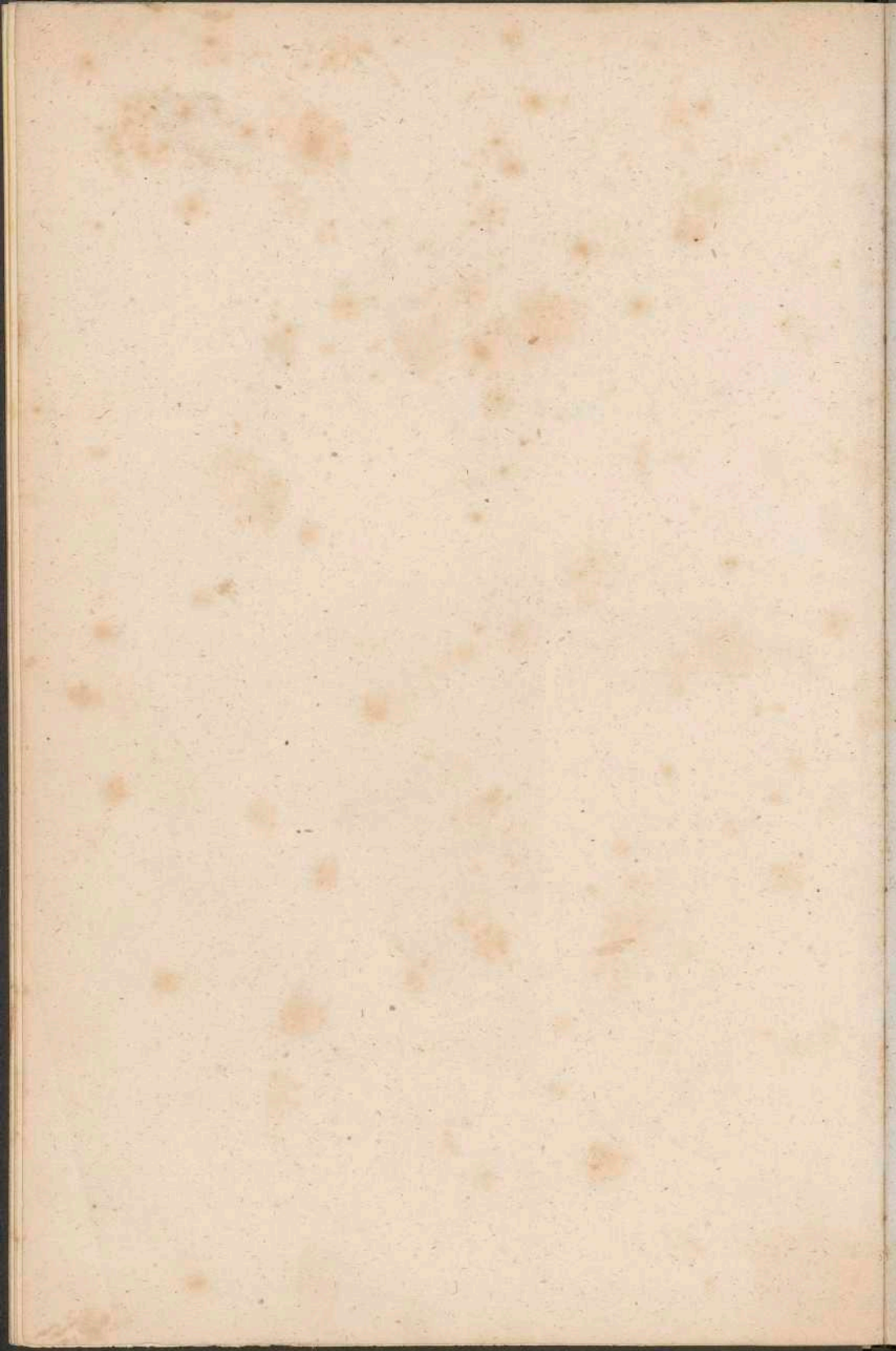
Páginas

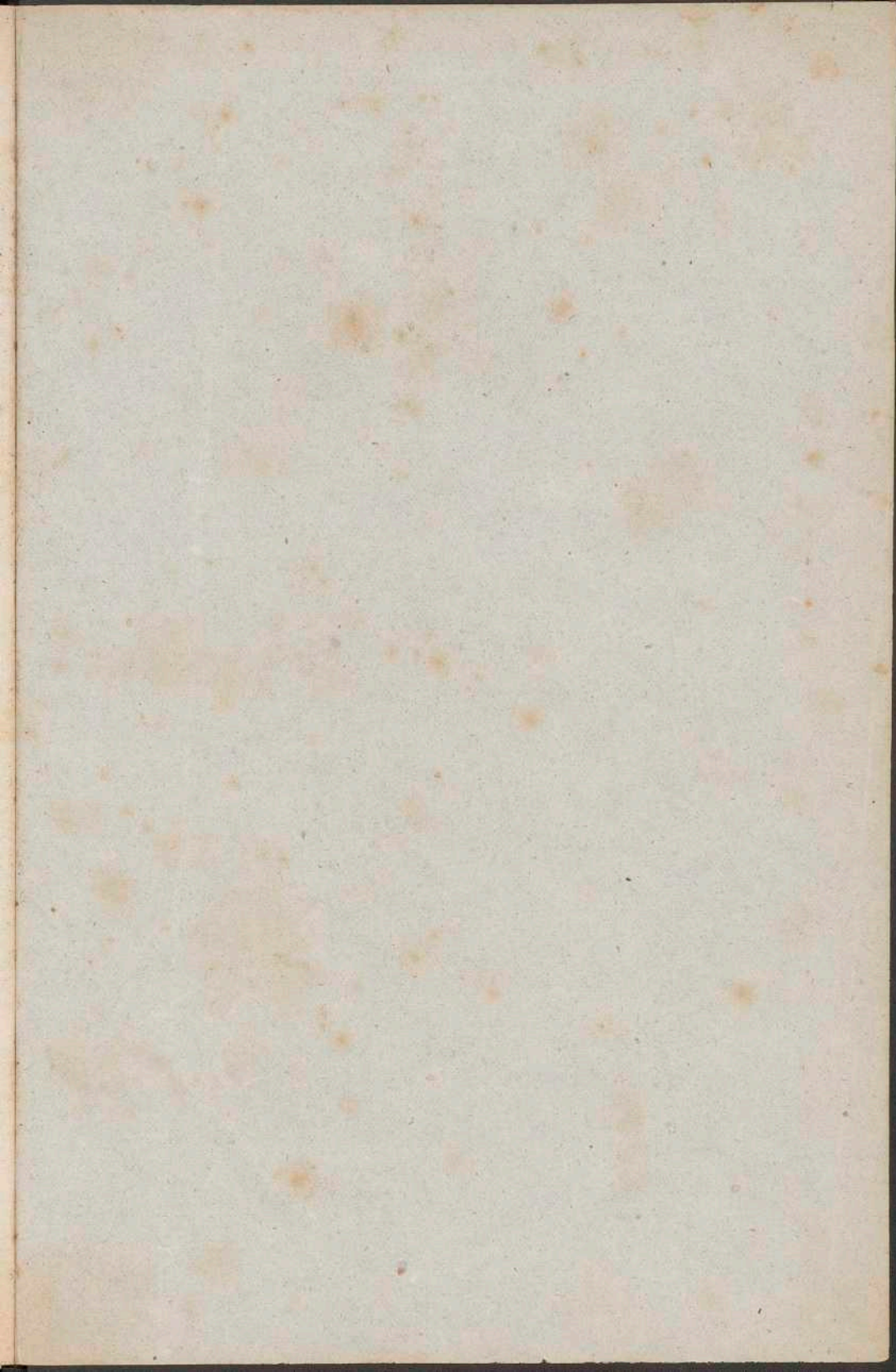
INTRODUCCION	3
I	11
II	15
III	25
IV	31
V	53
VI	64
VII	87
VIII	97
IX	108
X	118

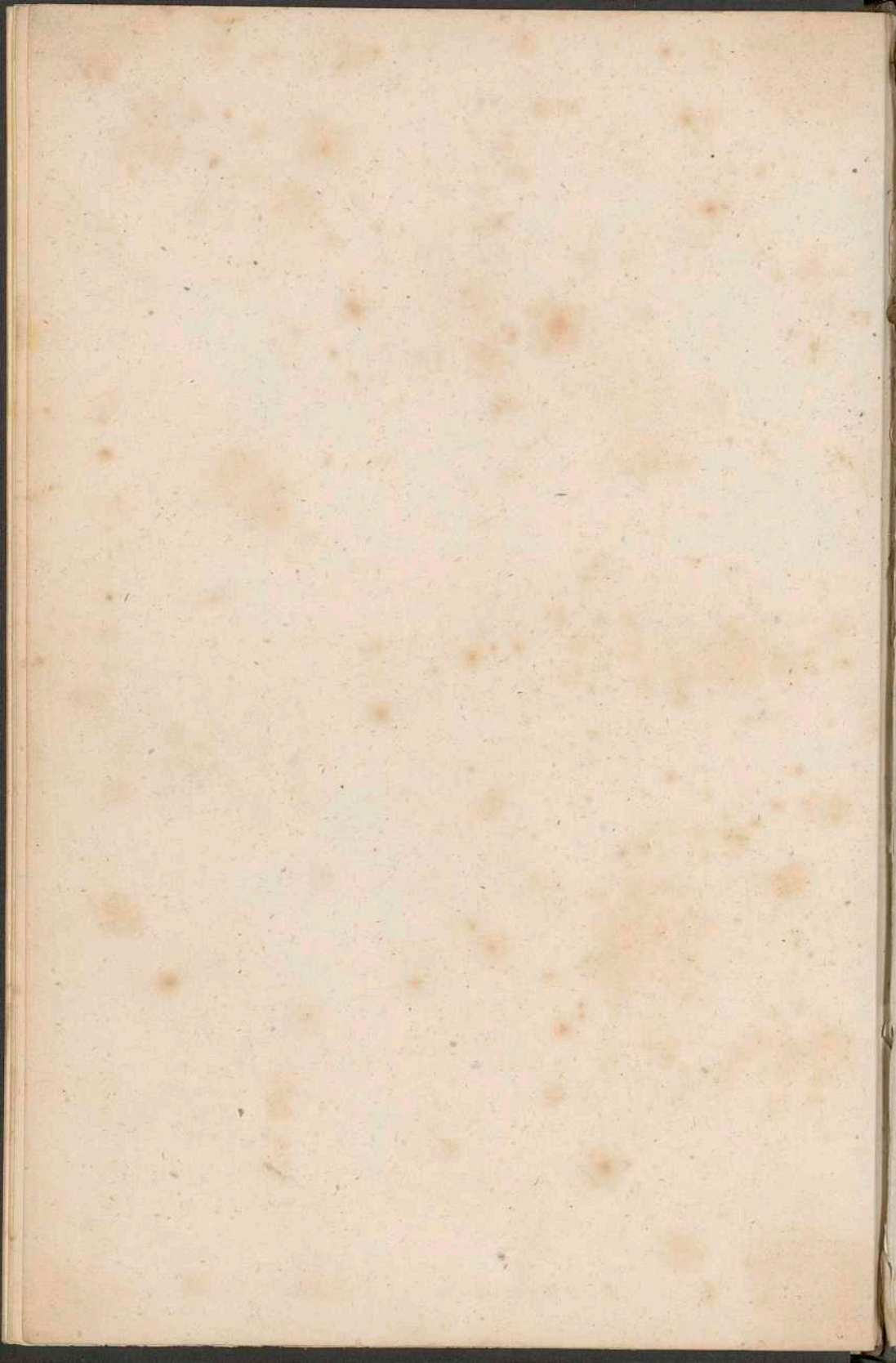


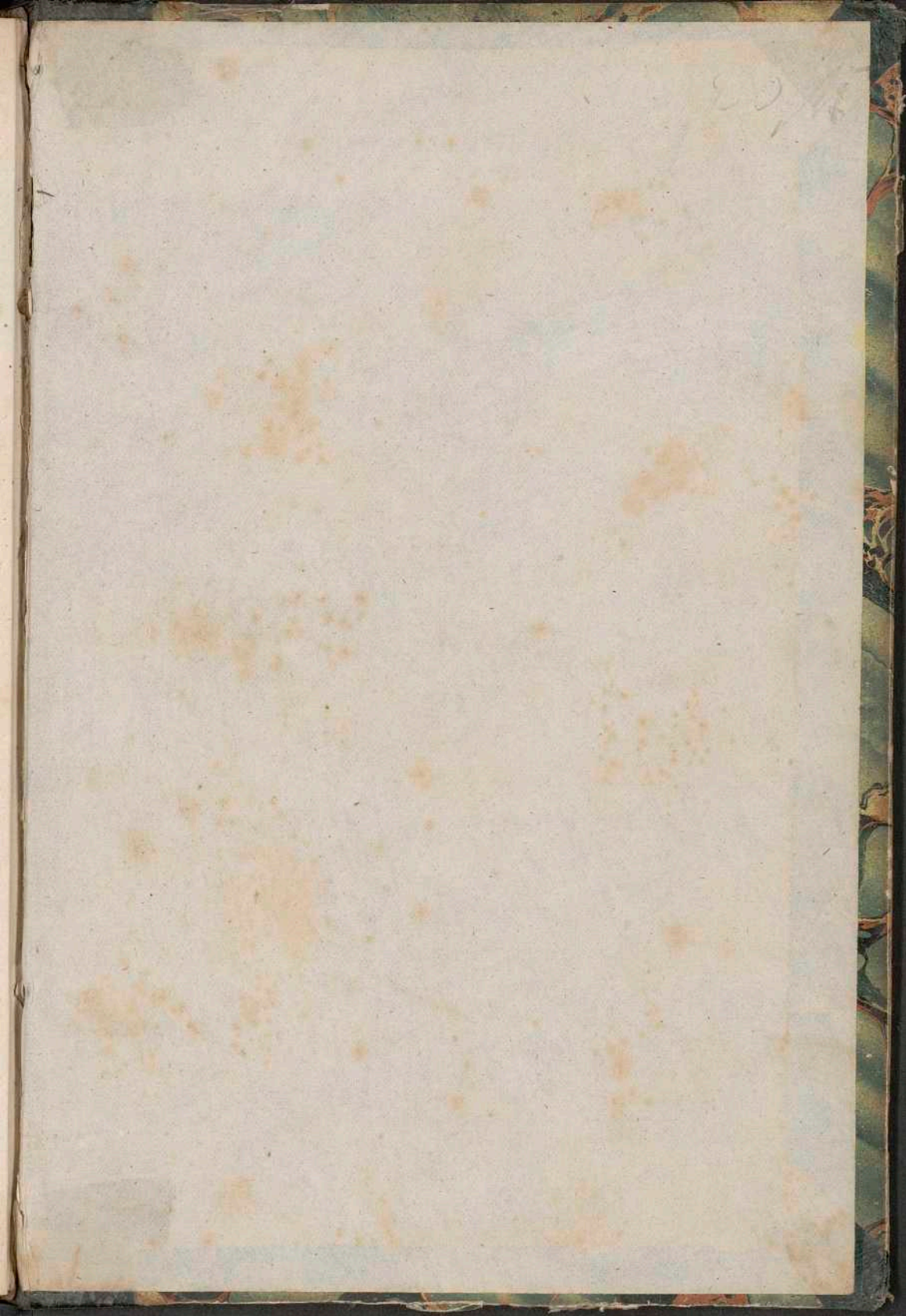












The image shows the front cover and spine of an old book. The cover is decorated with a traditional marbled paper pattern, featuring large, irregular, cell-like shapes in shades of green and blue, outlined by thin, branching veins of reddish-brown and black. The paper shows signs of age, including some surface wear and discoloration. The spine, visible on the right, is bound in a dark, possibly black or very dark green, material that appears to be leather or a similar durable fabric. A small, white, rectangular label is affixed to the upper right corner of the cover, containing the text 'FAN' and '9348' in a simple, black, sans-serif font.

FAN
9348

